Crónicas de un mochilero en un mundo más ingenuo

Textos de Bernardo Wolf
Compilado por Gunnar Wolf

Prefacio

Una búsqueda en línea de reseñas del trabajo y de la vida de mi padre, Kurt Bernardo Wolf Bogner, invariablemente lleva a numerosas evidencias de un hombre enamorado de la ciencia, y suficientemente afortunado como para poderse dedicar a ello ya por medio siglo. Bernardo es un hombre feliz: Ha podido pasar toda su vida adulta buscando las respuestas a los problemas que le interesan. Como buen académico, ha viajado por el mundo haciendo "turismo académico", de congreso en congreso. El lugar más habitual para encontrarlo a media noche es su cubículo de la universidad, en un horario en que las distracciones habituales no interrumpen su concentración, y puede dedicarse de lleno a pensar y escribir.

Desde chico, siempre le atrajo encontrar la explicación del funcionamiento del mundo, del universo; en lo tangible, a escalas demasiado pequeñas o demasiado grandes como para ser comprendidas por la mayor parte de nosotros –lo subatómico o lo astronómico–, y en lo intangible, encontrar los patrones, las simetrías, las transformaciones, los grupos que ocupan el espacio matemático en que la física teórica encuentra su hogar. Pero... Leamos un poco más sobre su vida y sus pasiones.

¿Pasiones, el Dr. Wolf, más allá de la ciencia? Sí. Por muchos años, su pasión fue viajar. Siempre ha tenido una gran facilidad para escribir, y lamento no tener la formación para poder comprender los textos científicos que escribe. Incluso dentro del ámbito científico, ha dedicado importantes esfuerzos a enseñar un correcto uso del lenguaje — y su representación tipográfica.

Pionero en nuestro país de la tipografía computarizada, fue uno de los primeros usuarios del sistema de composición TEX; he repetido

una y otra vez que los programas que me enseñó a utilizar a mis siete años, en 1983 (época en que pocas personas tenían acceso al cómputo) siguen siendo mis herramientas de uso diario, y son las que utilicé para construir este libro. Su libro de 1986, *Manual de Lenguaje y Tipografía Científica en Castellano*, y de 1992, *El Arte Editorial en la Literatura Científica*, me han servido de guía una y otra vez en el transcurso de mi carrera.

Ahora bien, a pesar de que la orientación vocacional de Bernardo es una de las más claras e innegables, sí hubo un momento en la vida en que otra ocupación, tal vez más terrena, coqueteó con él. Citando a la semblanza que publicó *Conacyt Prensa* en septiembre de 2016:[1]

> Debido a que la curiosidad y los intereses de conocer el mundo a menudo acompañan al científico, durante las vacaciones del posgrado —las de Pésaj/Semana Santa, Janucá/Navidad— y en cuanta oportunidad hubo, Bernardo viajaba por los continentes vecinos a Israel.
>
> En estricto autostop recorrió de Viena a Copenhague, de Nairobi a Buyumbura y de Estambul a Teherán, de Kabul a Islamabad, más tramos anexos. La pasión por el alpinismo que inició en México lo llevó al Etna, al monte Sinaí, al Kilimanjaro y a la última población en las estribaciones del Annapurna.
>
> En alguna ocasión, el doctor Marcos Moshinsky visitó el Instituto Weizmann y Bernardo le contó de sus planes para dedicarse tiempo completo a recorrer el mundo, escribiendo para National Geographic o algo por el estilo. No obstante, la esposa del doctor Moshinsky, Elena Aizen intervino y lo "puso pinto" (sic) por querer desaprovechar los estudios; ante ello decidió entonces que debía seguir esa, su verdadera vocación.

Encontramos otro recuento de este breve… ¿desliz vocacional? en la entrevista que le hizo la Sociedad Óptica de América (OSA) en abril de 2018.[2] En traducción mía,

> *Si no te dedicaras a la ciencia, ¿cuál sería tu carrera soñada?*

[1] *Kurt Bernardo Wolf, la ciencia como experiencia de vida*, Radio con Ciencia; `http://conacytprensa.mx/index.php/sociedad/personajes/9759-kurt-bernardo-wolf-la-ciencia-como-experiencia-de-vida`

[2] *Kurt Bernardo Wolf on Being Adaptable in the Pursuit of Science*, Optics and Photonics News; `https://www.osa-opn.org/home/career/2018/april/kurt_bernardo_wolf_on_being_adaptable_in_the_pursu/`

En la segunda mitad de los 1960s, y de forma coincidente con mis estudios de posgrado en Israel, principalmente durante las largas vacaciones, pude hacer muchos viajes en aventones por Europa, África oriental, el Medio Oriente y Asia del sur. El mundo era mas ingenuo que hoy, y la gente local se mostraba simplemente curiosa ante los pocos extraños pero inocentes jóvenes mochileros en excursión. Por entonces, me había decidido a intentar convertirme en un reportero para *National Geographic*. Si bien a fin de cuentas no me contrataron, sí publiqué varias series de artículos en uno de los principales periódicos en México. De haberlo logrado, probablemente estaría realizando excitantes documentales, ¡o tal vez ganando otro premio Oscar para México! Sin embargo, creo que mi mejor elección ha sido dedicarme a la ciencia.

Detalles técnicos

Este libro, editado para festejar sus primeros 75 años de vida, recoge los siete textos que pude recuperar, publicados en el periódico *Excélsior*, entre mayo de 1967 y abril de 1971. Los presento en el orden cronológico en que fueron publicados.

Casi todas las series de artículos, presentadas una por capítulo, consistieron de cuatro a seis entregas diarias, siempre a plana entera, siempre en la página 4-A. Las reproduzco aquí de la forma más fiel posible a como las leyó el público mexicano: Con los encabezados y secciones elegidas –claramente– por la redacción del periódico, no como parte de la limpia prosa de Bernardo. Excepción a esto son el primer capítulo, que narra su viaje por Etiopía, y la cuarta sección del capítulo 6, Escandinavia, pues cuento únicamente con sus originales escritos a máquina. Intento apegarme a los detalles de la escritura realizada por la redacción, empleando en varios casos criterios bastante distintos de los actuales, salvo cuando el resultado es *chocante* y lleva a la confusión (como insistir en *Angora* al referirse a *Ankara*), o presentan inconsistencia en el uso en el transcurso de cuatro años (el *hippie* trasmutó a *jipi*).

Sé que faltaron algunos textos — La tercer etapa del viaje por África (el recorrido por Tanzania, que recuerdo que se llamaba "bajo la sombra del Kilimanjaro"), el paso por Irán entre Turquía y Afganistán, probablemente los Himalayas después de la India... ¿Algo de Europa? Me gustaría echarme un buen clavado en la hemeroteca de Excélsior para localizarlos. Pero no quise demorar este proyecto más.

El prospecto de recapturar el texto completo de todos estos artículos... Me hizo demorar el proyecto por varios años. Agradezco profundamente el servicio profesional que me brindó Federico Larráuri. Más que un trabajo, encaró al proyecto que le encomendé como propio, realizando revisiones y control de calidad mucho más allá de toda expectativa.

Mi padre envió los artículos al periódico incluyendo fotografías para acompañarlos. Dado que no tengo los impresos, las fotos que acompañan al viaje por Etiopía fueron seleccionadas por mí. Por lo que concierne a todos los demás capítulos, la calidad de las fotografías impresas por el periódico y *scanneadas* 50 años más tarde es más bien pobre; en tanto me fue posible, reemplacé las fotografías por las mismas u otras similares de entre la colección –afortunadamente– ya digitalizada que de las fotos de sus viajes.

Por último, muchas fotografías –particularmente del paseo por África Oriental– son de situaciones costumbristas, de gente, de cosas únicas que llamaban la atención de Bernardo. Estas, pese a su mala calidad, se presentan como pudieron ser scanneadas del periódico.

No confíes en nadie mayor de 25...

Hoy, a cincuenta años de su publicación, me maravilla constantemente estar trabajando con estos textos. Por un lado, la mera sensación física de referirme, una y otra vez, al frágil, delgado y amarillento papel periódico impreso hace medio siglo... Papel hecho para servir un día y tirarse al día siguiente, calidad de impresión urgente, mínima, volcada a entregar lo último de lo último... Desdoblarlo con cuidado, scannear, cotejar, volver a guardarlo cuidadosamente...

Pero por otro lado, trabajar con estos textos me ha hecho sentir que dialogo, como alguien muy mayor, con mi papá de 25 años. Con un joven y brillante muchacho, que bastante bien representa a su *zeitgeist*, al espíritu de su era. Que no pierde oportunidad para hacerle ver a sus lectores que, en serio, los "hippies" no son un peligro para la juventud de nuestro país. Un idealista que, en el más corto de los capítulos, se sigue identificando sin la menor duda como izquierdista mientras guarda luto por el experimento del *socialismo con el rostro humano* checoslovaco, aplastado por la ocupación soviética...

Dos años antes, en Burundi, le tocó la nada agradable tensión de los días que sucedieron a un golpe palaciego (y antecedieron a una revolución... ¿democratizadora?) ¿Era realmente, como él tantas veces me lo dijo, un *mundo más ingenuo*? ¿O es que todos somos ingenuos a los 25?

Podría seguir escribiendo, pero no tiene sentido prologar de más. ¡Felicidades, joven Bernardo, a 50 años de cruzar del *no confíes en nadie mayor de 25*! Tres veces cumplido el ciclo, ahora es tu turno de hablar.

Gunnar Wolf
Julio de 2018

Índice

Prefacio **3**

1. Por las tierras del Negus Neguschi **11**
Etiopía

2. La fascinante África oriental **33**
Kenya, Uganda, Ruanda y Burundi

3. De Constantinopla al oriente **63**
Turquía

4. Sobre las rutas de Marco Polo **85**
Afganistán y Pakistán

5. Praga, dos años después de la invasión **113**
Checoslovaquia

6. Un invierno en Escandinavia **119**
Suecia, Noruega e Islandia

7. Mochila al hombro: por las tierras de Tagore **143**
La India

1 | Por las tierras del Negus Neguschi

Miércoles 17 de mayo de 1967

El autor es un estudiante mexicano de física, becado en Israel. Relata las impresiones de su viaje, con modestos medios economices, por África oriental.

N. del E.: *Negus Neguschi*, o como es más frecuente encontrarlo escrito, *Negus Negusti*, hace referencia al *Rey de Reyes*, al Emperador Ras Tafari Makonnen Haile Selassie, mítico soberano de Etiopía, quien reinó entre 1930 y 1973.

El texto reproducido proviene de los originales mecanografiados, no del periódico, por lo que el texto no se presenta con el seccionado ni los encabezados que nos acompañarán en los siguientes capítulos.

Es necesario dar a la mente un poco de tiempo para acostumbrarse a la idea de hacer un viaje largo. Pero a pesar de los meticulosos preparativos que hice para este: visas, vacunaciones contra cólera y fiebre amarilla, quinina, un cuchillito de monte, linterna eléctrica y otras pequeñeces; África parecía aun tan lejana cuando salí mochila al hombro, cámara colgando al cinto, para abordar el autobús desde Rehovot, el pueblo donde estoy estudiando, a Eilat, sobre el Mar Rojo y puerto mas meridional de Israel. Allí debía buscar algún barco

que me llevase al sur, hasta algún punto en la costa africana. Eventualmente conseguí encajarme en un barquito pesquero etíope que regresaba vacío a su puerto de origen, Massawa, en la costa de Etiopía.

Por un viaje de 2000 Km., el precio de 40 dólares no es excesivo. El alojamiento estaba lejos de ser lujoso: la cabina de pasajeros era el taller mecánico. Encima de la caja de herramientas estaba colocado un colchón, y eso era todo... La comida era todo lo estupenda que la comida a bordo de un pesquero puede llegar a ser, y a decir verdad, era buena y abundante.

El clima en Eilat y en todo el Golfo de 'Aqaba es extremadamente caliente. Las temperaturas de 42 a 45° C a la sombra se hacen apenas soportables. Con la baja humedad que permite al sudor ser muy efectivo en mantener a nivel la temperatura del cuerpo. Cuando sopla la brisa, trae una sensación de calor, de ardor en la cara y en los ojos. No es simplemente un modo de hablar cuando se habla de los "candentes vientos del desierto".

Cruzando los estrechos de Tirán a bordo de un pequeño barco pesquero, presto a comenzar la aventura

Transpuestos los estrechos de Tiran, que conectan el dedo del Golfo de 'Aqaba con el brazo del Mar Rojo, la humedad aumenta sobre la masa de agua, y el clima. se vuelve sofocante. El mismísimo

Monte Sinai asoma sobre las cumbres de la montañosa punta de la península que entonces desaparece de la vista bajo el horizonte. Las costas se presentan solo como una banda obscura en indistinta cuando el sol se pone sobre los desiertos de Nubia. Todos, capitán, tripulación y pasajero pasábamos las noches sobre la cubierta pues el interior del barco era demasiado caliente para dormir; y pocas cosas hay tan bellas como las noches increíblemente estrelladas bajo la atmósfera transparente del desierto –y el Mar Rojo es un brazo de agua en el desierto– mientras aun escondidas bajo el horizonte austral estaba uno de los objetos de mi viaje: las Nubes de Magallanes y la Cruz del Sur.

El tercer y cuarto días de viaje trajeron un lento cambio en el color del cielo. En lugar del azul limpio y profundo, un tinte gris ganaba terreno, y cuando aparecieron las cadenas montañosas de Eritrea a la mañana del quinto día, el cielo tenía un tinte como el petróleo. No se veían nubes propiamente dichas, solo la opacidad de una atmósfera caliente y opresiva.

El puerto de Massawa aparece como el de carácter árabe más fuerte en toda la costa oriental, a excepción del enclave de Zanzíbar, entre Etiopía y el Cabo de Buena Esperanza. Presenta un aspecto ligero con su frente de ágiles arcadas moriscas. Da la impresión de ofrecer un poco de aire fresco bajo sus portales, pero la impresión es falsa, pues hace tanto calor dentro como fuera. Los edificios combaten al sol, pero de la humedad y torridez de un indistinto cielo como invernadero, no hay defensa.

Nos acercamos al muelle y la presencia de África se hace patente en las decenas de rostros obscuros que nos aguardan en tierra. Las vestimentas son árabes: pantalones bombachos, túnicas, galabiyahs, keffiyahs y feces rojas. Pero las figuras son inconfundiblemente africanas. Los etíopes pertenecen a la raza semítico-hamita. como lo eran los antiguos egipcios, los Nubios y los Watutsi de Ruanda y Burundi; son altos y esbeltos, de nariz recta y labios delgados, pelo crespo y una mirada vivaz y rápida. Escrutinan al extraño con sorprendida curiosidad, pero devuelven inmediatamente el saludo con la mano derecha levantada y abierta –mostrando no tener armas– y una sonrisa franca y espontánea. Los pueblos etíopes: Tigrinios, Galas, Amharas, son altivos y tradicionalmente guerreros. Las mujeres son sumamente bellas y eran las mas apreciadas en los tiempos coloniales árabes — y fueron los únicos esclavistas de la costa oriental cuando la humanidad de toda África se compraba y vendía en los mercados de Sennar, en Sudan. Los etíopes eran a menudo adoptados en la familia de su comprador y eventualmente se convertían en mercaderes ellos mismos.

Tan pronto como pase las formalidades del Puerto trate de salir de Massawa y llegar al altiplano, a las tierras templadas de África. Hasta hace poco –150 años– África era poco más que una costa tórrida y un interior desconocido. Poco sabia Europa de las magníficas tierras, lagos, ríos y cordilleras que se extienden en gruesa columna desde Abisinia hasta El Cabo. Aquí el altiplano se encuentra a unos 50 Km de la costa: un amontonamiento de montañas, una detrás de la otra, señala el principio de la Eritrea etíope. No tarde mucho en conseguir un aventón con una familia israelí que trabaja en Asmara, la capital de Eritrea. Empacados en un diminuto Fiat, con dos niños traviesos e insoportables, partimos hacia las sierras.

Los primeros kilómetros tienen una naturaleza tan diferente de todo lo que había conocido, que me recordaba a golpes el sitio donde me hallaba: en el duro y desértico Cuerno de África. La tierra es árida, amarilla y hostil; la vegetación achaparrada, espinosa y retorcida. Este es el paisaje somalí, un desierto granuloso y huraño. Los pueblos son pequeños grupos de casuchas construidas de ramas resecas, niños en harapos salen corriendo cuando escuchan el ruido de un vehículo y extienden las palmas en espera de alguna limosna de los viajeros. De vez en cuando pasamos rebaños de cabras y corderos, algunas veces unos cuantos camellos que pueden vivir de la escasa materia vegetal y arrancan hasta los últimos retoños, manteniendo las plantas casi desprovistas de hojas.

En tiempos de los reyes de Axum, Eritrea dominaba a su altiplano gemelo, el Yemen. Tras la expansión del Islam, las ciudades yemenitas tomaron la iniciativa y atacaron la costa africana, pero las montañas de Eritrea nunca cayeron ante ellos, y Etiopía mantuvo su independencia por otro millar de anos, hasta la incursión inglesa de Napier, la segunda mitad del siglo pasado, que termino con la muerte del emperador Teodoros en el sitio de Magdala.

Conforme la carretera comienza a atacar la montaña, serpenteando por un centenar de faldas, la flora se enriquece con algunos cultivos, árboles frutales y plantíos de sisal. Los colores ya juegan en tonos de verde y esmeralda, El clima se vuelve templado a medida que subimos y se revelan más y más serranías, cada vez más altas y abruptas. El horizonte parece inclinado respecto a la vertical, la llanura costera es una masa de amarillo deslavado que se oculta tras la suciedad de la atmósfera. A una hora de trabajar la subida arribamos al restaurant "Il Buono Respiro". A la vuelta del siglo los italianos penetraron la Eritrea: decididos a tomar Abisinia. Fueron detenidos por el emperador Menelik II en Aduwa, y la provincia de Tigre se mantuvo africana hasta 1936 en que Mussolini logro la conquista de toda Etio-

pía. Aunque en 1946 Italia perdió hasta Eritrea, su influencia es muy fuerte aun. El italiano es el segundo idioma de la región, después del Tigrinya, aunque el Amhárico del centro le sigue muy de cerca.

Montados otra vez en el pequeño carro continuamos el ascenso, y pronto la vegetación se vuelve riquísima, el cielo se motea de nubes blancas sobre un fondo de obscuro zafiro de alta montaña. Las serranías se hacen mas prohibitivas y se hace patente como Etiopía se mantuvo tan aislada del mundo allende ellas: los más fantásticos valles, increíbles cadenas montañosas que no tienen nada que envidiar de Oaxaca o Guerrero. La geología tiene aquí un fenómeno peculiar, el Amba. Este es el nombre de los altiplanos formados como una mesa rodeada de cañadas y acantilados de roca, los tapones de cráteres ancestrales que han perdido sus conos; un hombre poco aventurero puede pasar su vida en el Amba sin atravesar jamás la abruptas gargantas que lo separan del resto del mundo. El clima del altiplano es muy salubre y la naturaleza provee todo lo que necesita, incluso las paredes de roca que le dan defensa contra toda intrusión.

Asmara esta sobre un Amba, a 2800 metros de altura, rodeada de bosques de coníferas, olmos y cipreses italianos. La ciudad es tan italiana como puede serlo una ciudad africana con calles anchas y tranquilas sombreadas con palmeras, cafés al aire libre, pizzerías, latterias y limpios kioscos. La mejor ciudad del país. Se ven pocos europeos por las calles, pero los africanos son tan urbanos como cualquiera incluso en los barrios nativos por los que al principio caminaba un poco aprehensivo, tienen una alegría provincial.

Llegamos a la ciudad al mediodía y apenas se sentía el frío, por la tarde comenzó a soplar un vientecillo helado que me, hizo cambiar mis pantalones cortos por otros, y ya por la noche tuve que sacar mi chamarra de entre las bolitas de naftalina.

A las pocas horas, pequeñas curiosidades van llenando la atención: los niños aparentemente distinguen con facilidad a propio de extraño y una docena de chamacos me seguía , impresionados aparentemente por mi barba y mochila. Escritura amhárica por todas partes, el retrato de su majestad el Emperador en cada tienda, bar u oficina, las placas de los automóviles, la vestimenta tradicional, incluso el color azul lustroso de una especie de moscas. los insectos tienen un comportamiento curioso; a veces veía plantas que me parecían raras, y esto se extendería en todo el trayecto del viaje. África es un libro abierto para cualquier especialidad, y sentí mucho no saber algo de geología, zoología o lingüística para poderlo leer.

En la terminal de autobuses, con un poco de español, memoria de películas italianas y el resto de imaginación, logre saber que e1

autobús hacia Axum partía a las ¿dos. a.m.? seguramente p.m. Al día siguiente me entere que aquello era "hora africana": la primera hora del día son las 6 a.m., de modo que "las dos" son nuestras 8 a.m. (las fechas también se cuentan de acuerdo con el "calendario etíope" que sigue esencialmente al Juliano y esta 15 días en retraso respecto al Gregoriano).

Salí frustrado, decidido a tratar de llegar a Axum de todas maneras, a probar mi suerte en conseguir aventón con mi dedo pulgar derecho veterano ya de cuatro continentes. Pero África es diferente: circulan pocos vehículos, y puede uno esperar largo tiempo antes de ver algo moverse por la carretera. Los pocos choferes no comprenden exactamente de que se trata, creen que esta uno arruinado, trastornado, o exigen pago. Todo dicho, aquel día solo llegue a Adi Quala, unos 90 Km recorridos. ¿Adi Quala? ¿Acaso hay un sitio para dormir en Adi Quala? Todo poblado tiene por lo general un bar, que sirve también como tienda general, bar, y, si así puede llamarse, hotel. Debo haber sido el primer extranjero en mucho tiempo pues incluso un huésped de la pensión insistió en que tomara su cuarto pues era el mejor. El precio por noche era un dólar etíope, equivalente a 5 pesos mexicanos y parece ser característico de estos pequeños albergues. La calidad varía: a veces hay luz eléctrica, a veces solo lámparas de petróleo, a veces nada; el piso puede ser de cemento pero generalmente es tierra y el lodo no es raro. Esta por demás decirlo, la fauna en los colchones incluye toda una serie de fascinantes animalitos que no contribuyen a una noche muy tranquila.

No se tenga la impresión que no hay turistas en Etiopía. Un agente en Gondar me dijo que ahora ya tienen un promedio de diez visitantes por semana aunque pocos paren en sitios como Adi que a la donde es novedad tener a un "carapálida" de otro continente. A poco de caminar por la calle principal se me junto la acostumbrada veintena de chiquillos. Casi siempre los mas vivachos o los mas proficientes en italiano o ingles inician la conversación.

Tomando el conjunto de pláticas que tuve por aquí y por allá, principalmente con aquellos jóvenes "instruidos" por lo menos hasta secundaria (donde aprenden el ingles), emerge una idea mas o menos concreta del mundo en que viven, de sus inquietudes políticas y su creciente agnosticismo religioso, el deseo de emigrar a las ciudades o a otros países. La enorme mayoría de la población es analfabeta y poco pude hablar con hijos de campesinos. Probablemente nunca cambiarán su sistema de vida, trabajarán como agricultores como lo hicieron sus padres y abuelos. Ideas acerca del separatismo Eritreo, republicanismo y los prospectos generalmente obscuros de avance personal

en una sociedad fuertemente estratificada, todo esto forma parte de un interesante pero incompleto mosaico de impresiones.

A la mañana siguiente decidí que tenia que viajar en autobús si quería visitar Etiopía en un tiempo razonable. A las 10 a.m. (hora estándar) aborde el camión a Axum y encontré allí a un turista ingles, Regan, quien viajaba también en el mismo plan, así que decidimos continuar juntos. Es sorprendente como los transportes públicos de países tan diferentes como Jordania, México o Etiopía tienen en común el terrible apelotonamiento. "Hay lugar parados" parecía decir el cobrador y una señora gorda subía con sus dos canastas y tres mocosos y como apenas podía ver otra cosa, me puse a observar a la gente. Su vestimenta tradicional es bien sencilla: una manta de algodón blanco echada encima y sencillos pantalones de la misma tela. Las mujeres tienen algún bordado geométrico en las orillas de este rebozo, y una falda amplia blanca también; algunas lucen collares mas o menos elaborados, pendientes y brazaletes chapeados. Los hombres portan casi como parte de su atuendo un largo bastón de unos 1.70 metros de longitud, y como el bombín de principios de siglo, es un imperativo social. Adquieren una apariencia seria y a veces risible cuando se apoyan en el, parados en una pierna como si fuesen garzas.

Pude notar que las enfermedades de la piel, escoriaciones, ojos arruinados por la tracoma son muy comunes. No es difícil saber el por qué: hay una impresionante abundancia de moscas que parecen preferir concentrarse en las orillas de la boca y en las glándulas lagrimales. La gente parece estar acostumbrada a estos insectos y las madres no hacen nada por espantar las moscas que cubren los ojos de los niños como rasposas lágrimas negras y vivas. Un espectáculo muy desagradable.

Aunque Eritrea es la región mas rica y cultivada de Etiopía, conforme se viaja al centro del país, las casas de mampostería se mutan en cabañas y chozas de paja, la vestimenta se torna mas harapienta Existen regiones particularmente insalubres como Bahdar, a orillas del maravilloso lago Tana, la fuente del Nilo Azul, donde la Bilharzia, elefantiasis y lepra son endémicas. No hay suficientes lazaretos y los enfermos siguen trabajando mientras el mal se los permite o se rebajan a la mendicidad agrupándose alrededor de las iglesias donde pueden verse el día entero arrumbados unos contra otros, escondiendo sus llagas bajo las telas ya amarillas y raídas, con las manos extendidas bajo ellas en espera de alguna limosna.

Axum. Fuera de Etiopía apenas evoca emoción mencionar su nombre aunque tiene una historia tan rica como para merecer el título de la Roma de África. La historia de los revoltosos y sanguinarios reinos

que la tuvieron por capital permanecieron ignorados por el mundo exterior, y la conclusión de un trayecto tan largo es como el de un río que acaba por morir en el desierto. Hoy en día es una población pequeña, no muy diferente de otras de su tamaño. Algunos monolitos en un campo arado de todo lo que queda del palacio de la Reina de Saba. El depósito de agua que le servía de baño esta aun en uso para almacenar liquido para la ciudad. Se pueden ver aun los enormes obeliscos de piedra, muchos de ellos tirados por tierra en alguna lejana guerra civil, las tumbas del rey Caleb, y la ladera de toda una montaña que muestra los restos de haber estado cubierta por viviendas, da idea de una prospera y populosa capital. Y es la destrucción casi total de sus restos la que libera a la imaginación a dar forma a esta urbe. Es una sensación como la de sonar a Teotihuacán en vida, respirar a Petra, la capital Nabatea labrada en las rojas paredes de roca viva de una cañón en el desierto de Jordania, cuyo millar de cuevas con fachadas griegas, escalinatas y anfiteatros agudizan en su abandono la sensación del tiempo transcurrido.

La nueva catedral de Axum, claramente inspirada en Haggia Sofía de Constantinopla

Plantada casi en el centro de la zona arqueológica se encuentra la nueva catedral de Axum, centro espiritual del Cristianismo Copto. El Emperador, que ha levantado iglesias en todo el país, trato de hacer de este edificio algo digno de su rango. Las iglesias coptas nunca

han sido estructuras monumentales, y los materiales de construcción son extrañamente primitivos; una estructura de madera sirve de sostén a paredes de adobe amasado con estiércol y un acabado interior relativamente rico: un recubrimiento de papiro sobre el cual los artistas religiosos pintan una exuberante variedad de imágenes. Ángeles y santos, reyes que marchan a la guerra con sus ejércitos cristianos. Las figuras son de apariencia simple, ojos almendrados y faltos de características en los rostros cuyo color no es el de los rostros etíopes, sino un moreno claro, a veces con tonos de purpura. La maravilla de estos murales y de toda la pintura eclesiástica esta en sus profundos colores, en sus amarillos, rojos y azules, ocres y purpuras que parecen poder coexistir en una figura sin romper la armonía religiosa en la tranquila dignidad que las legiones de ángeles adquieren después de un tiempo de observación. El demonio encadenado y ardiendo en el infierno es la única figura negra; la Trinidad se representa con tres figuras idénticas de ancianos en que el credo Monofisita de la Iglesia Copta identifica a Jesús con el Hijo. La Crucifixión y la Virgen María son temas que se repiten en profusión por las paredes y en una tras otra de las paginas de los libros ilustrados a mano que se usan para los servicios.

El cristianismo llegó a Etiopía en los primeros siglos de la Era a través de Egipto y Nubia, y cuando allí murió, Etiopía fue la heredera de la secta más antigua de las iglesias de Oriente. En el siglo quinto se labraron las iglesias monolíticas de Lalibala, que no pudimos ver debido a la suspensión de las comunicaciones por las lluvias.

El breve tiempo en que la Corona se convirtió al Islam señalo el periodo de destrucción de casi todas las iglesias del país. Las mas antiguas no pasan de 500 años, y la vieja catedral de Axum es una de las pocas estructuras de piedra de esa edad, cuya forma tradicional es la rectangular del Templo Salomónico; un atrio amplio y abierto, un recinto para los fieles, otro reservado para los sacerdotes eficientes y el Sancta Sanctórum. El pueblo solo puede penetrar al primer recinto y generalmente permanece fuera del Templo cuyas puertas se abren solo durante el culto. Así como en las mezquitas musulmanas, los fieles (y los visitantes) deben entrar sin zapatos y permanecen sentados en el suelo, generalmente cubierto de petates.

En contraste, la nueva catedral de Axum tiene una forma sin duda inspirada en Haggia Sofía de Constantinopla, con su cúpula de concreto que destaca sobre varias semi-cúpulas menores. El exterior está cubierto con mosaicos en azul y oro, y sencillamente destruye la atmósfera de la región; el interior es demasiado nuevo, el suelo de loza bruñida y perfecta. El coro de cantores religiosos que acompaña el

Manuscrito de los cristianos coptos etíopes, utilizado para los servicios diarios.

oficio tiene una extraña resonancia en las paredes cóncavas y desnudas, en cambio suena mucho mas natural e inspirante en la pequeña y obscura catedral de Gondar.

Según la tradición, Axum posee nada menos que el Tabernáculo, el Arca de Salomón, traída a tierra de su madre la Reina de Saba por su hijo, Menelik el primero. Los sacerdotes se muestran muy renuentes a mostrarlo, pero me dieron la oportunidad de ver varias "coronas"de emperadores etíopes, y como era de esperarse el oro era chapeado y las piedras preciosas cristales de colores.

Abordando al autobús hacia Gondar

El trayecto hasta Gondar, la última capital del imperio, no pasa de los cuatrocientos kilómetros; sin embargo el autobús toma dos días en completar el trayecto, uno de los tramos de carretera mas increíbles que haya visto. La vivencia deja los sentidos exhaustos y con la duda de si aquello fue realmente una experiencia consciente y no un sueño o tal vez un escenario teatral de cartón.

Comenzamos a rodar por el Amba de Tigre. Aquí y allá se divisan en el horizonte montañas, picos aislados de forma curiosa, demasiado afilados para ser realmente montañas; los campos son de tierra fértil, casi negra, suavemente ondulada y el clima es el del altiplano al termino de una tormenta. De pronto a la derecha se abre un paisaje fantástico: una sucesión de cañadas de mas de un millar de metros de profundidad, pisos y paredes de roca. Tan pronto como aprecio, la

visión se esfuma: Unos minutos mas tarde el infierno reaparece y la tierra cede bajo nuestro vehículo, la carretera se precipita al fondo del abismo: es el cañón del río Takaze que separa política y en forma efectivamente geográfica a Tigre de Baguedemer. La vegetación da forma incierta a las torturadas formas de talud y el descenso dura media hora al cabo de la cual se dibuja el puente sobre las turbulentas aguas de este afluente del Nilo. El trabajo es ahora cuesta arriba, pero cuando alcanzamos la orilla opuesta no hallamos respiro alguno. Frente a nosotros comienza la pesadilla del Nudo Simian, una de las regiones más inaccesibles de Etiopía. La carretera fue construida por los invasores italianos no cabe duda que es verdadera obra de romanos. El objetivo inmediato de esta vía era militar, pero ahora es la única arteria que penetra en Amhara desde el noreste. Trasponemos una serie exasperante de pequeños barrancos, lomas y valles distribuidos en perfecto desorden; es época de lluvias y una tormenta comienza a cobrar fuerza sobre el cielo del occidente. Aparece un amontonamiento de fantásticas formas de roca, increíbles plutones cúbicos de tal vez quinientos metros de arista. Tras algún tiempo de acercarnos a ese mar de montañas en efervescencia la imaginación une las nubes con sus soportes de roca y sitúa al mismo demonio en el centro de la obscuridad relampagueante, la mas alta cumbre de Etiopía, el Ras Dashan.

La circulación pública esta prohibida después de las 7 p.m. a causa del bandidaje, remanente de las guerrillas que se formaron a raíz de la rebelión de 1962, en que un grupo de intelectuales y oficiales del ejercito trataron de desplazar al Emperador, ausente en un viaje al Brasil, e implantar un acelerado programa de modernización del país. La revuelta se desintegro cuando el Emperador regreso apoyado por la facción leal de las tropas, y se presento en Addis Abeba. Los lideres fueron encarcelados y algunos han desaparecido, pero en Eritrea quedó un pequeño grupo armado de separatistas que con el tiempo, como en la Violencia colombiana, vio engrosadas sus filas con toda clase de personas en pleito con la ley que encontró refugio en las sierras del país.

Al atardecer el autobús se detuvo en Adi Arkai, un poblado al pie del Ras Dashan. Entre lluvia y lodo llegamos al bar-tienda-hotel para pasar la noche. Es poco lo que se puede hacer en Adi Arkai para matar el tiempo; no hay radio y solo queda conversar bajo la luz mortecina de un lámpara de gasolina a medio descomponer. Regan trabo un platica interesante con un joven oficial etíope. El había pasado dos años en el ejercito ingles, y... pues hace falta ser militar para entenderse con otro militar, de modo que pase el resto de la velada

Un amontonamiento de fantásticas formas de roca, increíbles plutones cúbicos de tal vez quinientos metros de arista.

en silencio, escuchando la conversación. La clave para ganar la simpatía del interlocutor es acariciar su nacionalismo: ser anti-alemán en Polonia, anti-turco en Grecia, anti-israelí en los países árabes, anti-Ruanda en Burundi y viceversa (¿y quien, en México, se interesa en tomar parte en el conflicto entre Ruanda y Burundi?). En Etiopía conviene ser anti-Somalí.

Continuamos el viaje a la mañana siguiente bajo una lluvia insidiosa, navegando sobre las estáticas olas de la sierra. En las zonas bajas los poblados no son muy diferentes de los que se hallan en los valles de Guerrero, mientras que las poblaciones de la zona fría no podían ser mas semejantes a las que se hallan en la estribaciones del Nevado de Toluca. El etéreo paisaje de las cadenas montañosas jugando con la niebla y los giros del vehículo estaban en acuerdo perfecto con la música folclórica que emanaba del radio del autobús. Describirla es difícil. Contiene rápidas variaciones y falsettos, como los cantos árabes o moriscos, pero transpira una melodía fácilmente identificable para el oído acostumbrado, como la de un canto gregoriano. Es alegre a veces, melancólica y triste casi siempre, las voces humanas aparecen en coros o individuales y entre los instrumentos de cuerda que pude ver, hay algunos con una sola, un cubo recubier-

to de piel hace las veces de caja de resonancia. Moviendo los dedos sobre la cuerda actuada por un arco, se obtienen sonidos de viola o cello, un sonido rasposo y triste como el de las flautillas bolivianas. Para marcar el ritmo se usan pequeños tambores, y hasta el moderno acordeón encaja bien en la música.

Por supuesto, también se pueden escuchar por la radio a los Beatles o algún rock'n'roll criollo en idioma amhárico.

Apenas pasado el mediodía, bajo las nubes pesadas como yunques, nos acercamos a lo que parecía una pared con escarpamientos de basalto, cuyas cumbres estaban veladas por la niebla. Con incredulidad y hasta terror vi la lejana traza de la carretera dibujando un zig-zag en la ladera. Inexorablemente llegamos a esa muralla: el camino efectivamente trepaba serpenteando por el talud de 45°, una inclinación difícil de subir hasta para un caballo. Las "peras" de la carretera tenían que tomarse avanzando y retrocediendo el autobús; al llegar al pie de los Acantilados, el camino salio por la derecha y quedamos envueltos en niebla. Tal vez fue mejor. La carretera estaba abierta en roca viva y las cascadas de agua pasaban bajo ágiles puentes. De pronto las nubes quedaron bajo nosotros y escalamos lo últimos metro para hallarnos en una meseta. El paisaje era el de las plácidas colinas de Irlanda, y nada delataba el abismo y la marejada orográfica de la que habíamos salido hacia apenas unos minutos. Era el Amba de Amhara.

Hasta que Iohaness IV fundó Addis Abeba ("nueva ciudad") en 1880, su capital estaba en Gondar; hoy en día es una pequeña ciudad, distintiva por el grupo de castillos, estilo portugués del siglo XVI, cada uno construido por diferente monarca con algún toque de excentricidad personal, donde se desarrollaba la vida de su corte de intrigas y venganzas como lo fueron las ciudades-estados italianas del renacimiento.

A través de los relatos de los pocos europeos que penetraron en Etiopía antes del siglo dieciocho, como el aventurero escoces James Bruce, se perfila un cuadro de guerra civil, de dinastías rivales y ejércitos en marcha, las decapitaciones, castraciones y mutilaciones en masa a los contingentes vencidos constituyen un color obscuro apenas creíble. Los banquetes de carne cruda aun caliente del animal destazado descritos por Bruce, son desconocidos, aunque la gente afirma que en regiones del nor-oeste aun es posible presenciar (y participar) en tales celebraciones.

Los castillos están carcomidos por el tiempo y destruidos aun mas por una batalla entre italianos e ingleses en 1943. Afortunadamente se lleva a cabo la labor de restauración, pero el trabajo avanza apenas y

Uno de los castillos de Gondar, antigua capital de Etiopía, carcomido por el tiempo y por las batallas

es poco lo que se puede ver que traiga a la mente los años de esplendor de la corte de Gondar. "Porque es que hemos pedido nuestras glorias? Adonde han desaparecido nuestras huestes? Porque es que hoy somos solo agricultores?" dice un canto, tal vez antiguo, tal vez moderno, que nos enseño un muchacho de Axum.

Nos alojamos en el hotel "Patrice Lumumba", del lado barato del espectro de precios y por la noche tuvimos oportunidad de saborear un poco del "night life" de Gondar, (Con diez turistas por semana no sobrevive un club nocturno) pero los sitios que nos interesaban eran las fondas llamadas "tejbej" (la "j" como en "jour"), cafés donde se puede tomar alguna bebida, típicamente "tej" (que si no me equivoco no es mas que tepache de plátano) y escuchar cantos folklóricos cuyo estilo es el de un dialogo entre el instrumentista y la cantante. El primero dirá alguna frase, inventada allí mismo — "¿Acaso estos viajeros vienen de Addis o de Asmara? O tal vez vengan de tierras aún más lejanas" y la cantante recogerá esta frase, la trabajara y acoplara a la melodía, dando alguna respuesta: "vienen de América" (a lo que mi amigo ingles protesto vehementemente), todo esto lo dirá con las manos apoyadas en las caderas y vibrando levemente los hombros.

En nuestras tierras, un conjunto de mariachis cantara para un grupo de turistas con la seguridad de una buena propina. Pero un

parroquiano nos explico que ellos sabían que había dos tipos de viajeros en Etiopía: los ricos (que de todas formas no entrarían en ese tejbej, que estaba fuera de la zona "turística") y los pobres (que por lo general viajan en aventones, se alojan en el "Patrice Lumumba" y se meten justo en los sitios no trillados) que solo entran por una copa de Arake (licor de anís) o un tarro de tej. Pero una taberna que atrae extranjeros "sube de categoría" y por eso los turistas, –aun los pobres– son bienvenidos.

En la región de Gondar y en zonas mas aisladas del Nudo Simian habita una tribu etíope llamada Falasha: los judíos negros, "descubiertos" por los misioneros portugueses. Son de hecho una colección de pequeñas aldeas cuyos habitantes practican una religión que conserva muchas trazas de un credo mosaico, probablemente importado de la antigua Judea en tiempos del Rey Salomón cuando el contacto cultural con "Habash" (el nombre hebreo de Abisinia) era tan fuerte que hasta el monarca hizo una visita "de cortesía" en aquellos tiempos en que las giras de mandatarios no eran tan comunes como hoy en día.

Las aldeas Falashas son indistinguibles de las demás, tal vez aun mas pobres, una choza sirve de sinagoga que no cuenta siquiera con un Rollo de la Ley. Sus habitantes son agricultores y venden ocasionalmente estatuillas de barro medio cocido a los visitantes. Guardo en mi cuarto una de sus "diosas de la fertilidad" para mostrarla a los compañeros del Instituto para los que la tribu Falasha es aun una leyenda con destellos de gloria.

Desde las torres de Gondar se divisa en el horizonte el espejo de agua del lago Tana, origen y deposito del Nilo Azul que parte en su tortuoso trayecto por el tajo que ha abierto en el altiplano para unirse a su compañero, el Nilo Blanco, en Khartoum y llevar la fertilidad de la tierra etíope hasta el Delta, a 700 kilómetros río abajo. Sus aguas son turbias y espumosas, el color que portan aún café grisáceo (el Nilo Blanco, en cambio, tiene un característico color verde azuloso) y su caudal no es impresionante cuando sale de la boca del lago, cerca de Bahdar. El lago mismo tiene una apariencia que muta de un azul tranquilo durante el mediodía a un gris amenazante antes de las tempestades que tienen sobre el lago su escenario favorito. En la distancia se perciben algunos de los monasterios-islas que pueblan sus aguas, donde los monjes (moloxis) levan una vida de seclusión total.

La atracción que nos presentaba Bahdar era su cercanía a las primeras Cataratas del Nilo; Tississat, las segundas en caudal de toda África, después de las Cataratas Victoria del Zambezi.

Eventualmente conseguimos un guía que nos condujo hasta el lu-

Las primeras cataratas del Nilo: Tississat

gar, Llovía, y eso daba siempre un aire de irrealidad a la naturaleza, una cortina de agua que se derrumbaba en una garganta de basalto. El río arriba de la catarata no se daba cuenta del salto a dar, pues fluía tranquilo y dormilón hasta la arista misma donde la vegetación se le unía formando una congelada cascada verde alimentada por la columna de gotillas de agua que se levantaba del fondo. La flora era francamente tropical aunque el clima no era caliente, aquello era un preludio a los bosques que vería en las cordilleras de África Central. ¿Con que comparar esta catarata? Ciertamente no con Niágara, la mas grande de América, con su flujo continuo y perfecto, artificial, rodeada de restaurantes moteles y estacionamientos. Menos aun con Dettifoss en la tundra volcánica de Islandia (y la mas grande de Europa), solitaria y desnuda, con paredes y riberas de piedra estéril. Tississat bulle con los ruidos de la vida y con sus colores, tiene algo de despreocupación y naturalidad, es salvaje y no hace nada por ocultarlo.

Unos cientos de metros río abajo, el torrente se encajona entre paredes de basalto negro y el puente de madera que lo cruza apenas tiene unos 10 metros de claro; a poca distancia hay un sitio en que las rocas de la orilla se acercan a metro y medio una de la otra. Este es el único sitio donde se puede cruzar el Río Nilo de un salto, y fallarlo es caer en la espuma de un océano en explosión.

El único sitio donde se puede cruzar el Río Nilo de un salto

Bahdar es mas un plan que una ciudad. Deberá albergar una población de 150,000 almas, ser el centro fabril del país con la electricidad producida en Tississat, e incluso un nuevo palacio imperial esta siendo construido. Las guarniciones de las avenidas han sido colocadas, pero poco mas. Hay dos hoteles (uno "europeo" para turistas y otro "africano", pero estas categorías se reflejan solo en el precio, pues no se practica discriminación de ninguna clase contra nativos o extranjeros), banco, iglesia, algunas casas y un fondo de chozas. En el aeropuerto pastan las vacas y el lodo de las calles atrapa a los vehículos. Esa noche fuimos invitados a una fiesta de cumpleaños de la esposa de un ingeniero italiano. Allí estaba reunida la pequeña comunidad europea de Bahdar: yugoslavos, italianos, búlgaros y un pastor americano. Ninguno se sentía muy a gusto en la población. Como casi cada noche, afuera rugía una tormenta y la casa era un doble refugio contra la lluvia y para proteger esa gotita de Europa en Etiopía.

Contrariamente a los Peace Corps americanos, que procuran aprender el idioma, convivir con el pueblo, y tomar toda incomodidad con un "caray" y una sonrisa, los técnicos que trabajan en el interior no pueden hallar las amenidades de una ciudad "occidental" y se malhumoran; la conversación pasea sobre las condiciones sanitarias, los planes para ir de vacaciones a Addis Abeba y otras menudencias con que se ocupan los adultos.

Dos días de viaje en autobús nos llevaron hasta Addis Abeba, situada en el centro geográfico del país. La ciudad fue construida en las laderas de una colina, y lentamente se extiende hacia abajo. La imagen que tenia de Addis no resulto ser muy diferente del carácter de ella: rodeada de barrios de casas de adobe o madera se encuentra la parte lustrosa de la ciudad, los dos palacios imperiales, anchas avenidas con pocas pero crecientes estructuras de vidrio y concreto. La capital es muy extendida y como urbe no cabe duda que si cumple su papel aunque tal vez le falta la atmósfera de Gondar o la tranquilidad de Asmara. La construcción más notoria es la gigantesca África Hall, destinada a convertir a Addis Abeba en la capital política del continente en cuyas flamantes salas de conferencias y solemnes corredores se encuentran los lideres de la veintena de naciones africanas.

El visitante guiado quedara sin duda impresionado por lo que vea entre el aeropuerto, el hotel, la sala de conferencias y los palacios, una impresión que apenas revela el abrupto y pobre interior del país, sus campos subdivididos y sus campesinos inquilinos en el ciclo diario, repetitivo de la vida del hombre ignorante.

Al partir para Nairobi, me costo trabajo –como también cuesta

Los vitrales del África Hall, reputados como los más bellos del continente

ahora– reconciliar los corredores cubiertos de grueso tapete en África Hall, con la Asmara provincial, regia Gondar y los miles de kilómetros de arrugada orografía que traspuse desde Massawa. La respuesta trata de estar escrita en lo vitrales de África Hall, reputados como los mas bellos del continente; decenas de rostros obscuros mirando en todas direcciones y una pareja africana avanzando resueltamente en un marco con los colores de decenas de banderas. ¿Pero es necesario comprenderla para amar la tierra de Etiopía?

2 | La fascinante África oriental

Domingo 4 de Febrero de 1968

Recorrido en "aventones" por los territorios de Ruanda y Burundi ⋆ Visita a Kenya ⋆ Los prados verdes de Nairobi ⋆ Viaje en amplio círculo alrededor del Lago Victoria ⋆ Hacia el Nilo Blanco ⋆ La amistad de Jimmy Cutau, compañero ocasional de viaje

Cualquiera que sea el pretexto que se use para justificar un viaje al África, el motivo verdadero es siempre algún deseo infantil nacido de un sueño. La película "Las Minas del Rey Salomón". ¡Quién podrá olvidar el papel de Stewart Granger, el guía de la expedición! ¡Quién podrá olvidar la belleza sobrenatural del paisaje, el territorio de Rwanda-Urundi!

Hoy en día, las repúblicas de Ruanda y Burundi son estados independientes. Para el que tiene interés por vivir la historia, sentir el complejo de emociones que flota sobre las tierras primitivas y a la vez contemporáneas de las naciones recién independizadas del continente africano; los dos mil kilómetros entre Nairobi y Bujumbura son una experiencia perdurable, sobre todo si el medio de transporte es el favorito del estudiantado internacional: el "aventón".

Como ya describí en una carta anterior, en Etiopía tuve que pagar casi todo el trayecto en autobús. Peor aún, en Addis Abeba me hallé

sin medios de continuar al sur como no fuera por aire. Tomé el vuelo de Aerolíneas Etíopes a Nairobi.

Apenas tocamos tierra en Kenya, el estereotipo del inglés –de cualquier color– se materializó en el flemático inspector de pasaportes. No importa si se trata de europeo o africano (así se designa a blancos y negros de cualquier nacionalidad), los oficiales presentan siempre un aire de lejana pero firme autoridad. Dan instrucciones breves y precisas en un lenguaje de vocales cortadas, bien diferente del aire de fría desconfianza nórdica o de la apasionada confusión latina.

La nueva atmósfera

El corto trayecto hasta la ciudad me hizo pensar que mis preconcepciones acerca del África Oriental eran exactas: a ambos lados de la carretera se extendía la sabana de altos prados amarillos, de árboles espinosos que trazaban líneas horizontales con sus delgadas ramas, una lejana cordillera púrpura, un cielo azul profundo moteado con nimbos. Una sensación de expansión en los pulmones al respirar la nueva atmósfera.

La impresión que me sacudía de mis sueños fue un pesado camión que venía por el carril derecho de la carretera. El chofer no parpadeó siquiera cuando lo cruzó por su izquierda: en las ex-colonias inglesas al igual que en la Gran Bretaña, la circulación es por la zurda, y eso me causó varios sinsabores cuando cruzaba las calles mirando a la izquierda cuando el tráfico venía de la derecha.

Nos acercamos a Nairobi y vuelven memorias de la tranquila Inglaterra. Prados verdes rodeados de inofensivas cercas, los árboles parados donde les han ordenado quedarse, el tráfico tranquilo y regulado. En el centro de la urbe, toda visión que hayamos tenido de aldeas misteriosas, de Mau-Mau y tambores desaparece con los espléndidos rascacielos que se levantan sobre la avenida Jomo Kenyatta. Los sombreros de corcho que uno asocia con los europeos coloniales no aparecen por ningún lado. En su lugar, la gente porta trajes de calle, camisa blanca y corbata en un clima que no es muy diferente del que hay en la ciudad de México.

En contraste con la arcaica Etiopía, la historia escrita del África Oriental se remota apenas cien años y se abre con las exploraciones de las fuentes del Nilo. La épica, trágica y lenta que se libró durante cincuenta años para llegar a las primeras aguas del río que alimenta a Egipto.

Rodeando el Lago Victoria

Una escena típica en una de las aldeas de Kenya. Las mujeres se reúnen a conversar al rayo del sol africano mientras una de ellas prepara las viandas

Tal vez olvidemos a los mercaderes árabes que se establecieron en Zanzíbar hace siglos, y que a principios del diecinueve tenían estaciones en Dodoma, Tabora y Pjiji sobre el Lago Tanganyka, cuyo tráfico de baratijas y esclavos probablemente se extendió hasta Zimbabwe –hoy Rhodesia– en tenue pero seguro contacto con los pueblos nativos del continente. Pero son las solitarias incursiones de los esposos Baker, de Speke y Grant, Livingstone y Stanley las que capturan la imaginación con sus recorridos.

Preguntando por aquí y por allá en agencias de viajes y compañías de comercio terrestre, tracé en forma más concreta mi recorrido: un amplio circulo alrededor del Lago Victoria.

Por el altiplano de Kenya, a través de las fértiles colinas de Uganda, al oriente hasta el macizo del Ruwenzori; de Kampala al sur a través de la nudosa Ruanda, la parte más meridional de la vertiente del Nilo Blanco. Por los grandes lagos de agua dulce que yacen sobre

la Gran Fractura africana; Kivu y Tanganyka. Burundi, la patria watutsi, la raza más alta de la tierra. En barco lacustre hasta la cabeza del ferrocarril en Kigoma. Por las yermas extensiones de Tanzania central hasta las palmeras de Dar es Salaam en la costa. Finalmente la ascensión al Monte Kilimanjaro, el nevado techo del África.

Viaje en "aventones"

Tras de hacer planes tan grandiosos me pareció genial comenzar a caminar, mochila al hombro, la cámara colgando, por la avenida Uhuru, que se convierte en la carretera a Kampala, capital de Uganda. Caminé un largo rato tratando de salir de la ciudad a esperar un aventón. Sobre la avenida, caminando en la misma dirección, encontré a un muchacho africano que seguía la misma ruta. Portaba camisa blanca y corbata, saco sport y lentes dorados. Y tenía poco dinero, así que trataba de viajar gratis.

En los tres días que viajamos a Kampala hicimos muy buena amistad de la cual aprendí mucho sobre el pueblo y campo africanos. Jimmy Cutau y yo tácitamente entramos en una simbiosis: es muy fácil para un europeo, especialmente un extranjero, conseguir aventón con conductores africanos. Por otra parte, un africano obtendrá los precios justos en los mercados y pensiones.

Al poco tiempo nos hallábamos en una rauda camioneta por esa típica, inconfundible y única sabana de Kenya. Los colores que había visto cerca del aeropuerto ahora se multiplicaron por mil. Es sorprendente ver cómo persiste en la mente la extensión de pastos amarillos y la tierra rojiza que ya me produce nostalgia y que tuve en sueños antes de aún haberla visto. La pregunta inocente de todo turista: "¿hay leones?". Muy pocos. Esta parte de Kenya es la más habitada, y los grandes felinos casi han desaparecido. Más adelante pude ver en ocasiones manadas de antílopes, zebras y hasta un grupo de elefantes. Es una buena precaución el tratar de evitar quedarse a campo traviesa, esperando aventón en un cruce de camiones, pues existe la pequeña posibilidad de hallarse algún bicho agresivo.

La enorme grieta

Descendimos por una amplia ladera y frente a nosotros apareció un valle cuyo extremo opuesto apenas se distingue en el horizonte. Un mosaico de campos arados bosques y lagos, marcan la región más rica de Kenya, el "Rift Valley" (Valle de la Fractura), uno de los accidentes

geológicos más peculiares del planeta: una grieta que comienza en las montañas del Líbano, Golán y Moab, donde el valle hizo al río Jordán –no el río al valle– que fluye a través del Mar de Galilea, el bíblico lago de Tiberíades, el Kinneret hebreo, hasta el Mar Muerto, punto más bajo de la tierra. Esta grieta se convierte en el espléndido espectáculo del valle de Aravá entre las montañas de Edom y del Neguev. Se sumerge en el golfo de 'Aqaba y el valle se convierte en el Mar Rojo, bincando a tierra nuevamente en Eritrea con la depresión del Danakil. Sus escarpamientos rompen en dos a Etiopía, penetran en Kenya y Tanzania hasta perderse finalmente en el lago Nyasa, lágrima de Malawi.

Un mar de alas

Un Peugeot nos llevó hasta la ciudad de Nakuru. Su dueño, un próspero africano recién propietario de varias extensiones de tierra próximas a la ciudad, el Sr. Kihika Kimani, se auto-nombró el guía y nos regaló una visita al cráter Nakuru, una boscosa caldera volcánica extinta desde la cual se veía perfectamente el lago del parque nacional Nakuru. Las orillas aparecían curiosamente rosadas y amarillas. "¿Ves los pájaros?" me preguntó el Sr.Kimani. ¡Pájaros! Efectivamente, la coloración del lago era debida a miles y miles de aves que viven en sus pantanosas arcillas. Descendimos a las márgenes del lago e inmediatamente se hizo al aire en vuelo majestuoso una nube de alas, una infinitud de puntos, cada uno volaba con una gracia increíble; el lento aleteo de las garzas que extienden su cuello y sus patas hasta que su cuerpo parece una línea oscilante ligeramente ensanchada en su punto medio.

El Sr. Kimani había comprado gran parte de las tierras a precios bajos, los meses que precedieron a la independencia de Kenya en 1963. La población europea temía un caos semejante a la revuelta Mau-Mau de los años cincuenta. El precio de la tierra cayó y muchos emigraron. Los pronósticos resultaron falsos. El presidente Kenyatta fue un líder capaz y moderado. Las relaciones raciales son saludables y tal vez las mejores del continente. El Sr. Kimani nunca tuvo educación formal y tiene uno que perdonarle algunas garrafadas. Su casa está pintada de amarillo y verde muy alegre, "colores africanos", me explicaba. Sus vecinos europeos son más conservadores. Me prometió ir a Londres un día para ver Europa (para él Europa era Londres), y era todo corazón cuando me explicaba sus planes para ampliar la casa, mandar a sus hijos a estudiar a Inglaterra, y el gran respeto que tenía por el líder de su país y por los fallecidos Patrice Lumumba y John F. Kennedy.

Nos invitó a comer y después nos llevó hasta la carretera para que pudiésemos continuar el viaje.

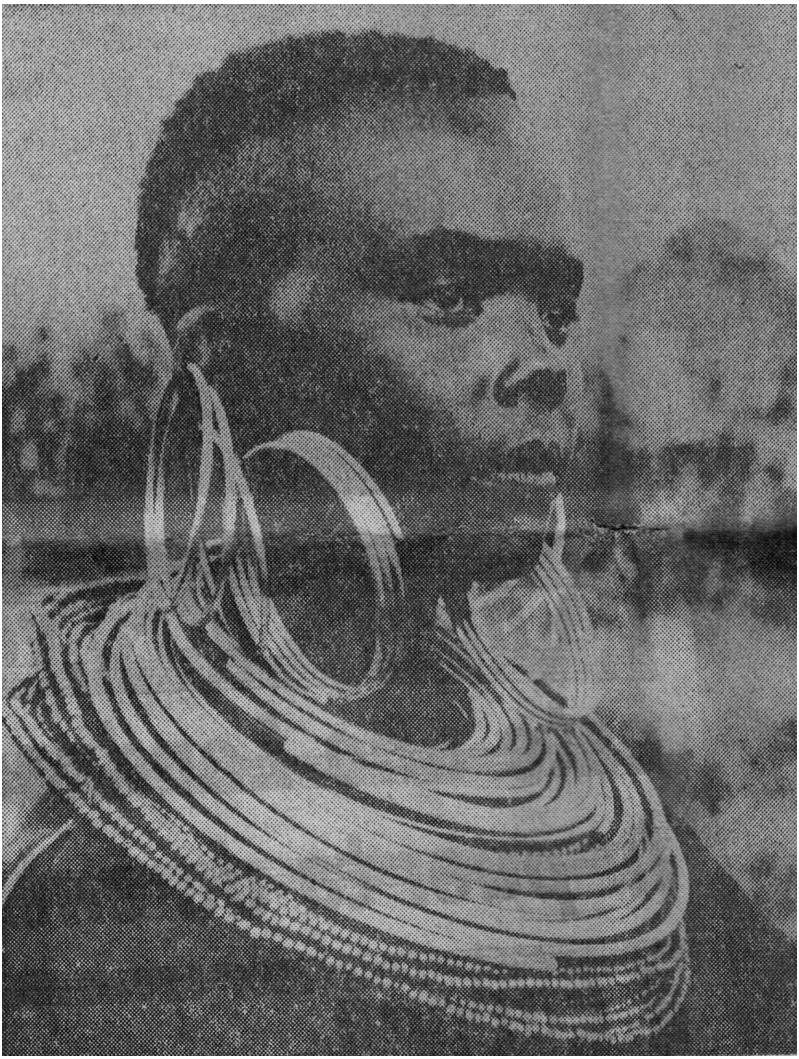
Lunes 5 de Febrero de 1968

Los hoteles "europeos" y los hoteles "africanos" de Eldoret, Kenya ⋆ La función social del bar ⋆ Cuando la India se vacía en África ⋆ Entrada en la República de Uganda ⋆ Las fuentes del Nilo ⋆ El país más opulento del África oriental

Un Peace Corps americano nos llevó hasta Eldoret donde pasamos la noche. El rango de precios de hoteles está dividido en dos partes: los hoteles "europeos" y los "africanos". Como apunté antes, no existe separación racial. Es perfectamente normal para un africano pudiente alojarse en un hotel "europeo" aunque haya pocos europeos que escojan el hotel africano, cuyo rango de precios es usualmente la décima parte de lo que se paga en los otros.

Nunca tuve experiencias desagradables al alojarme en los hoteles nativos, excepto por el hecho que generalmente en la planta baja hay un bar con música continua hasta la medianoche. Tengo que aclarar que los bares africanos no traen la asociación de ideas que sugieren las cantinas en México. El bar cumple la función social del café, de club y centro de reunión. El africano tiene la costumbre de pasar las horas después del trabajo conversando, bebiendo uno a dos litros de cerveza, escuchando y bailando al son de su música, ritmos de Calypso y Cha-Cha-Chá. Las mujeres están sentadas en casa mientras el marido se divierte en el bar. Baila, pero baila solo, por su propio placer. La velada se anima con el alcohol y al poco rato todos están contoneándose frente a la sinfonola. El africano que bebe se vuelve tranquilo y generoso, no valentón ni peleonero. La presencia de un europeo no era usual, pero nadie se sentía inhibido de platicar e invitarme unas cervezas.

No se puede hablar en general de un "carácter africano" así como no existe un carácter europeo. Un escandinavo es diferente de un italiano, que es diferente de un inglés. En África, aún si olvidamos a los pueblos árabes del norte, los etíopes y otros hamitas son altivos y desconfiados, los orientales tienen un sano sentido de dignidad y alegría. Los occidentales –de donde proceden los negros americanos–



Una joven de la tribu de los Kipsigis, de Kenya, cargada de arillos en las orejas y en torno al cuello.

son cálidos y festivos. Los africanos del Sur y del Congo han sido maleados por sus relaciones desafortunadas con los europeos. Son ocultamente hostiles y cerrados.

La India en África

El segundo día de viaje la sabana se trocó en bosque en que la vegetación herbácea alterna con las coníferas importadas del Viejo Continente y los Eucaliptos de Australia. Hay poco tránsito por la carretera pero los aventones se consiguen fácilmente. Pasamos varias aldeas, pequeños grupos de chozas de paja de techo cónico. Los poblados más grandes tienen algunas casas de mampostería, que son las tiendas generales. Hay en África oriental medio millón de indios, llamados "asiáticos" por la población. Inmigrantes de este siglo que hallaron un campo virgen para sus actividades comerciales. Son más numerosos que los europeos y controlan virtualmente todo el pequeño comercio. Forman la burguesía media, una sociedad cerrada y refractaria. Conservan su religión hindú e islámica, la escritura devengari y hablan las varias lenguas hindustánicas. Son poco queridos por la mayoría africana, con quien entran en contacto diario sobre el mostrador del negocio.

A quienquiera que preguntaba por su opinión sobre los indios, hacía un gesto y me describía la imagen del comerciante asiático explotador y sin escrúpulos, encerrado en su unidad familiar y terco en sus costumbres, que no oculta su desprecio por el africano. Juegan el peor papel de ambos mundos. Los europeos controlan las altas finanzas y gran parte de las tierras productivas, pero sus relaciones personales con los africanos parecen ser más sanas.

Las fuentes del Nilo

Cruzamos de un pequeño río y nos internamos en la República de Uganda. Una rápida inspección por un policía africano, y continuamos el viaje hasta Jinja, población industrial en la orilla norte del Lago Victoria. Aquí el Nilo Blanco inicia su recorrido a través de las turbinas de una central hidroeléctrica, pero inmediatamente vuelve a su estado salvaje en su largo recorrido hasta el Delta.

"... de las fuentes del Nilo nadie puede dar razón.... Entra a Egipto de regiones desconocidas" (Herodoto, Libro II, 34). En algo aún tiene razón el geógrafo griego: las fuentes del Nilo son plurales. El Nilo Azul parte del Lago Tana y su primera fuente, el Pequeño Abbaí,

Hombres de las rocas de Kenya. Estos son los Endo, que casi no han sido afectados por la civilización europea. Ocupan la parte norte de la pared occidental del valle del Rift.

vi en Etiopía. Del complicado sistema de lagos de agua dulce que da origen al Nilo Blanco, el enorme lago Victoria es el más conspicuo. Poco después se derrumba en las cataratas Murchinson para entrar brevemente en el lago Albert. Allí se une a los caudales que llegan del lago Edward, que cruzaría yo en camino al Ruwenzori. Las fuentes más meridionales empero se hallan en Ruanda. El caudaloso río que parte del lago Albert pronto queda atrapado en el inmenso Sudd, el pantano que ocupa el cuarto inferior del Sudán. De allí el Nilo Blanco se une a su hermano Azul en Khartoum y comienza la historia del Nilo de Nubia y Egipto. Las aguas crecen y caen con los ciclos de lluvia y sequía en Uganda y Abisinia. La primera gota de energía eléctrica se sangra en Jinja.

Un empleado público nos ofreció alojamiento en su casa en las afueras de la ciudad, en un suburbio construido para los trabajadores de la ciudad. Mencioné antes que me había impresionado el hecho que los africanos medios usasen siempre saco y corbata. Sus casas en cambio, aunque de exteriores blancos y agradables, muestran desaliño por dentro: hay pocos muebles, las paredes están llenas de insectos y faltan muchas comodidades que estarían al alcance económico del dueño. Hay agua, pero la tubería gotea, hay luz eléctrica pero los focos cuelgan desnudos. Las naciones africanas semejan a veces una buena radio de transistores sin baterías. El contacto con Europa parece ser vital en tanto se produzca una generación independiente.

Uganda, la opulenta

El tercer día de viaje nos trajo a la faz de Uganda, el país más rico de África Oriental. Un verdadero paraíso verde tendido como tapete sobre suaves colinas de tierra obscura, negra. La cinta de asfalto, la nueva carretera Milton Obote, se desenrollaba como listón de seda. La selva a ambos lados era sólida y densa, pero suficientemente mansa como para ceder lugar a plantaciones y aldeas. La flora aromática encuentra aquí su clima más adecuado, situado sobre el Ecuador terrestre, el té y el café tienen medio día de sol y un poco de lluvia por la tarde, todo el año. La temperatura y humedad son como la del estado de Morelos en época de aguas. Altas palmeras proporcionan un poco de sombra a las filas perfectas de arbustos de té que se abren y cierran como abanico sobre las ondas del terreno. La biblia sitúa al Edén al oriente de la tierra de Kush, y "Kushi" es el nombre hebreo del africano negro. Esta es la imagen que presenta Uganda, y recordemos que Uganda pudo haber sido la segunda Palestina si no fuese por la dura cerviz de su pueblo.

Problemas de las tribus

Jimmy, mi compañero de viaje, pertenecía a la tribu Kikuyu, una tribu muy numerosa –cuatro millones de miembros– que incluyen al Sr. Kihika Kimani de Nkuru y al presidente Kenyatta. Hay catorce grandes grupos étnicos –tribus– en Kenya, otro tanto en Uganda. Algunas tienen su propio idioma, su jerarquía y en ocasiones su rey. El estado legal es semejante al de las diferentes nacionalidades de la Unión Soviética. Sin embargo, tiene sus consecuencias políticas: los Masai votarán por un candidato Masai y los Kikuyo por el suyo. En muchos casos la lealtad tribal está por encima de la nacional y eso ha ocasionado problemas como lo demuestran el Congo y Nigeria. Unas semanas antes de mi llegada a Uganda, el Kabaka (rey) de Buganda se había visto obligado a huir del país por su oposición al presidente Obote. Había descontento entre sus habitantes, los Baganda, y el gobierno central impuso una serie de medidas preventivas, incluido un toque de queda en todo el reino, que incluye a la capital, Kampala. Los viajeros teníamos que recibir un salvoconducto "para transitar por la zona de disturbios", lo cual parecía un tanto exagerado.

Kampala (50,000 habitantes) resultó ser una urbe agradable con su característico grupo de edificios ultramodernos: el parlamento, oficinas y bancos. En los alrededores se destacaban las blancas torres de los templos hindúes del barrio asiático y las lomas cubiertas en parte con vegetación y en parte con casuchas y cabañas de todos tamaños y colores, de barrio africano.

Martes 6 de Febrero de 1968

Un mundo de colores en la capital de Uganda ⋆ Las tres razas que predominan en ese país ⋆ Diversidad de idiomas ⋆ Algunas curiosidades lingüísticas ⋆ Adiós a Jimmy Cutaeu ⋆ Las nebulosas cumbres del Ruwenzori ⋆ Visita a Kasese y a las minas de cobre de Kilembe

Caminando por las calles de Kampala noté una gran diferencia con Kenya: los habitantes estaban positivamente enamorados de los colores. Abundaban las camisas de tintes violentos, llamados Babu, y las mujeres tienen su traje nacional, un vestido que cubre de cuello

a talones: bandas rojas, círculos azules, moteados y blancos ¡qué variedad! La tela era de algodón con la algarabía estampada. Hombros levantados como la moda de principios de siglo, pero el corte es amplio y fresco, recogido a la cintura. Las mujeres en Uganda tienen muy acentuadas las características de su grupo étnico, y Uganda es la encrucijada de las razas Hamítica, Bantú y Sudánica. Las primeras son altas, de rasgos bellos y finos, pelo crespo pero de cierta longitud, ojos almendrados y mirada viva. Las segundas tienden mucho a ser corpulentas, de hombros y caderas anchas lo cual las hace muy masculinas. Cara ancha, pelo muy corto, rasgos chatos, diferentes son las mujeres sudánicas, de pigmentación chocolate, de estatura baja y apariencia mora. Son musulmanes, de modo que su vestimenta es más apagada y sus modales más recatados.

Jimmy, que tenía algo de "teddy-boy", parecía saber Todo-lo-Referente-a-las-Muchachas. La clave está en aparecer urbano, europeizado o extranjero. ¿Y acaso es esto diferente de lo que sucede en todo el mundo? El resto no es difícil si conoce uno el idioma, pero son pocas las mujeres que hablan el inglés.

El idioma "africano"

En cierta ocasión, en un restaurante en Israel, estaba yo comiendo con dos estudiantes africanos, el uno de Ghana, el otro de Tanzania, y como hablaban inglés entre ellos, un parroquiano me preguntó ¡por qué no hablaban "africano"! Eso sería como esperar que un portugués y un sueco hablasen "europeo".

África, como América es un continente riquísimo en lenguas y dialectos. El norte, de Somalia al Magreb, incluida Etiopía y grandes extensiones del Sahara, habla lenguas hamito-semíticas. Más propiamente africanas son las familias lingüísticas sudánicas que se hablan de la costa norte del golfo de Guinea hasta Equatoria en Sudán. El Camerún, la cuenca del Congo y el África oriental y del sur –Zulu– es el territorio de los pueblos y leguas bantúes.

Uganda se encuentra en la confluencia geográfica de estas tres. Un menguante grupo de pueblos hotentotes, primos de los pigmeos, que habitan el desierto del Kalahari aún hablan el curiosos idioma xhosa, que pude escuchar en Dar-es-Salaam. Huérfano lingüístico como el Vasco, tiene el característico sonido "Xh", un chasquido producido entre la lengua y el paladar. Una conversación en xhosa da la impresión de dos personas sonoramente saboreando un fruta jugosa. En Uganda, los baganda de Buganda hablan laganda.

Curiosidades lingüísticas

El idioma africano que más difusión y trascendencia ha adquirido es el swahili, lengua franca de Africa oriental. Es parte bantú y parte árabe. La proporción y cualidad de la mezcla está tal vez mejor ejemplificada en la numeración: "moya, mbili, tatu, nme, tanu", números simples de una mano, tienen origen bantú. "Sita, saba, nane, tisa" le siguen son árabes. Pero "ashara", diez, no aparece. Lo substituye "kumi", de raíz bantú: los dedos de dos manos. Algunas palabras inglesas se han incluido para términos técnicos y legales. Un "manowari" es un barco de guerra. (Los lectores que conocen inglés habrán levantado las cejas). Pues sí, "man 'o' war" es el término arcaico del objeto. El swahili tiene una cadencia muy característica que le da el estereotipo de lengua "bulu-bulu", pero tiene las vocales claras y abiertas, aunque no es tan incisivo como el español. Las consonantes fluyen y no se topa uno con las guturalidades semitas o las acumulaciones eslavas. Es muy onomatopéyico y generalmente va acompañado con emotivos gestos y aspavientos del interlocutor. Es un idioma que se presta para la rima y el canto.

"Muntu" es "hombre" y su plural es "bantú", de modo que los bantú son simplemente "gente". Los europeas son llamados "bwana": "señor". Se sorprendían que yo los llamase con el mismo apelativo. Aprendí una veintena de oraciones útiles, y para el que quiera comenzar con el idioma en un país extranjero, un consejo: la frase más importante de ser aprendida no es "¿cuánto cuesta? ("¿bei gani?") que se substituye con frotar el pulgar y el índice. Tampoco es "¡Quiero comer!" ("¡Nataka kupala!") que con indicar la boca abierta basta. Es "¿Chóo kiko wapi kapa?" ("¿dónde está el W.C?"), cuya mímica es falta de educación.

Rodando por Uganda

Con cierto pesar me despedí de Jimmy y me dirigí a la estación para abordar el tren nocturno que partía de Kampala hasta las fronteras occidentales de Uganda, región rica en maderas finas y subsuelo abundante en cobre.

El ferrocarril de Uganda tiene su cabeza en Kasese, al pie del macizo Ruwenzori (5,120 metros sobre el nivel del mar), y se emplea casi exclusivamente para el acarreo del mineral. A los pasajeros se dejan dos vagones de tercera clase. Partimos al atardecer, bajo un cielo radiante con cirros encarnados. La selva, cuyos arboles recortan siluetas despeinadas, gradualmente comunicó su obscuridad al firmamento.

Pasé una muy mala noche sobre las incómodas bancas de madera. No había nadie quien hablase inglés, ni luz suficiente para leer. De alguna manera concilié el sueño y tras cabecear algunas horas.

Ya con la luz del día uno de los pasajeros me despertó para mostrarme una manada de zebras que corría espantada por el ruido del tren.

En algunas aldeas africanas, todavía los nativos se valen de procedimientos primitivos para encender fuego. Aquí se les ve frotando los consabidos palitos.

Rodábamos cuesta abajo por las suaves laderas de otro valle de fractura, en que el lago George se desagua al sur en el lago Edward. La orilla opuesta apenas se divisaba a través de la atmósfera matutina. Pero no, no se ven las cumbres nevadas del Ruwenzori, de 5100 metros de altura, las Montañas de la Luna, así designadas por el explorador Stanley para dar la razón a los antiguos mapas que, a falta de mejor información, atribuían las fuentes del Nilo a las nieves de tales montañas.

No cabe duda que Stanley tuvo muy buena suerte a poder ver las cumbres, que permanecen veladas por la niebla prácticamente todo el año, y convierten al macizo en una de las regiones más lluviosas

del planeta.

Las laderas tienen una flora exuberante. La sabana de las planicies circundantes se enriquece con la altura y a los dos mil metros aparece la jungla subtropical –rainforest–, que subsiste hasta los cuatro mil metros. Por encima de esto, abunda una planta lilácea peculiar de esta zona del mundo: un tallo grueso cubierto de hojas verdes, de uno a dos metros de altura que se termina en una flor en forma de una gigantesca alcachofa. Más arriba... las nieves eternas del ecuador africano, que pasa apenas algunos kilómetros al sur.

La selva terrible

Arribamos a Kasese. A pesar de haber leído acerca de este sitio, no tenía idea concreta qué buscaba en Kasese o si era posible tratar de ascender a las cumbres. Un comerciante me dirigió a Mobuku, y un comerciante de Mobuku de vuelta a Kasese. A la postre, tomé el autobús a las minas de cobre de Kilembe. Allí, un oficial de la policía me disuadió de tratar de alcanzar las cumbres sin formar parte de un grupo.

Las aldeas de pigmeos que hay en las alturas del macizo mantenían hostilidades. Hacía unos días una persona estuvo perdida por cerca de una semana en las intrincadas estribaciones de la montaña.

El dueño de la tienda que servía a la comunidad de técnicos y mineros, el Sr Sood, un asiático, me invitó a su casa y allí permanecí tres días que pasé conociendo con calma los alrededores, lavando mi ropa, nadando en la eslpléndida alberca que sirve a los técnicos europeos y asiáticos. El segundo día subí lo mas que pude, siguiendo un camino de jeep hasta un depósito de agua.

La selva es, efectivamente, terrible. El verdor es total. El suelo está cubierto hasta sus ínfimos detalles por una vegetación que trepa sobre las lianas hasta las copas mismas de los inmensos arboles de maderas duras. Avanzar a campo traviesa está fuera de cuestión. Millares de especies de todo tamaño y apariencia dan una sensación no muy diferente de la que se tiene al caminar entre las columnas y bajo las nervaduras que cubren el techo de Notre Dame en París. Parece haber un silencio denso y pegajoso, a pesar de los gritos de los insectos y el murmullo del viento. También sobre el mar hay silencio aunque quiebren las olas. De regreso me alcanzó el aguacero cotidiano. Empapado llegué a la casa del Sr. Sood.

Las minas africanas

Tuve la oportunidad de descender a la mina. Las minas del África. Zambia, Katanga del Congo, África del Sur, países que viven de comer sus entrañas. La premonición que tenía de ellas, de Pablo Neruda chileno traído al África, no se cumplió en toda su fuerza. Los mineros africanos en calzoncillos y botas, agotados y sudorosos, sí. Pero el equipo era muy moderno, las disposiciones de seguridad adecuadas. La paga no tan mala dado el estándar nacional.

"No dejes cosas de valor al descubierto, con estos sirvientes" me decía la Sra. Sood, "En estos africanos no se puede confiar". Opinión tal nunca escuché de un europeo: Para ellos, el africano es tal vez demasiado manso como para robar. En Kilembe prevalecía la curiosa atmósfera paternal y opresiva del Apartheid: un pequeño mundo de técnicos europeos, comerciantes asiáticos, y mano de obra africana.

Miércoles 7 de Febrero de 1968

De Kasese otra vez a Kempala, la capital de Uganda, y de allí a Kigali, la capital de Ruanda ⋆ Más viajes por medio de "aventones" ⋆ Líos con la policía en Buganda ⋆ Necesidad de hablar con algún europeo ⋆ En la minúscula Ruanda

Salí de Kasese en aventones. El primero me llevó a través del parque nacional Queen Elizabeth, la planicie entre los lagos George y Edward. Un gran aro marcaba la línea del ecuador. "Ceda el paso a los elefantes" decía una señal del camino. Efectivamente, no tuvimos que viajar mucho antes de hallar una manada cerca de la carretera. Descendimos para tomar fotografías. Hasta la fecha no sé que debe uno hacer en caso de que den muestras de estar descontentos con el vehículo. Prueba de que existe tal peligro la hallé en un pueblo cercano: varios automóviles con el techo o el motor hundidos.

Regresé a Kampala para obtener desde allí un aventón directo hasta Kigali, la capital de Ruanda, unos 400 Km. de distancia, ya que esperar transporte en pequeños poblados o intersecciones resultaba muy inconveniente.

Entré a en las oficinas de la compañía Transit Congo, que controla gran parte del transporte terrestre entre el Congo oriental y la costa.

No faltan carreteras asfaltadas, pero son pocas, y a medida que se viaja hacia la masa del Congo las vías degeneran en caminos de tierra generalmente inadecuados para carros particulares, pero suficientes para las gruesas llantas de los camiones de carga.

Ningún transporte salía ese día, de modo que el gerente, el Sr. Jacques Poelaert, un solterón belga, me proporcionó alojamiento en su impresionante mansión en "las Lomas" europeizadas de Kampala. Es un hombre muy dado a platicar, y cuyos interesantes trocitos de conversación parecía darlos como un tío que obsequia dulces. Es padre adoptivo de dos niños africanos watutsi. Él había vivido hasta ahora en el Congo oriental y en Ruanda.

Una empresa poderosa

Tras la guerra civil entre la minería dominante Watutsi –hamita– y la mayoría wahutu –bantú–, que terminó con la masacre de los primeros y la secesión de Ruanda bajo la presidencia del hutu G. Kayibanda; Transit Congo halló conveniente cambiar la casa matriz a Uganda. El personal era aún todo europeo y watutsi. Esta es una firma con suficiente influencia como para pesar en decisiones políticas.

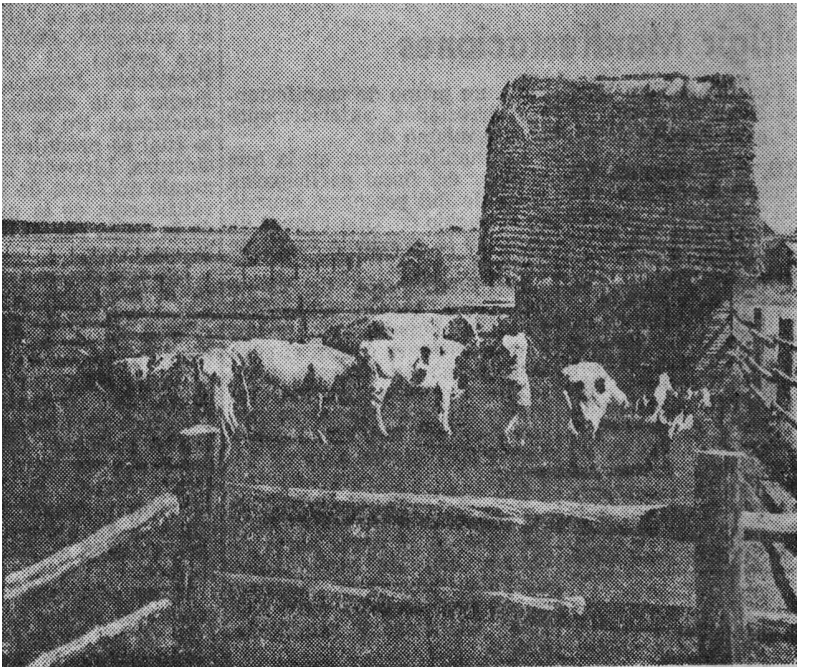
El Sr. Poelaert conocía personalmente a varios de los jefes políticos del África central. Platicando, me expresó su opinión: había una sutil pero significativa diferencia entre los altos watutsi y los sólidos y pequeños wahutu: los primeros tenían personalidad, podían hablarse de tú con los europeos, eran inteligentes y aristocráticos. Los wahutu, me decía, se sienten inferiores y compensan ese complejo con servilidad o altanería, carecen de sentido de igualdad con el europeo y de tradición de gobierno. Mi propia impresión, aunque superficial, fue todo lo contrario. Los wahutu de Ruanda eran sencillos y directos. Los watutsi de Burundi, tal vez por las circunstancias políticas de ese momento, desconfiados y rapaces.

Hacia el oeste

Tras varias horas de espera, hallé lugar en un camión de seis toneladas, sobrecargado a ocho. El chofer era un asiático sikh, con barbas, turbante y todo. Su ayudante parecía no haberse bañado en los últimos seis meses. ¡Cáspita! ¡qué olor!

Emprendimos el recorrido hacia el occidente. Llegó la noche y aún nos encontrábamos en el reino de Buganda, donde el toque de queda prohíbe el tráfico después de media noche. De pronto ¡Zaz!

Un carro rozó nuestro camión, perdió una rueda y se detuvo en la cuneta. El conductor estaba ebrio. Pasamos unas horas con los líos usuales policía, declaraciones y bla-bla. Nuestro vehículo apenas sufrió un rasguño pero habíamos perdido mucho tiempo y eran apenas pasadas las doce cuando entramos en el poblado de Masaka. A esa hora se levantan barreras en los caminos y el sargento nos recibió ametralladora en mano. El ayudante, sin decir pío, saltó del camión y se escondió en la obscuridad hasta la mañana siguiente. El conductor se veía realmente nervioso tratando de explicar por qué nos habíamos retrasado. El ejército provoca temor y no respeto. En las ex-colonias inglesas conserva buena medida de disciplina No así en los ex-territorios belgas que vería después. Es bueno tener un pasaporte extranjero. El chofer estacionó el camión y me ordenó a dormir en la cabina. El tomó unas frazadas y durmió sobre la carga.



Una granja típica de las sabanas del África Oriental. Pequeños corrales y casas modestísimas, con techados de paja, algunos de ellos de forma cónica.

El "Doctor Livingstone"

A la mañana siguiente, caminando por Masaka vi ¡Ah! Otro "turista" inglés de los que viajan en aventón. A un centenar de metros ya nos reconocimos: alto y flaco, barba y mochila, usaba pantalones cortos y echaba humo por la pipa. Para cuando estuvimos a distancia de hablar, ninguno se pudo contener la carcajada al reconocer a su doble. "El Dr. Livingstone, presumo dije, repitiendo la frase inmortal de Stanley.

Y ya que a México llegarán algunos centenares de turistas de nuestra calaña durante las Olimpiadas, y seguramente serán objeto de los ataques de la prensa conservadora, permítaseme una palabra en defensa de ellos. Algunos somos estudiantes serios que sólo migramos en estación de vacaciones, otros se llaman a sí mismos "hitchhikers", "hippies". Muchos nos llaman "beatniks", pero eso es confundir los términos. Seamos tolerantes con esta generación de revolucionarios, humanistas y aún psicodélicos, que aún tienen la inocencia y la energía necesarias para romper con las tradiciones sociales, que tienen la curiosidad infantil de conocer nuevos países, sociedades diferentes de la nuestra, y el ánimo de emprender la aventura.

En territorio de Ruanda

Tras de algunas semanas de estar en camino se siente uno agotado por el aislamiento. Es imperiosa la necesidad de volver a hablar con algún europeo (encontrar otro mexicano es prácticamente imposible). Platicar con una persona de formación cultural semejante, conversar con bromas e ironías, contar chistes de elefantes sin tener que explicar cada término. Desayunamos, intercambiamos direcciones y nos despedimos: el iba a Zambia, yo a Ruanda.

Otro día de viaje y llegamos a la caseta en la frontera con Ruanda. Esa noche crucé el pequeño río para visitar el lado ruandés y tuve la oportunidad de ganarme el favor del inspector prestándole mi linterna eléctrica para terminar unos documentos.

A la mañana siguiente el oficial de la aduana de Uganda tomó varias horas en revisar la carga de cada camión: era sábado y esperaba recibir "mordida" por trabajar tiempo extra en los vehículos que quisiéramos cruzar la frontera que antes se cerrara por fin de semana. Del lado Ruandés no tuvimos problemas (influencias) y al mediodía ya estábamos en la capital: Kigali.

Un minúsculo país

¿Ruanda? Un minúsculo país adyacente al Congo. Desde tiempo inmemorial constituía un reino watutsi y fue colocado bajo la administración belga, junto con Burundi, por la Liga de las Naciones durante el reparto de las colonias alemanas al término de la Primera Guerra. Característicamente, cuando Bélgica dio la independencia al Congo, Rwanda-Urundi se mantuvo separado. La guerra civil entre los grupos étnicos no se hizo esperar y Ruanda se separó de Burundi con la mayoría wahutu. A pesar que Ruanda tiene la densidad de población más alta del África, es una población casi totalmente rural. Kigali era una aldea de quince mil habitantes cuando se convirtió en capital nacional. De pronto surgieron como hongos las embajadas, los ministerios y las casas de los ministros. Los Estados Unidos donaron el aeropuerto, la Unión Soviética un hospital, Francia regaló la escuela superior y Alemania estableció la estación de radio. Kigali se atragantó con edificios nuevos a orillas de sus polvorientas calles, y el núcleo de la ciudad permanece parte nativo y parte colonial.

Me alojé en la misión católica y me puse a caminar por la ciudad. La plaza principal ha cambiado muy poco. Los hilanderos aún trabajan y venden sus telas allí mismo, para que los compradores puedan ver su manufactura. Los "restaurantes" africanos no sirven más que sopa de pasta, carne y algunas frutas. Apenas se consume más, apenas se produce más.

Si ponemos a un lado las no pocas bellezas naturales, África central carece de aquellos elementos que tanto interesan al viajero y en los cuales Europa es más que pródiga: tradición, atmósfera histórica y urbanismo. No existen las iglesias barrocas que motean cualquier pueblo mexicano, no existen las pintorescas aldeas que encuentra uno en todo rincón de Sicilia, no hay arqueología como en la cautivante Etiopía. África central no ofrece mucho a la mirada superficial y hace falta una extendida visita para conocer la esencia que destilan cuatro siglos de dinastías watutsi (que terminaron hace unos meses al ser destronado el joven rey Ntare V de Burundi), con su considerable folklore y su música compleja.

Las danzas watutsi, tan conocidas de "Las Minas del Rey Salomón" son probablemente las más ágiles y bellas del África negra.

Estaba muy cansado, caminando por el antiguo barrio colonial, sombreado con árboles y adornado con bugambilias. Entré al único restaurante "europeo" a tomar una cerveza Carlsberg y allí me quedé dormido.

Jueves 8 de Febrero de 1968

Viajando en el coche del Padre Toninelli hasta la frontera de Ruanda y el Congo ⋆ La actividad misionera ⋆ La bandera verde del Islam ⋆ La religión monoteísta de los Watusi ⋆ El Lago Kivu y las luces de Bukavu ⋆ Futbolistas festivos en Changugu

El siguiente paso de mi recorrido quería hacerlo a Bujumbura, en Burundi. Pero Ruanda y Burundi no mantienen relaciones diplomáticas y la frontera se cierra en ocasiones en un clima de constante guerra fría. Hay autobuses una vez por semana.

Afortunadamente, en la misión conocí a un misionero italiano, el padre Antonio Toninelli quien viajaba ese día al Congo en su Volkswagen, Alto y barbudo, impresionante en su largo hábito blanco, difícilmente podía haber imaginado que se dedicase a otra vocación distinta de la evangelización. Me proporcionó un aventón continuo hasta Changugu, en la frontera occidental de Ruanda, cerca de la ciudad congoleña de Bukavu.

Montado en el carrito tuve la doble oportunidad de ver el magnífico paisaje de fuentes más meridionales del Nilo y recibir de primera mano una idea de la actividad misionera en el África.

Los primeros ciento cincuenta kilómetros fueron una acentuación de las características topográficas de Ruanda, una serie de lomas redondas y cada vez más pronunciadas. Casas por todas partes, aisladas. Las aldeas son pocas. Casi sin sentirlo, hemos remontado una cordillera.

La vegetación lujuriosa nos dice –como en el Ruwenzori– que nuestra altura ha pasado los dos mil metros. La temperatura cae y comienza a llover.

Caminando a lo largo de la carretera con sus piaras, los nativos, escasamente vestidos para este frío, arrían los puercos para venderlos en el mercado. El Padre regatea el precio de uno, pero al final no lo compra.

En lo más intrincado de la sierra, cuando rocas, árboles y cimas de tierra parecen estar revueltos, amasados en desorden total, el Padre me dice que este es el tipo de terreno que hay en su misión, a cuarenta kilómetros al norte de Uvira.

Desnudez de los nativos

Los nativos viven desnudos a pesar de los esfuerzos de inculcarles algo del pío pudor elemental. El analfabetismo es total. "¿Y la sanidad?", pregunto. La misión solicitó al gobierno central de Kinahasa algo de ayuda médica. En respuesta se enviaron seis enfermeros voluntarios, pero sin medicamentos.

"Vea" –me dijo– "somos pocos y tenemos demasiado trabajo, yo paso la mayor parte del tiempo viajando a comunidades lejanas y administrando comunión, oficiando la misa en una región tan grande como Cerdeña". Pero la doctrina apenas avanza. "Son sólo cincuenta años de misión, no se puede esperar que sea aún una idea arraigada"

"Durante los disturbios posteriores a la independencia, la labor vino por tierra, mis indígenas volvieron a sus costumbres, acabaron con la misión".

El padre Toninelli, junto con otros nueve misioneros blancos pasaron varios meses en prisión bajo el gobierno de Gizenga en Stanleyville –hoy Kisingani–. "Hemos vuelto a recoger los pedazos y a reconstruir".

Problemas misioneros

La emergente élite africana resiente la actitud paternalista "a la Schweitzer" del doctor blanco en camisa limpia, sombrero de corcho y corbata de moño, que cuida a "sus nativos". Le recuerda a la Europa filantrópica, a la vergüenza que produce ser considerado digno de lástima, hacer las veces de animalito enfermo. El agiornamiento debe salir de Italia.

En los ex-dominios belgas las misiones son principalmente católicas. Pero en el mosaico africano, donde el anglicanismo domina las regiones del mapa que solían pintase de rojo inglés, la bandera verde del Islam desciende poco a poco hacia el Ecuador.

Por siglos, la costa norte y puntos de la oriental eran musulmanes. Hoy el Islam, con su estricta moral y sencillos rituales hablan al nativo de las sabanas de Tchad a Mali en un idioma más propio, más suyo; a medida que se desvanece su asociación con los orgullosos Tuaregs como la de los señores del Sahara.

El cristianismo permanece como la religión de occidente, la del hombre blanco. El africano emancipado es por lo general escéptico, agnóstico. Reconocen que han sido educados en alguna misión y que aún son buenos amigos del Padre, pero allí termina su identificación con la fé.

En Burundi hay otra corriente: el Imanismo, la antigua religión monoteísta de la población watutsi. Dios es Imana. Tiene aspectos panteístas y animistas, pero en la práctica, los sacerdotes nativos están al nivel de los curanderos; pero milagros y leyendas embellecen a esta religión que cuenta con un sabor nacional y goza en cierto grado del favor del gobierno, que labora por una burundización de la cultura. (¡y qué! ¿acaso nosotros no estamos orgullosos de la mexicanización de las artes, etc.?).

Muchas mujeres africanas han adoptado la indumentaria occidental. Esta joven, considerada como una belleza en su país, se adorna con collares y aretes, y se anuda una pañoleta sobre la rizada cabellera.

En la frontera del Congo

Trasponemos un paso entre las cumbres y abandonamos la vertiente del Nilo para entrar en la cuenca cerrada de los lagos Kivu y Tanganyka. El primero se desagua en el segundo de la misma manera que el Mar de Galilea fluye al Mar Muerto a través del Jordán.

La espléndida vista que me había prometido el padre Toninelli se opacó por la neblina que nos envuelve a través del largo descenso y que mantuvo oculto al lago hasta que llegamos hasta sus orillas en el poblado de Changugu. Se veía gris y ordinario.

El Padre me dejó en una pensión europea y continuó su viaje. Tomé un cuarto y bajé a pasear a las boscosas márgenes del lago. La luz de la tarde comenzaba a disminuir cuando la neblina se levantó lo suficiente para divisar la orilla opuesta del lavo, donde se prendían como luciérnagas las primeras luces en Bukavu, República del Congo, escenario de trastornos muy recientes.

Caminé unos minutos hasta el puente que cruza al río Ruzizi en su embocadura. La mitad opuesta del puente es ya territorio congoleño.

Mientras tanto, en el crepúsculo que se volvía más opresivo en la tibia y húmeda atmósfera, el aire se llenaba con los ruidos de la selva: chirridos, picotazos y zumbidos de un millar de especies.

El lago Kivu, gris, adquiría una apariencia mágica, tranquila pero amenazante, deslizándose furtivo bajo el claro del puente. Pedí permiso a los guardias fronterizos y crucé el puente para tomar un fotografía. Estaba pisando tierra del Congo y pensé para mí que esto era como llegar al fin del mundo y grabar en una roca "aquí estuvo Bernardo". Hay momentos que quiere uno recordar, mantener fijos en la memoria, congelar la imagen para los años futuros. Este fue uno de ellos.

Un retiro perfecto

La pensión Changugu era un hotel de descanso para los belgas de tiempos coloniales. Tiene agua caliente y luz eléctrica, y todo está escrupulosamente limpio. El salón comedor, estilo colonial y con vista al lago es un retiro perfecto para leer o platicar. Pero era yo el único huésped en la pensión, que había visto tiempos mejores.

Cuando salí a cenar, de pronto encontré en el salón unas tres decenas de africanos. Algunos llevaban uniforme de futbol; habían ganado el partido y venían a celebrar la victoria. Corría la cerveza y aumentaba el ruido. La dueña de la pensión, una señora cincuentona, estaba visiblemente nerviosa mordiéndose los labios y apretando los

puños. Un señor en corbata y aliento alcohólico comenzó a hacerme plática. Él era el director del Departamento de Juventud, me decía, y este era su equipo. Tras de algunos minutos de conversación intrascendente logré salir con el pretexto de ir al baño. Eventualmente el grupo se fue y pude cenar con tranquilidad buen queso gruyere y excelente vino rojo; viendo reflejadas las luces de Bukavu, pequeño enclave europeo sumergido en la noche africana, y tratando de poner en orden mis pensamientos.

El tramo de carretera entre Changugu y Bujumbura es una importante vía de comunicación entre los dos lagos que corre sobre la margen oriental del río Ruzizi. Es usada principalmente por el Congo quien posee la margen occidental del río. No tuve problemas en obtener aventón en la cabina de un tráiler y emprendí el viaje al sur.

En el Congo oriental

A la hora de comer nos detuvimos en un restaurant: una cabaña junto a un minúsculo campamento militar en condiciones desastrosas. Yo no fumo usualmente, pero encontré útil llevar cigarrillos conmigo y ofrecerlos a cambio de un poco de plática. En esta ocasión los soldados estaban cerveceando "Primus" ("La biére Nationale Congolaise"), una enormidad de tres cuartos de litro, amarga y potente. Acabé siendo invitado a dos de ellas, y la alegre conversación que se suscitó, con trocitos de francés y mímica era algo de oírse y verse. Me hablaban de lo fuertes y valientes que eran los soldados de su país, que habían vencido a los watutsi y que ninguna tarea era difícil para ellos.

En eso llegó un camión militar congoleño, los soldados portando el típico uniforme gris, con sus mujeres y sus ametralladoras. No podían haberme pasado por alto, pues hay pocos europeos por esos lugares, pero se mostraban muy amistosos. Uno de ellos me enseño un escudito "Osterreich" (Austria) que tenía puesto como condecoración en la camisa.

Me hubiera quedado hasta el final de la fiesta si no es por el conductor, sobrio, que me indicó que siguiéramos nuestro camino. Algunos soldados en el Congo poseen una poción que –dicen ellos– los protege contra las balas enemigas; pero generalmente en caso de gran peligro se despojan de sus uniformes y se refugian en la selva, disfrazados de pobladores locales. Estas actitudes existen en cualquier pueblo en esas condiciones, y están fuera del control de los bien intencionados estadistas en los escritorios de Kigali o Kinshasa. No son propios de alguna nación o raza particular, pero son actitudes que existen y aunque sus detalles tienen luces de comicidad, son una

trágica bofetada para los idealistas que quieren ver la igualdad de todos los hombres.

Viernes 9 de Febrero de 1968

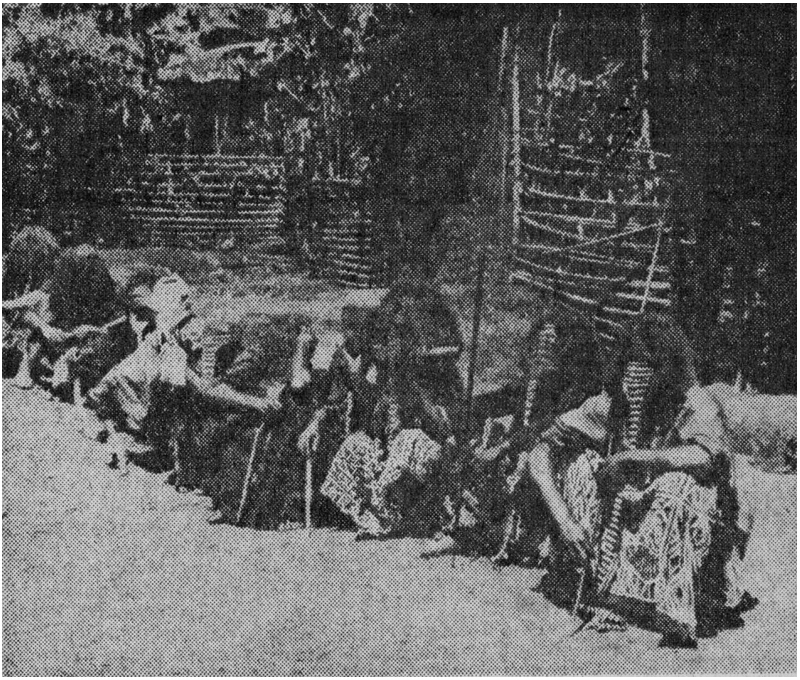
Los guardias poco amistosos de Burundi ⋆ Al que llega de Ruanda lo atosigan a preguntas ⋆ Dificultades con el idioma ⋆ Visita a Bujumbura, la capital ⋆ Una ciudad en tensión ⋆ Ante una ametralladora ⋆ Estruendosa orquesta de tambores

Al poco tiempo cruzamos un minúsculo arroyito y nos encontramos en el Reino (hoy República) de Burundi. Este pequeño país había pasado recientemente por una serie de situaciones difíciles. El cuerpo diplomático de la China Popular había sido expulsado del país tras de proveer con armas a los Simbas del Congo. El joven príncipe Ntare, de 19 años, destronó a su padre, Mwambutsa IV y las ceremonias de coronación (del hoy ex-Ntare V) estaban teniendo lugar. Como si fuera poco un grupo de mercenarios blancos había raptado un barco con armas en el lago Tanganyka, y la tranquilidad del país se veía siempre amenadada por las rebeliones del Congo Oriental.

El puesto fronterizo de Burundi no tenía gente amistosa. Todo europeo de mi edad era sospechoso de mercenario, y más usando barba, aunque probablemente esa gente no viaja con mochila y en aventones. "¿Por qué estuvo en Ruanda?" me preguntaron –pues las relaciones son muy tensas entre estos dos estados– como si fuese culpable de haber estado allá. (De hecho es una pregunta que no carece de sentido, ¿Por qué demonios fui a Ruanda?.) Por alguna razón que yo ignoro, nuestra Secretaría de Relaciones pone todos los datos del pasaporte mexicano sólo en español. Este detalle a menudo me ha traído problemas, especialmente en esta ocasión, El oficial solo hablaba algunas palabras en francés, había oído que un país llamado México existe "en algún lugar de América del Sur". Pero este mexicano sospechoso alegaba con documentos en inglés ser estudiante de Física en Israel, en visita de placer por Burundi. No lo culpo si se mostraba escéptico. Para salir de dudas, pregunto al conductor su opinión, quien le aseguró que era yo "una persona decente".

Chozas de juncos y paja

La franja occidental de Burundi es el valle del río Ruzizi, una extensa llanura limitada por las paredes paralelas de la Fractura. El terreno se vuelve más árido, pero aun suficientemente fértil para dar una abundante cosecha de algodón y plátano. Las aldeas ya no tienen siquiera los edificios de mampostería de las tiendas asiáticas. Son ahora sólo pequeños grupos de redondas chozas construidas de juncos doblados y paja.



Junto a las chozas de juncos, paja y adobes, estos personajes se han puesto en extrañas fachas, evidentemente para una especial ceremonia.

Algunas mujeres andan con el pecho descubierto y colorida falda, mientras que los shorts kaki parecen constituir el único atuendo masculino. Los chiquillos retozan desnudos y salen corriendo a ver pasar nuestro camión.

Entramos en Bujumbura, la capital. Se trata de una ciudad bastante grande, una urbe colonial. Posee un puerto sobre el lago Tanganyka y está bien dotada de edificios públicos, avenidas y paseos que

la colocan muy por encima de la improvisada Kigali en Ruanda. El clima y el panorama me recuerdan siempre los barrios residenciales de Cuernavaca: calles soñolientas sombreadas de bugambilia y cubiertas con hojarasca de flores sin barrer, mansiones de arcadas blancas que se esconden detrás de una alta cerca con enredaderas. Descendiendo hacia el lago están los edificios del barrio africano, más modestos, casi dilapidados. Por doquier se van caminando los largos perfiles de los watutsi. Una parte considerable de ellos alcanza el metro noventa: es la raza más alta de la tierra. La mayoría andan entre sesenta a ochenta centímetros sobre el metro pues la mezcla con los pequeños wahutu es apreciable. Más que por su estatura los watutsi se distinguen por su fisonomía estilizada que no por casualidad evoca los frescos del antiguo Egipto, cuando los hamitas habitaban las tierras del Nilo.

Una ciudad en zozobra

Pero por encima del sopor provincial que se percibe el primer día, Bujumbura no es una ciudad tranquila. Está expectante y políticamente tensa. La policía vigila y la conversación es furtiva cuando se refiere al nuevo rey. Es la Ciudad del No descrita por Yevtushenko: el rostro de Ntare V observa desde su fotografía en cada mostrador, en cada tienda, en cada oficina.

Sin embargo África no parece estar hecha para la vida de un gobierno pesado y frío como las dictaduras asiáticas o aún las americanas.

La tiranía toma la forma de una molestia llevadora, como un mosquito en el lodazal. Por ejemplo: me hallaba tomando fotografías con telefoto de los caracteres del mercado nativo de la ciudad. Se me acerca un policía y no sabiendo como deshacerse de mi me pregunta "¿tiene permiso para fotografiar?". Con gesto decidido saqué mi pasaporte y le mostré la visa de ingreso con el sello de Burundi. Impresionado, el agente me dice "Muy bien" y se va.

Concierto de grillos

La primera noche escuché entre el concierto de grillos, la lejana y ronca voz de un grupo de tambores. Provenían de las ceremonias de coronación en Palacio y no resistí la tentación de dejarme guiar por su sonido hasta llegar a las rejas que estaban guardadas por un pelotón de soldados.

Pregunté si era permitido entrar a ver lo que sucedía, y por sola respuesta uno de ellos hizo un sonido muy desagradable con la ametralladora que había apuntado sobre mí. No reparé en discusiones y me fui.

El día siguiente mencioné el hecho a la oficina de turismo y exigí que una queja escrita fuese enviada al ministerio correspondiente, pues creo que aún en el país más "goriludo" existen derechos y garantías. Por la forma evasiva con que tomaron la proposición, me dí cuenta que más convenía olvidar el incidente, y en adelante traté de evitar la soldadesca.

Y ya que tanto debo a la oficina de turismo, tengo que señalar que tal turismo no existe y que su oficina no conoce siquiera los horarios del barco que pasa una vez por semana por Bujumbura y es el principal medio de comunicación con el exterior.

Tuve que buscarles el número de teléfono de la compañía naviera, aunque en justicia tengo que señalar que no me cobraron la llamada.

Con viejos conocidos

Los siguientes días los pasé en un Seminario para niños, dos de cuyos maestros había conocido en Nairobi: dos jóvenes voluntarios francocanadienses que terminaban dos años de servicio.

Prácticamente toda la educación es llevada a cabo por la iglesia católica y eso le gana la no poca hostilidad gubernamental.

El número de maestros voluntarios estaba creciendo y me tocó asistir a la fiesta de recepción de diez muchachos y muchachas del Canadá, maestros voluntarios por uno o dos años.

Comimos y cantamos hasta tarde. El último "hit" del conjunto musical que habían formado mis dos amigos –ambos llamados Jean– era "Caminamos a Bujumbura", una variación sobre la conocida Marcha a Pretoria.

Al atardecer del último día de estancia en Bujumbura, antes de tomar el barco a Kigoma en Tanzania y de allí el ferrocarril a la costa, encontré a un grupo de músicos que había venido a la capital para animar las festividades de la coronación. Unos veinte en número, esperaban la llegada del camión para volver a su aldea. Vestidos aún con mallas de cuentas, capelo y faldilla de crines, collares, aretes y pulseras de hueso, cobre y plata, eran el centro de interés de una creciente muchedumbre.

A todo vapor

Viendo las sonrisas entusiasmadas de los chiquillos, el líder del grupo ordenó traer los tambores; inmensos instrumentos unos, que llegan a la cintura de un hombre parado; pequeños y anchos otros, cubiertas las caras de piel de cebra estirada sobre los troncos huecos por cientos de cuerdas de cuero. Parado en el centro del semicírculo, el líder tomó los leños de madera dura que se usan para producir la percusión y comenzó a golpear el uno contra el otro para marcar el ritmo. Dió vueltas con ellos alrededor de su cuerpo, en aquello que era más una danza que una llamada de atención del director.

A la señal, los veinte tambores comenzaron a producir el mismo ritmo con un ruido ensordecedor. Después unos, los más sonoros, cambiaron los golpes al medio tiempo y los más agudos elaboraron ritmos más complejos, en un crescendo que rompía los tímpanos y se escuchaba en lo ancho de toda la ciudad. Algunos bailarines que estaban cerca se abrieron paso y contribuyeron al espectáculo. La multitud estaba delirante y los chiquillos brincaban de arriba abajo. El ritmo aceleraba hasta que el sudor corría sobre el cuerpo de los músicos.

Era ya el principio de la noche cuando llegaron los camiones y el público se dispersó con los sentidos confundidos. Cuando me embarqué, el eco de los tambores parecía aún volar en el aire mientras las luces de Bujumbura flotaban sobre el lago Tanganyka.

3 | De Constantinopla al oriente

Domingo 9 de febrero de 1969

Estambul o Istambul, el fin de Europa y principio del retorno ⋆ Ciudad polvorienta, de clima sofocante ⋆ La dueña y señora de oriente es una decepción ⋆ Pocas trazas bizantinas ⋆ La famosa catedral de Santa Sofía

Para tantos, Estambul (llamada también Istambul, o Constantinopla) es el fin de Europa y principio del retorno de la jornada. Arriban a la urbe de las quinientas mezquitas, contemplan las tierras del Asia que se extienden allende el Bósforo... y emprenden el regreso.

Otros pocos, y a ellos nos uniremos, llegan a Estambul como primera etapa de un viaje. A sus ojos, la ciudad es la Puerta del Oriente. Al principio no sumaban mas que algunas decenas... luego, a medida que la juventud europea exploraba su continente, en tiempos de vacaciones algunos efectuaban el circuito del Mediterráneo. El viaje, cada vez más largo y atrevido, se convirtió en el ritual de verano de cientos, y después miles de trotamundos. A principios de los años sesenta comenzó a sentirse una nueva fiebre: el Camino de la India.

Estudiantes, jóvenes errantes, hippies y simples turistas siguen las rutas de Marco Polo, cada uno buscando algo con que completar su corazón o expandir su mente. La mayoría se mueven solos, formando, según la ocasión, parejas, tríos o grupos de amigos, viajando en trenes, autobuses o carros destartalados. La ropa es sencilla y el aspecto a

veces algo fuera de lo común. El equipaje, de tamaño variable, va comprimido en desorden dentro de una mochila. Un bolsón de dormir, una barra de chocolate e infinita confianza en si mismos.

La decisión de viajar

Cuando el verano ya tocaba su fin, quise aprovechar las vacaciones para sumarme al hilo de viajeros, pues soñaba con ver las mezquitas de Persia, las montañas del Afganistán y las muchedumbres del Indo. La idea no es una locura: Veamos, la mayor parte de la carretera entre Estambul y la India esta pavimentada y hay un razonable servicio de transportes públicos. El viaje no es desmesuradamente largo ni peligroso, y una vez contemplada la posibilidad... ¿quien aguanta quedarse en casa?

Cuatro días después de haberlo decidido, volaba ya de Tel-Aviv a Estambul. Los jets han acortado demasiado las distancias. Cuesta trabajo pensar que ya estamos en Turquía.

Con dos conocidos del avión me establecí en un modesto hotel cercano a Divan Yolu y comencé a buscar 'contactos' en el Albergue de Juventud y en los pequeños cafés cercanos a Santa Sofía. Allí sentados alrededor de las pocas mesas, grupos de barbudos o pelilargos serios, exaltados o joviales, veteranos que regresan del Nepal e intercambian información con los bisoños que vienen de Europa. Algunos lucen, a pesar del calor de Septiembre, chamarras bordadas del Afganistán o una masa lanuda que pasa, por ser piel de yak de los Himalayas, collares de cuentas de algún santurrón hindú y huaraches de a dos por rupia. Platican del pasaje de los autobuses en Irán, de la cerveza en Pakistan (prácticamente imposible de conseguir), de los síntomas de la hepatitis (muy popular en India), del precio de los hoteles en Afganistán, y hasta de la temporada de caza de dragones en Transtartaria.

Primeras impresiones

¡Estambul! ¡Quien te vio y no te recuerda!... Como se reprocha a un casamentero que exagera las virtudes de la muchacha. Sucede que, amigo de los libros, había leído algunos sobre historia bizantina y turca que solo me produjeron indigestión cuando me puse a recorrerla. La ciudad es una decepción: sucia, polvorosa, de callecillas complicadas, casuchas sin gracia y clima sofocante, está llena de turcos que no guardan amor para el forastero. El tránsito, denso y pesado, o se

La mezquita del Sultán Suleiman, en Estambul. Detrás, los muelles del Cuerno de Oro.

mueve con lentitud pegajosa o es un tronar de bocinas y chirrido de frenos en que los peatones juegan con su vida cruzando sin ton ni son las intersecciones. Los agentes de tránsito, si no logran regular el flujo, al menos dirigen a vehículos y transeúntes como un furioso director a su orquesta.

Las siete colinas de Bizancio no son mas que tantos montones de cascajo. La Gran Ciudad Señora aparece como una ramera vieja con joyas de vidrio.

Tras de pasar algunos días esperando a arreglar mis documentos y visas, paseando sin rumbo fijo por la parte antigua de la ciudad, entrando a las mezquitas para leer un rato o protegerme de las primeras lluvias del otoño, comencé a apreciar un poco de la música interna de la ciudad, sombría y pausada como los cantos de Anatolia. Tras el aguacero, los muelles del Cuerno de Oro, lavados y húmedos, ya no huelen a basura, sino a mar. La atmósfera marina y transparente revela el tortuoso trayecto del Bósforo, de aguas grises pinceladas de azul, con la infinita variedad de tonos serios, propios de los mares fríos. Desde el puente Gálata se oye no solo el ajetreo del trafico citadino, sino el tronar profundo de las sirenas de los barcos y el chillar de las gaviotas. El sol se oculta tras las siluetas de aguja de un centenar de minaretes. Las luces de neón se ponen a funcionar: el maquillaje de la Señora.

La dueña y señora

Estambul no es una ciudad antigua en la medida de las urbes del Mediterráneo y del Medio Oriente. Constantino la fundó con la intención de convertirla en capital de la mitad oriental del Imperio Romano. Para entonces, en el siglo cuarto, Roma pasaba su zenit; un segundo imperio, el Sassanida, se levantaba en Persia; Jerusalén había sido destruida por tercera vez, en su último, fallido intento de libertad.

Constantinopla fue no solo capital, sino centro administrativo, comercial y estratégico del Imperio Romano de Oriente. Tres ciudades sobre dos continentes, tenía acceso directo a los puertos del Mediterráneo y, más tarde, al transito fluvial del Danubio y a los ríos de la Ucrania que desembocan en el Mar Negro. Nunca podía volver a ser una aldea, como Roma, separada de su imperio.

Se han dado sinnúmero de razones por las cuales el Imperio Romano de Occidente cayó presa de sus convulsiones y fue fragmentado por los bárbaros. En cambio Bizancio, que no inspira ni admiración ni simpatía, que se presenta como una larga sucesión de monjes enlutados y cortesanos ocupados en coleccionar joyas y destilar intriga; Constantinopla, la insolente ciudad cismática que levantó su mitra por encima de la de Roma, pudo mantenerse de pie por más de un millar de años.

La ciudad era una replica del Paraíso. Su emperador, el Basileo, era al mismo tiempo el Pontífice de la Iglesia. La catedral de la Santa Sabiduría (Haggia o Santa Sofía) fue por un milenio el edificio mas notable y maravilla del mundo. Su interior estaba decorado con los más hermosos mosaicos que dedos humanos hayan compuesto, que observaban en silencio las solemnes procesiones de vestimentas de oro y perlas y a los coros de eunucos de voces etéreas que cantaban a los servicios. Una pesada pero efectiva burocracia, una rígida y peligrosa vida de clero y corte.

Bizancio no figura entre los mentores de Europa. Vivió como una dama estéril sin progenie que solo adopto un hijo: el principado Moscovita. No le faltaron sobresaltos: venían los búlgaros y los ávaros, los árabes y, por bastante tiempo, los turcos, quienes en 1453 quebraron la vieja ciudad en un momento irreversible en la historia. En Grecia aun la llaman Constantinópolis, pero Estambul ya es, para siempre Clavo del Islam. Rusia entonces tomo la tiara del tsar (zar), soberano y pontífice. Iván el Terrible, en el film de Serguei Eisenstein, resume el credo político "Dos Romas cayeron, la tercera, Moscú, no caerá, cuarta Roma no la habrá". Cierto. A pesar del tropezón de 1917, Moscú es la ciudadela de la más nefasta ortodoxia.

La catedral de Santa Sofía

Pocas trazas bizantinas quedan en Estambul. Para respirar un poco de los perfumes de la Basilisa Teodora hace falta visitar Ravenna, Monreale (Sicilia) o la catedral de San Marcos en Venecia. De los renombrados mosaicos, la pequeña iglesia de Kariye es la que tiene aún los mas numerosos. Y... en primero y último termino, la catedral de Santa Sofía. Prominente y visible desde cualquier punto de la ciudad, no inspira mucho desde mas cerca. Parece una corpulenta tortuga presa entre cuatro minaretes fuera de estilo. Los contrafuertes agregados por los turcos le quitan cualquier unidad de conjunto que le haya quedado. Entramos por un costado y, penetrando a la nave central nos hallamos de pronto en el enorme espacio bajo la afamada cúpula. ¡Que sensación de distancia y armonía! Las proporciones de las semicúpulas forman razones de números místicos con trazos redondos y ojivales. A ambos lados, galerías sostenidas con columnas de porfirio rojo de Baalbek y Egipto forman una marco de Basílica.

Algunos de los mosaicos que cubrían las paredes han sido redescubiertos bajo una capa de yeso y expuestos a la luz, opacando cualquier obra de mosaiquería moderna (como la de la Iglesia de las Naciones o la capilla católica en el Santo Sepulcro en Jerusalén). En uno de ellos, la expresión y color de la cara de Jesús no podía ser mas fiel en pintura al oleo. Trocitos infinitesimales de piedra en un continuo de colores dan textura a la carne, lineas de flujo a los mantos, oro vivo a las aureolas. Las actitudes son tranquilas y formales. Aparece el Basileo y la Basilisa en compañía del Verbo. Para el hombre común de la época, quien solo a través de las imágenes podía darse una idea del aspecto de sus soberanos y de los habitantes celestiales, nada podía haber parecido mas natural que pensar que su emperador se hallase en continua presencia de ángeles, y que en ocasiones intercambiase visitas con los soberanos del cielo.

Convertida en mezquita

Los turcos convirtieron a Santa Sofía en mezquita. Arrancaron el pórtico de iconos y oro, el altar que solo la imaginación podría describir y lo reemplazaron con la austeridad de la "qiblah": un nicho que marca la dirección a Mecca. La figura humana, origen de la idolatría, esta prohibida por el Islam. Pero para su buen nombre, los turcos no se podían llevar a despedazar los mosaicos ante cuya perfección se avergonzaban los humanos. En su lugar, cubrieron las imágenes con una capa de yeso sobre la que pintaron los bordados geométricos más

agradables a Alah. (Y qué no hubiésemos dado por que los misioneros y conquistadores hubiesen apreciado y respetado las obras del arte mexicano).

Pero mezquita que era, Santa Sofía no dejaba de recordar a los turcos que su edificio fue, después de todo, construido como iglesia. La dirección de Mecca no alineaba exactamente con el eje de la nave, sino estaba unos diez grados al sur. Así, la qiblah y el púlpito apuntan a un lado. (Otro ejemplo de conversión desorientada es la ex-catedral gótica de Famagusta, en Chipre; allí el eje de la mezquita esta transverso al de la iglesia). Total, el Sultán Ahmed se puso de mal humor un día y decidió construir una verdadera mezquita que fuese digna rival de la catedral. Y la construyo justo enfrente (para que no digan que fue indirecta). El parque entre las dos estructuras es amplio y los turcos gustan de pasear por el.

La mezquita de Ahmed (también llamada Azul por su color interior) es no solo una muy notable obra de ingeniería, sino que el aspecto que presenta a medida que el observador se acerca está perfectamente planeado. Cuando la mole aparecería informe, las paredes y arboles del jardín la ocultan. Pero en el momento de penetrar al atrio, el umbral del portón va descubriendo, como telón que se levanta, cúpula sobre cúpula sobre cúpula hasta que aparece el Creciente que la corona.

Cuando hubo terminado, el Sultán ordeno levantar seis minaretes. Y así se hizo. Pero entonces protestaron los teólogos que esto lesionaba la dignidad de la Mezquita de Mecca, hasta entonces la de los más numerosos minaretes: seis. Ahmed, orgulloso de su nueva mezquita, no iba a tumbar un minarete por tal nimiedad. Estiró la mano en el bolsillo y le construyo a la mezquita de Mecca dos minaretes mas.

Lunes 10 de febrero de 1969

El interior de Santa Sofía ⋆ Llamado a la oración ⋆ Los servicios musulmanes ⋆ Ecos del Imperio Otomano ⋆ El famoso café turco ⋆ Sibarítico baño ⋆ Tiene varias fases ⋆ Doloridos, limpios

Nos quitamos los zapatos para entrar al templo de Santa Sofía, en Estambul. ¡Que decir del interior! El suelo esta cubierto de uno a otro extremo con tapetes de todos los diseños. Las paredes de blanco fresco con azul pintado, austera pero armoniosa arquitectura, sobria y exacta, que luce mas en su desnudez de adorno que en su riqueza una capilla ortodoxa. El sol penetra al través de los pequeños vitrales, proyectando rayos rojos y verdes en el enorme espacio interno por el que a menudo vuelan pájaros que, curiosos, han penetrado a la mezquita.

Desde los agudos minaretes (al-minares, según la academia) cinco veces al día los mu'azines (almuédanos) llaman a los fieles a la adoración. En grupos o en forma individual siguen el ritual de la plegaria. Se llevan las manos a las orejas con las palmas abiertas hacia delante. "Alah es superior a toda otra cosa". Bajan los brazos y recitan el reconocimiento a "la Divina Majestad". Se inclinan hacia el frente con las manos en las rodillas. "Gloria a mi Señor, exaltado es Él sobre toda otra cosa". Se levantan repitiendo algunas frases y después, en un acto de humildad completa, se postran de rodillas y tocan el suelo con la frente tres veces. "Gloria a mi Señor, exaltado es Él sobre toda otra cosa". Esto completa la rak'a. Se agregan rezos por el Profeta Muhammad (Mahoma), por los fieles y la congregación, por la remisión de los pecados. Como conclusión, se inclinan a la derecha y a la izquierda para saludar a los dos ángeles que han tomado nota de su participación "La paz sea con vosotros y la misericordia de Alah".

Los servicios musulmanes son actos de sumisión ante la Divina Voluntad. Raras veces se incluyen peticiones personales como en los rezos cristianos. Se pide, pero solo para recibir guía y perdón. En el Islam no hay intercesores ni personajes celestiales menores, pues no existe más que Dios, y Muhammad es su Profeta (En la frase clásica: "La ilaha, i la-'Alah, Mohammadun rasulu-'lah") . Los Profetas del Antiguo Testamento, Jesús, Muhammad y algunos khalifas (califas) notables son objeto de referencia y respeto, pero jamas de veneración. Para el musulmán, Dios brilla como el sol del desierto: fuerte e implacable con los infieles, misericordioso y compasivo en ocasiones.

Único y Uno en grado superlativo.

Estambul (o Istambul) fue el asiento, durante cuatrocientos años, del califa del Islam, el Sucesor del Profeta, el poder espiritual y temporal del Imperio Otomano.

El judío y el Sultán

En el tapete de Estambul esta también tejido el hilo de oro del Judaísmo. A pesar de que proyecta la imagen de un celo religioso fanático, el Islam ha sido tradicionalmente tolerante con lo que el Qur' an llama Las Sectas (los cristianos) y el Pueblo del Libro (los judíos). La España musulmana, la 'diáspora de oro' era el centro cultural del Judaísmo en los siglos tempranos del milenio. Su fin y expulsión vinieron, sin embargo, en 1492, consumada la Reconquista por Isabel y Fernando, los reyes de España. Flandes, Italia y el creciente imperio turco recibieron a los refugiados. El Sultán los tomo a su servicio en embajadas y misiones comerciales y militares. Su pasado español, empero, ha quedado como parte de su tradición nacional. Es común hoy en día escuchar a los judíos de Estambul hablar en idioma Ladino: español arcaico, con una entonación nasal como el portugués. El ladino es para los judíos sefaraditas de Turquía lo que el idioma Yiddish es para los de Europa Central y el Farsi para los de Afganistán. (Nota: El edicto original no fue incluido en la constitución española de 1859. En 1931 la República consideraba que la adopción del Código Napoleónico en 1812 invalidaba y hacia innecesaria toda mención del asunto. No fue sino hasta el 13 de Diciembre de 1968 que el Ministerio de Justicia hizo pública la invalidación legal del edicto de 1492).

Ecos del Imperio Otomano

De su visita a Estambul escribió Mark Twain, hace poco mas de cien años: "En tierra era el eterno circo. Las muchedumbres en las callejuelas, tan densas como abejas en su panal, estaban vestidas en indignantes, increíbles, idolatras y extravagantes ropajes de rayo-y-trueno que ni un sastre poseído con delirium tremens y siete demonios podría concebir. . . "

Tras de esta salva de adjetivos salimos a la calle y ¡que desilusión! Los turcos visten (si eso se llama 'vestir') boinas obreras, trajes de calle comunes, preferentemente obscuros y camisas que parecen grises para acentuar lo mediocre del "traje nacional".

El Padre del moderno estado turco, Kemal Atatürk, tratando de romper con los lazos del pasado ordenó –so pena gravísima– rasurar los orgullosos bigotes turcos, quemar los tradicionales feces rojos, vestir a la manera occidental... y lo logró. Si acaso, los adjetivos de Mark Twain se aplican hoy a los hippies y turistas. Quien quiera ver los bombásticos turbantes, capas, cimitarras y zapatos de puntita levantada tienen que ir al Museo del palacio Topkapi a mirar las vitrinas.

El genuino café turco

Algo que ni el propio 'ghazi' Atatürk hubiese podido cambiar es el famoso Café Turco. (Los griegos, por supuesto, lo llaman 'griego', y los árabes 'árabe', pero es turco). Como el alcohol nunca se ha considerado como una droga aceptable en el Medio Oriente islámico, solo el té y el café pueden ser pretexto para que la especie (aquí merece el titulo de 'especie' y no de 'sexo') se congregue a sorber de la espesa infusión y a desarrollar las actividades intelectuales concomitantes.

El café proviene de Etiopía, de la provincia de Koffa (donde se llama 'Bunda' ¡el grano se tuesta como las castañas y sabe a rayos!), y vino al Asia Menor del Yemen en el siglo dieciséis. Fue objeto de amarga controversia, pues además de ser de un sospechoso negro tostado, era tomado en reuniones ociosas y pasaba de mano en mano, sugestivo de una vida de morales relajadas.

Las casas de café abrieron una tras otra y, aunque fueron clausuradas en ocasiones, a fines del siglo la practica de beber café estaba generalizada.

Hadji Khalifa en su "Balanza de la Verdad" nos escribe: "El café es indudablemente seco y frío. Aun hervido en agua e infusionado, el frío no lo deja; antes bien, aumenta, pues el agua es fría asimismo. Por ello el café sacia la sed y no quema, pues su calor es extraño y sin efecto. Es también seco en grado tercero. Disuelto, pierde un grado de sequedad. Por esta sequedad repele el sueno, también por esta causa no se recomienda a personas de temperamento seco o triste. Tomado en grandes cantidades produce insomnio y melancolía..." Hadji Khalifa murió en Estambul en 1657 mientras bebía el producto de su grano predilecto.

Introducidos en el vientre protector de una olorosa casa de café, los viejos turcos nos observan con gesto de desaprobación y murmuran entre ellos: "Miren a esos extranjeros, ¡como desperdician su tiempo viajando!".

El baño turco

Todo turista que llega a Estambul tiene el secreto deseo de gozar de uno de los placeres de los turcos: el sibarítico baño, completo con los perfumes y gomas de Arabia. "¿El Hamam?" sonrie el turco gordo que maneja el hotel "¡Yes, Misters! ¡El Hamam!" Y nos indica la forma de llegar al baño.

Reunimos algunos amigos y vamos a una casa un tanto vieja, poco más oriental que las demás. Tiene varias cúpulas con cristales de colores empotrados que dejan entrar la luz del sol a los recintos interiores: un salón donde los clientes se quitan la ropa y se enrollan un paño alrededor de la cintura; el recinto principal son uno o varios cuartos altos y abovedados, con piso de mármol o piedra pulida, calentado por debajo con brasas. Hay fuentes de agua fría y de agua caliente.

Primero se descansa de media a una hora en el calor del ambiente, discutiendo con los amigos las ultimas maquinaciones de la política local. Después lo someten a uno a un raspado general de la piel con un guante de fibra gruesa o hule, ejecutado por el verdugo empleado por el establecimiento. Da pena ver los rollitos de epidermis desprendidos que desaparecen por el drenaje. El segundo movimiento de la sinfonía es el famoso masaje: el turco inmenso, corpulento y bigotón que nos esperábamos se ve reemplazado por algún alfeñique que cumple su misión con el celo de un derviche danzante, que nos hace proferir gritos de dolor y maldiciones mascadas entre los dientes. Adoloridos, llegamos a la tercera fase. Nos lavan con estropajo y abundante jabón que limpia nuestro cuerpo hasta de las culpas. Finalmente nos cambian los "pañales" y, envueltos de pies a cabeza en toallas como si fuésemos Lawrence de Arabia, salimos a enfriamos y a sorber té dulce, doloridos, limpios y aliviados.

El pequeño problema es, a la salida, cuando todos los empleados, formados en fila, nos despiden efusivamente esperando cada uno un buen "bakshish" (propina). Saben imponerse cuando ven que los clientes no se encuentran dispuestos a dar suficiente. En estas ocasiones es cuando pongo en uso mi barba y les trato de explicar que somos "hippies" y que tenemos poco dinero. Ademas, "Türkce bílmiyorum" (no hablo turco) y ellos, afortunadamente, no hablan ingles, así que "aférdisiniz" (perdón). Salimos en medio de una lluvia de insultos. ¡Fuera extranjeros! ¡Hippies en un baño! ¡que ocurrencia!.

En una polvorienta calle de Estambul, estos "hippies" charlan animadamente

Colorido rebaño de Dios

¿Hippies? Los hay por todas partes, sentados en las bancas de la casa de Pierre Loti, contemplando las reflexiones del Cuerno de Oro; en las esquinas de las mezquitas mirando intensamente los diseños geométricos de la cúpula y los tapetes; paseando sin rumbo fijo por los muelles; compartiendo migajas con las palomas del Topkapi, peinando su largo cabello (pero no sus barbas). Leen libros, "El Pensamiento de Jean-Paul Sartre", "Poesia de Kerouac", "Grupos de Lie" o alguna novela barata. Son los virtuales dueños de los cafés de Divan Yolu, frente a la Mezquita Azul.

De conversación fácil y agradable, algunos de ellos tremendamente simpáticos, otros retraídos y algunos hoscos. A veces la conversación es (apropiadamente) bizantina y las respuestas no cotejan con las preguntas. La mirada atenta revela un brillo vítreo en sus ojos enrojecidos: han estado fumando hashish.

El gran centro de la vida bohemia, el Hotel Gülhane, había sido clausurado hacia poco pues parecía una Bolsa de Valores de compraventa de sicodélicos.

La verdad es que los 'hippies', o los que se incluyen bajo tal nombre en Asia, (y a los que yo prefiero llamar simplemente "turistas", pues

de aquí en adelante no hay de los otros) no son un solo tipo o grupo de individuos.

Ovejas y cabras

Hay estudiantes en vacaciones (y aquí me incluyo) que viajan por placer, por interés y diversión, por contemplar la especie humana en el gran zoológico del mundo (donde, también, no siempre es claro quién observa a quién). Hay almas errantes que en otros tiempos hubiesen sido marineros, soldados mercenarios o piratas. Con la necesidad compulsiva de seguir adelante, de trasponer un horizonte mas, nunca están satisfechos –o interesados– en el sitio donde se encuentran.

Caminando por Divan Yolu encontré a un guitarrista americano. Se llama John y desconozco su apellido. Iba guiado por un amigo suyo, pues es totalmente ciego. Lo conoci en un club en Tel-Aviv. Había ahora decidido llegar a Nepal.

También hay, ni quien lo dude, verdaderos hippies. Por fuerza de necesidad son más independientes, económicamente, que sus colegas de San Francisco o Copenhague, y mas ligados a sus convicciones de filosofías pacifistas o vagamente religiosas y orientales. Amables y extravagantes, parecen destinados (y no solo por su aspecto) a dar al mundo el Profeta de Hogaño.

Hay también, desgraciadamente, algunos 'náufragos', jóvenes adictos que vienen a Estambul por la facilidad de obtener drogas. Son numéricamente pocos (y por lo general su habito es anterior al viaje), pero son la causa y pretexto de gran parte de la hostilidad oficial y la mala fama que sufren los turistas en Turquía.

Estas categorías no son precisas, exhaustivas ni disjuntas, y cada una comprende gente interesante y gente mediocre, pero dado que rara vez un individuo pasa de una a otra, esta clasificación no es inútil.

Martes 11 de Febrero de 1969

Cruzando las aguas del Bósforo para ir a Scutary y luego a la capital turca, Angora ⋆ Las proezas de Kemal Atatürk, dictador y padre ⋆ Anatolia es parca, dura y sombría ⋆ Un camión lleno de hippies que van al Nepal ⋆ Un territorio extraño

Estambul. Vista desde el puente Gálata sobre el Cuerno de Oro

Cuando se ha dado el primer paso en un viaje (esta vez por Turquía) es imposible quedar parado en el umbral. La compañía de otros trotamundos con los que hilvanaba las experiencias pasadas y mis planes futuros hacia la espera insoportable. La fiebre de viaje (wanderlust) es contagiosa. Cuando mis documentos estuvieron listos, agarré mi mochila (¡con la mano derecha! usar la izquierda trae mala suerte) y tome el vapor que cruza las aguas del Bósforo hasta Usküdar (la antigua Scutari) para abordar el tren nocturno a Ankara (Angora), la capital de Turquía.

Hasta ahora no he encontrado una forma satisfactoria de viajar. Como el tiempo de vacaciones es limitado, o viajo de día y veo los puntos de interés al crepúsculo o de noche, o bien viajo de noche,

tratando de conciliar el sueño en trenes o autobuses, arribando, como en esta ocasión, a las cinco de la mañana a una ciudad extraña, cansado y hambriento, para recorrer el sitio a pie con el peso de la mochila sobre el lomo.

Angora, la capital

Con bostezos que hubieran dado envidia a un hipopótamo, me puse a caminar por la avenida que lleva al centro de la ciudad, Ankara (Angora), la capital de Turquía es amplia y moderna. Tiene puntos de interés como la antigua fortaleza, la embajada mexicana y el mausoleo de Kemal Atatürk, "Padre de la República Turca". El resto, la parte nueva de la ciudad parece, por su estilo, una urbe escandinava, un poco más sucia pero aún agradable.

Con la derrota de las Potencias Centrales en 1918, la Entente impuso el tratado de Sevres al Khalifa Muhammad VI, el último de los Osmanlis, despojando a los turcos no solo de sus dominios árabes, de su costa mediterránea y de las santas ciudades del Hejaz, sino de también de Estambul, la joya de los sultanes. Fue entonces cuando el 'ghazi' Atatürk, Mustafa Kemal, el lobo gris, se levanto en guerra civil contra el sultán, en guerra religiosa contra el khalifa y en guerra nacional contra la Entente. Rescato Anatolia para los turcos. Por eso ellos lo adoran. Pero, debe agregarse, este despertar nacional trajo la exterminación de las minorías no-turcas en las provincias. Un millón de cristianos armenios y griegos fueron expulsados o masacrados. El turco no necesita buscar maestros que le ensenen la crueldad. La lleva en la sangre. Su apoteósis fue en 1922.

Kemal Atatürk

Atatürk fue un dictador en los días en que la palabra 'dictador' no era tan mala como hoy en día. Pero dictador fue. Lo que estaba prohibido a cualquier otro turco estaba permitido para el ghazi: transformó el Estado aboliendo el califato, declaró contrario a la ley el uso del fez y del velo femenino. Esto claramente lesionaba no solo a la religión sino a la moral y las buenas costumbres islámicas y el clero se levanto en armas. Pero también substituyo la Ley Qur'anica por el Código Civil suizo; de un plumazo cambio la escritura cúfica ('árabe') por la latina, modernizó el lenguaje y el calendario y declaro Ankara (Angora) su capital. Turquía necesitaba un Ataturk. Dos hubieran sido demasiado.

El mausoleo del Ghazi

El principal punto de interés en Angora es el Mausoleo del Ghazi. Ascendemos a la colina cubierta de jardines y bosques plantados. Estatuas de obreros y campesinos. Leones de estilo sumerio. ¿Sumerio? Pues verán... Atatürk quería dar a la arquitectura un estilo 'nacional' que no fuese el otomano imperial. ¿Cual? ¿El Bizantino? ¡No!, ¿El Griego? ¡Puf!... Así, yendo aún mas atrás no quedaban mas que los sumerios.

Entre serios soldados con aspecto de zombie, el inmenso mausoleo donde reposa el ghazi es impresionante: rodeado de columnas parece un templo griego, pero sin frontispicio. El techo y las paredes están decorados con mosaico dorado que parece bizantino, pero sin imágenes (y con tiras azules que recuerdan el lapislázuli) Detrás de sólido catafalco negro, un enorme ventanal con reja forjada que parece doblada con un estilo otomano. Nunca he visto un mausoleo sumerio... ¿cómo son?

Desde las alturas de la colina, Angora aparece como un río de estructuras como cubitos de azúcar, que trepa las laderas de bosques plantados. La parte antigua de la ciudad –Angora– se sostiene de la rocosa extrusión donde domina la antigua fortaleza. Mas allá las colinas y montañas cubiertas de pastos amarillos donde viven los rebaños bajo un cielo de cúmulos grises que anuncia tormenta. Al crepúsculo, las cumbres de los nubarrones se inflaman con los últimos rayos del sol como una batalla de torres rodantes. La luz se apaga y sopla un viento frío de Otoño. Comienza a llover.

Paisaje de Anatolia

Anatolia es una entidad geográfica bien delimitada. Como península, canalizó a los pueblos turcomanes en sus migraciones al occidente. Al sur, los montes Tauros la separan de las tierras de los árabes. Al norte y al oriente la defienden las montañas mágicas de Armenia y Kurdistán, coronadas por lo que la antigüedad consideraba la cumbre mas alta del mundo: el Monte Ararat.

Anatolia es parca, dura, sombría. Al norte pesan las brumas de la Colquide que se forman sobre el Euxino. Allí los inviernos son crudos y la nieve cae en abundancia. En otoño los días eran aún luminosos, pero cada vez mas cortos. La cosecha ya ha sido recogida y los campesinos quiebran el trigo y lo arrojan al viento para separar la broza. Los graneros están llenos. Como en Europa, el otoño se viste de rojo, amarillo y ocre. Inevitablemente trae melancolia.

Las montañas, amplias y suaves, juegan con la carretera lanzándola de una falda a otra. Un río, bordeado de verde, se acerca y pasa bajo nosotros. Es el Eufrates (Firat) que aquí recoge las aguas de los Tauros para llevarlas a través de Siria e Iraq para fertilizar a la Mesopotamia.

El viaje es largo. Olvido mis intenciones de terminar con el libro de historia bizantina. Requiere demasiado esfuerzo. Me pongo a mascar pepitas y mirar el paisaje.

Un autobús con *hippies*

Cuando estaba a punto de desintegrarme de aburrimiento, el autobus llega a Elazig. Allí encontré a un conjunto de hippies en un viejo camión amarillo que viajaba al Nepal. Nos arreglamos por treinta dolares: el pasaje por tres mil quinientos kilómetros hasta Kabul, en Afganistán.

El dueño del vehículo era Karl, un alemán de oficio indefinido. Sus socios de viaje: Stone y Kaare, dos daneses de pelo largo; Luc y Linda, de Francia y Australia y un americano algo loco llamado Mike. Esta pequeña Arca de Noé era internacional. No estábamos solos: en camino a la India hay hordas de ingleses y alemanes, innumerables americanos, suizos, franceses, escandinavos y holandeses, unos cuantos japoneses, italianos y australianos. Los latinoamericanos somos tan pocos que no me sorprendía que a veces me preguntaran "¿mexicano?... hace un mes conocí en Belgrado a un chileno llamado Eduardo... ¿lo conoces?" ¡Válgame!

Apenas hubimos salido de Elazigm el camión comento a mostrar síntomas de una dolencia crónica en la caja de velocidades, dolencia que por ahora Karl sabía reparar con una mirada severa y un ademán imperativo.

Cayó la noche, y con ella se desato una tormenta que nos obligó a avanzar a vuelta de rueda por el camino de donde, inexplicablemente, el asfalto había desaparecido.

Como prestado de un filme de Ingmar Bergman, apareció un mesón iluminado de tiempo en tiempo por los relámpagos. Allí encontramos, bajo la luz mortecina de una lampara de petroleo a una docena de comensales y algunos animales que se habían tomando refugio de las inclemencias del tiempo. Olía a gente. Abundante sopa caliente y arroz. Tras la cena, como no podíamos comunicamos ni platicar con nuestros amigos turcos, Luc, quien era mago (¡de verdad!) comenzo a ejecutar trucos de cartas para confusión y solaz de los campesinos allí reunidos. Kaare trajo su guitarra y hubo canciones y café gratis. Mas

tarde se aclaro el cielo y los pobladores se dispersaron tras una noche –como la canción del armenio Aznavour– de músicos, comediantes y magos.

Territorio nuevo

Al día siguiente continuamos nuestro viaje. Es difícil no advertir, por instinto, que estamos en territorio extraño. La naturaleza era mas agreste. Los pocos seres humanos que veíamos a los lados del camino representaban una nación diferente: un giro, un gesto, una silueta que sugería una raza guerrera: los Kurdos.

Desde una colina, cinco figuras a caballo nos observan y luego desaparecen. ¿Van armados? De la derecha sale un joven montado an su potro con primitiva enjalma. Corre al lado del autobús probando la velocidad de su montura, profiriendo gritos para atizar al animal y encontrando placer en mostrar su hombría ante los viajeros. El color de los ropajes se acentúa con rojos vivos y metales.

Tiendas multicolores de algún grupo nómada se destacan entre las lomas de pastos amarillos. La ganadería, cabras y ovejas, reemplaza a la agricultura. Los pastores vigilan a sus rebaños portando abrigos de piel dura, hombros anchos y levantados como los guerrilleros del Cáucaso. En caso de lluvia se pueden retraer en él, como si fuese una carpa. Tienen el aspecto de un ave de presa. Esto es Kurdistán, la tierra de los Kurdos.

El país que no llegó a ser

Esta región incluye porciones de Anatolia oriental, con dos y medio millones de habitantes. Un cuarto de millón de kurdos viven en Siria y en la URSS, en la Región Autonoma de Nakhcheván. En la provincia de Mosul, al norte de Iraq, los 1,200,000 kurdos (cuyo líder, el único que ha sido reconocido como figura nacional, es Mustafa Barzani) han estado en guerra contra el gobierno árabe en Bagdad, desde que la revolución de 1958 se retractó de su promesa de conceder autonomía a Kurdistán.

La República Kurda rozó la existencia al término de la segunda guerra mundial en Persia occidental, donde viven otros... 1,400,000 kurdos, pero los intereses de las grandes potencias no les fueron propicios, y los kurdos, tradicionalmente divididos entre los imperios otomano y persa, no han tenido suficiente cohesión para lanzar un movimiento nacional, ni antes ni después.

Como la mayor parte de los pueblos del Medio Oriente, ellos son inmigrantes. Su origen, algo obscuro, ni semita ni turco ni mongol, está impreso en el idioma kurdo (en sus diferentes dialectos): pertenece al grupo iranio, y, en consecuencia, al bloque indo-europeo. Su literatura es pobre. Si en algo tienen tradición nacional, es en el bandidaje y la violencia. Su orgullo es haber producido uno de los campeones del Islam, famoso por su valor y caballerosidad, al-Malik al-Nasir al-Sultán Salah-al-Din Yusuf, el conquistador de Jerusalén, conocido en occidente como Saladino (Salah-al-Din) , aunque su nombre era José (Yusuf). Sus amigos probablemente lo habrán llamado Pepe.

Miércoles 12 de Febrero, 1969

Paz, amor y fantasía en la tierra de los kurdos ⋆ Tropiezos en el viaje ⋆ Larga historia de odio contra el extranjero ⋆ Fantasma de una nación ⋆ Wolfgang se mete en apuros ⋆ Al fin, ante el famoso Monte Ararat

Pasé realmente buenos tiempos con los hippies del camión amarillo; libre de preocupaciones o de aburrimiento, en compañía pintoresca. Comíamos y dormíamos en el autobús, reduciendo los gastos a un mínimo. En nuestra carreta –tienda móvil y hogar–, estábamos en constante movimiento, cruzando un llano, luego un río, luego un paso entre dos montañas.

En Yiddish hay una canción "Donna, Donna", popularizada en ingles por Joan Baez que, no sin ironía, dice algo sobre esos días de otoño.

Un carnero es llevado al mercado: "¡Deja de lamentarte! ¿Quién te manda ser un carnero? ¿Porqué no tienes alas, como el ave, tan orgullosa y libre? A los carneros fácilmente se los ata y desaparecen sin saber la razón porque. Pues el que ama la libertad, como el ave, ya ha crecido alas y aprendido a volar".

A regañadientes avanzaba nuestro camión hasta que, poco antes de llegar a Mush, detectamos humo del "clutch". Nuestra situación era difícil, pero Luc y Linda habían desaparecido juntos; Stone y Kaare habían estado fumando hashish y no estaban como para ser tomados en serio, y Mike andaba suelto contemplando la naturaleza. Tuve que ir sólo a Mush a conseguir un tractor para arrastrar el camión y un

cargamento de pudines de arroz para alimentar a la tripulación del "Submarino Amarillo".

Allí decidí cortar el Nudo Gordiano y proseguir el viaje solo. Tome el primer autobús a Erzurum. Última ciudad al noreste de Turquía.

En varias ocasiones vi, arrumbados en el deposito de algún taller mecánico, autos y camionetas de placas extranjeras, pintados de vivos colores o decorados con titulos como "London-Singapore-or else" o "Expédition Suisse a l'Orient", que aparentemente no habían sobrevivido las inclemencias de Anatolia.

El viajero solitario

Para el que no depende de la compañía, viajar solo tiene sus ventajas. Permite absorber, como si fuera por los poros de la piel, el ambiente, la actitud y el espíritu de la gente.

Aunque no falta alguna persona amable que hable algún idioma europeo y que pueda ayudar en caso necesario, Kurdistán no es un sitio agradable. Tiene una larga historia de odio contra el extranjero (y esto se siente diferente cuando salimos de nuestro país para ser 'extranjeros' en otro). De hecho, no pasa año sin que, por una cantidad mínima de dinero o por la simple presencia de una muchacha entre los viajeros, se cometa un hecho de sangre.

Dejando atrás la planicie de Mush, la carretera atraviesa las serranías, cruzando pasos que en invierno se bloquean con nieve profunda. Parece Paso de Cortés. En las montañas de faldas amplias, generosas, se refugian pequeñas aldeas rodeadas de escasa vegetación. Las casas parecen acurrucarse en la tierra, así construidas para estar manos expuestas a los vientos y heladas.

Secándose al sol hay bolas de estiércol vacuno que se usan como combustible durante las largas noches de invierno. Sobre el camino transitan carretas de bueyes de cuernos torcidos. Pasa un hombre en su burro, la mujer caminando detrás.

Un pueblo de Anatolia

Las villas tienen algunas construcciones de madera de estilo europeo del siglo pasado, grises, afiladas, poco amigables. Si el ejemplo ilustra, esto parece, al Montenegro de los Balcanes. Cuando el autobús se detiene y bajo a tomar café, un grupo de diez a veinte niños y adultos se reúne a observarme, sólo a observarme como a un animal en un zoológico. Uno masca algo, otro tiene un dedo metido en la nariz, un

tercero juega con una mano en el bolsillo y me dice algunas palabras en ingles, luego en alemán, luego en francés. No sabe lo que significan, pero me las muestra como se enseña un juguete. Un hippy italiano en Estambul lo puso en forma mas sucinta: "Los turcos te miran sin objeto alguno, sin inteligencia, por puro instinto. En el fondo te odian, pero no se dan cuenta de ello".

Al anochecer comienza a hacer realmente frío. Estamos pasando el punto más alto del recorrido, entre la vertiente del río Eufrates, que desagua en el Golfo Pérsico, y la del río Araxes, que fluye ya al Mar Caspio. Llegamos a la ciudad pasada la medianoche.

Fantasma de una nación

Erzurum estaba en el corazón de Armenia –hasta que Armenia desapareció del mapa–. Uno de los primeros pueblos en aceptar el Cristianismo, sobrevivieron las invasiones de árabes y turcos, manteniendo su idioma, su religión desligada tanto de Roma como de Constantinopla, y su identidad nacional. Y eso fue lo peor. En 1918 trataron de establecer su estado independiente. En respuesta, Kemal Atatürk, el padre de Turquía y de la Muerte, usó a los asesinos kurdos para llevar a cabo el genocidio del pueblo armenio. Para 1923, cerca de un millón de armenios había sido desenraizado. Una parte emigro al norte, a la Unión Soviética, donde una de las entidades constitutivas fue la República Armenia, con capital en Yereván. El ministro de Minerías Nacionales era Yosif (José) Stalin. Otra parte constituyo la Diáspora: colonias en Beirut, Damasco, Jerusalén y en América. La comunidad de Jerusalén ocupa su propio barrio; el mercado Muristán concentra joyeros y mercaderes armenios, tienen sus iglesias y su capilla en el Santo Sepulcro. Sueñan con el retomo a su Sión.

Erzurum era una ciudad muerta.

Adelante, hacia Persia

A la mañana siguiente me encontraba viajando, raudo, por el amplio valle del río Araxes (Aras), único pasajero en un Mercedes 1966. Un aventón hasta Teherán, capital de Irán. Mil quinientos kilómetros sin pagar pasaje.

Apenas había visto la flotilla de cinco carros esperando salir de Erzurum, pregunté a uno de los estudiantes alemanes que manejaba si me tomaba como pasajero. ¡Y ya! Viajaban al Irán para vender los automóviles.

El día, luminoso y esplendido, había comenzado con buenos augurios, pero en el pequeño poblado de Horasán casi rozamos con tragedia. El carro que manejaba Wolfgang –frente a nosotros– golpeó a un muchacho que le salió corriendo enfrente. Del hospital lo mandaron a casa con una bolsa de hielo, pues solo había recibido un buen susto. Pero por ahora Wolfgang ya estaba en la estación de policía y el humor de la gente del pueblo impedía que lo soltaran "sin averiguaciones".

Su amigo Karlheinz era pasante de Leyes, pero eso no ayudaba, pues no se trataba básicamente de un problema legal, ya que los policías, prietos, bigotudos y con lentes obscuros parecían gozar con poder mostrar que su autoridad se extendía especialmente a los extranjeros. Uno de los iranios me dijo: "Ofrézcales quinientas liras y vera como lo sueltan" (pero *él* no estaba dispuesto a pagar). Así, tras larga deliberación, los agentes acordaron que Wolfgang se quedara con ellos hasta el día siguiente y que entonces decidirían si lo dejaban ir.

El empleado y el turista

La actitud personal de los representantes del gobierno no necesariamente refleja la actitud oficial, pero dice mucho. Turquía no gusta de los turistas (de los nuestros) –y el disgusto es mutuo–. En la frontera, mientras esperaba a que terminaran el papeleo, tuve una interesante conversación con uno de los guardias. Me platicaba lo que, según el, eran los hippies: "... un montón de viciosos... ¿Ve usted aquellos de pelo largo? ¡seguramente son homosexuales!... enseguida se ve... ¡y los que vienen con muchachas son los peores! las traen para darlas por un rato y algo de dinero... No tenemos nada contra la gente decente" (tuvo la dudosa cortesía de agregar "como usted") "pero a los barbones los rasuramos y a los peludos los rapamos..."

Me abstuve de darle la contestación apropiada, pues era, después de todo, representante del gobierno. La actitud, desgraciadamente, es oficial: según una ley en vigor desde el 12 de septiembre de 1968, cortar el pelo y la barba puede ser la condición para permitir que un turista entre a Turquía. El responsable se llama Nihat Kürsat, Ministro de Turismo.

Los 'turistas', sin embargo, se muestran perseverantes: entrando a la tierra de los turcos vi allí a un hippie. Había escondido su cabellera larga bajo un vendaje. Algo de maquillaje de mercuro cromo le daba un aspecto lastimoso. ¿Quien resiste la tentación de sacarle la lengua a un jenízaro? Impunemente, claro.

Las leyendas del Ararat

Adelante de Karakose, la carretera se acerca a la frontera soviética. Allí, apenas detrás de aquella cordillera, comienza la República Socialista de Armenia. La vista recorre el horizonte tratando de descubrir el pico nevado que desde siempre había imaginado como un gigante entre las sierras: el Monte Ararat.

El undécimo canto sumerio de Guilgamesh relata como Utnapishtim de Uruk reunió a su familia en el Arca que había construido, pues Ea, dios de la Sabiduría, lo había prevenido del Diluvio que debía venir. Ninib hizo que se desatara la tormenta y "... toda la luz se convirtió en obscuridad que, como estruendo de batalla, descendió sobre la humanidad... los mismos dioses se retrajeron al cielo de Anu como perros espantados, y por seis días y noches el Diluvio ahogo la tierra..."

La tradición hebrea afirma que cuando ciento cincuenta días hubieron pasado, Dios cerro las compuertas del cielo con dos estrellas de la Osa Mayor y mando un viento que empujó las aguas de Tehom sobre la orilla de la tierra hasta que el Diluvio menguó y, el séptimo día del séptimo mes el Arca se asentó sobre el Monte Ararat (Génesis 8:4).

En la leyenda sumeria, Utnapishtim, así como Noé en el Génesis, construyen un altar. En el primero "los dioses olieron el dulce aroma del sacrificio y se congregaron como moscas alrededor de él", pero en el segundo (Génesis 8:21), Dios no solo huele y gusta del aroma de la ofrenda sino que se conmueve y promete: "Nunca mas maldeciré la tierra a causa del hombre". Bendice a Noé y a sus hijos con "Sed fecundos, multiplicaos y henchid la tierra" y pone el arco multicolor como señal de una promesa, hasta hoy cumplida.

Muere la tarde. Trasponemos una loma y, sin anunciarlo, superando cualquier imagen que nos hubiésemos formado, aparece la mole nevada del Monte Ararat. Anchisima en su base, recta y decidida en sus laderas, la montaña penetra en un velo de nubes dejando a la mente adivinar su punta. A medida que nos acercamos y logramos distinguir los precipicios y glaciares de sus estribaciones, el Monte Ararat, como si estuviera consciente de su majestad, se envuelve en el manto nocturno. Pocos minutos después llegamos a la frontera Persa.

4 | Sobre las rutas de Marco Polo

Miércoles 11 de junio de 1969

Entre Persia y la India ⋆ Odisea de dos ingleses, un australiano y un mexicano ⋆ El cruce de la frontera de Irán a Afganistán ⋆ En el antiguo reino de Khorazán ⋆ Descanso en un hotel de hippies en la ciudad de Herat

Entre Persia y la India se encuentra ese trozo de Asia donde la mente se pierde un poco, donde las imágenes brotan desordenadamente en la memoria, donde es aún posible experimentar el placer del descubrimiento. Los elementos: el cielo azul bruñido, el que hizo eco a la voz clara de Zarathustra y el sol que cobró el sudor de Alejandro hijo de Filipo; los vientos que propagaron las verdades de Mahavira, Buda y Mahoma y el polvo que levantaron en estrépito las hordas de Gengis Khan.

Los arcos y columnas de adobe de una "caravansería" persa en ruinas son el marco para dos jinetes en turbantes blancos que se detienen a recitar las plegarias del mediodía. No hay agua, de modo que hacen las abluciones tallando los pies, rodillas y antebrazos con arena limpia del desierto. Se postran en dirección a Mecca pero sus ojos rasgados susurran de Urga, en la Mongolia lejana. Los caballos que los esperan pequeños y ariscos, son los potros de las estepas del Asia Central.

Puestas en orden sus necesidades espirituales, se acercan a pe-

dirnos cigarrillos, saludan al guardia de la frontera y se alejan en, dirección a Herat, la ciudad de los altos minaretes. A nosotros no nos dejan pasar. Nos falta el sello de egreso y debemos volver a Taybad a recabarlo.

Sobre la ruta a la India

En nuestro pequeño grupo reunido por el azar había dos ingleses, Peter y Nigel, un australiano llamado George y yo. Cada uno viajaba al oriente por alguna razón, en verdad, por alguna necesidad que no es fácil de explicar. En el poblado de Taybad, esperando transporte, había una docena de estudiantes, algunos auténticos, otros simples "hippies".

Esta es la Ruta de la India. Aquí la juventud de Europa efectúa el Hadj contemporáneo: Estambul, Teherán, Kabul, Benarés y Katmandú son las ciudades que como cuentas de un collar, marcan los intervalos de la peregrinación.

Recabamos por fin el sello y, habiendo decidido cruzarla frontera esa misma noche, iniciamos la caminata siguiendo la carretera. Era novilunio y pronto quedamos envueltos en obscuridad total. Brillaban algunas luces amarillas en el horizonte, pero los objetos cercanos perdían su figura o adquirían formas fantásticas. Sonaban distantes las campanillas de cobre de un rebaño y se oía de tiempo en tiempo el ladrar de los perros pastores. Tras caminar unos quince kilómetros pasamos una casa abandonada que nadie recordaba haber visto. Creímos haber perdido el camino y decidimos pasar la noche en el lugar. En el cielo del desierto las estrellas cuelgan más bajas. En otoño, Orión, primera entre las constelaciones, se levantaba cada noche más temprano con sus anchos hombros y su espada decorada con tres estrellas.

Penetrando en Afganistán

Con la luz del alba descubrimos la caseta de la frontera a un centenar de metros. Continuamos caminando y al madurar la mañana pasamos una columna de piedra, inscrita con caracteres cúficos ('árabes'), único punto de referencia en la inmensa planicie: la frontera entre Irán y Afganistán. Una hora más tarde arribamos a Eslam-Qala, el primer fuerte afgano. Allí obtuvimos transporte gratis encima del toldo de un camión de carga hasta Herat.

Los altos minaretes de Herat. El adobe se derrumba, los mosaicos caen y se despedazan... en unos lustros los altivos minaretes vendrán por tierra.

El paisaje es seco, desértico. El invierno traerá la nieve que nutre la escasa vegetación y alimenta los ríos que descienden del Hindo-Kush y hacen posible la agricultura de Afganistán, Se dice: "Mejor es para Kabul estar sin oro qué sin nieve".

Seguimos el curso de un amplio valle entre lomas pobres, estériles, una banda de tierra cultivable. Estos valles, formados por fracturas geológicas convenientemente alineadas de oriente a Occidente, son los oasis habitados y las vías de comunicación –y de invasión– desde tiempo inmemorial. Trabajando como lo han estado desde el principio de la historia, los agricultores voltean la tierra con arados de madera tirados por yuntas de cuernos gruesos. La indumentaria: pantalones bombachos, camisas blancuzcas y chalecos; un listón blanco enrollado alrededor de una gorra forma un turbante.

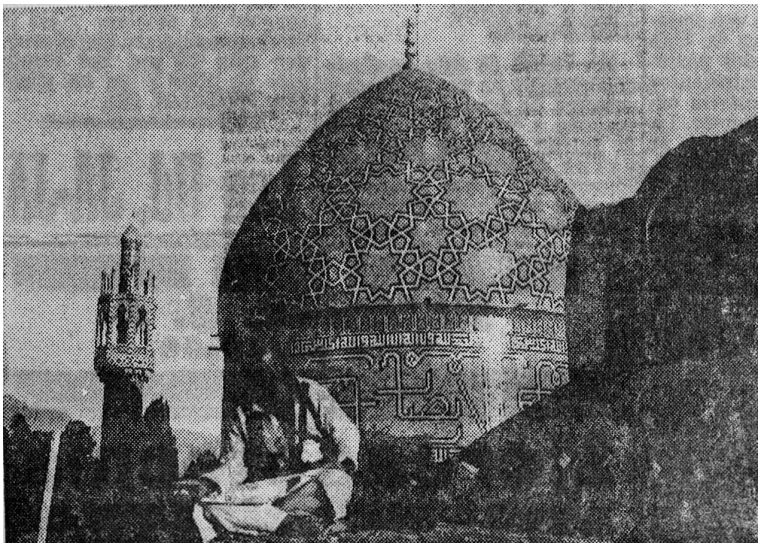
Ciudad de altos minaretes

El valle se ensancha y aparece una ciudad, Herat, plana y polvorienta, de donde destacan cinco minaretes que por su altura y proporciones parecen chimeneas industriales. Más de cerca, la construcción revela estar cubierta por mosaico azul tejido con intrincados diseños de líneas blancas y esmaltes policromos. La impresión de una obra de arte tan monumental es superada sólo por la podredumbre de la estructura: el adobe se desmorona, los mosaicos se desprenden y despedazan. Un minarete ya ha caído y los otros, al término de algunos lustros vendrán por tierra también. Tal vez con esto en mente, Gul Pasha Ulfat, poeta nacional afgano, escribía: "No pretendo poseer muchas vestimentas hermosas... en mi jardín nadie encontrará frutas, árboles o aguas, pues es de arena seca... allí solo flores imaginarias crecen".

La tierra de Omar Khayyam

La frontera afgana, irania y soviética dividen lo que en un tiempo constituya el reino de Khorazán, cuyas perlas eran Herat, Meshed y las tres ciudades transoxianas: Bukhara, Balkh y la Samarkanda de Omar Khayyam.

El Qur'an (Corán) nos advierte: "Para los infieles hemos preparado cadenas, torturas y ardiente fuego, pero los piadosos beberán de una copa traída de la fuente de Al Camfor, un abundante manantial donde los servidores de Alah se refrescarán". Omar Khayyam, escéptico, responde: "De las amenazas del Infierno y esperanzas del Paraíso... una cosa es cierta y mentiras el resto. Extraño ¿acaso no?



Detalle de los diseños de mosaiquería con los que se cubren las cúpulas persas. Un sufi pasa las horas hilvanando pensamientos.

que de las miríadas que antes de nosotros han cruzado el umbral de la Obscuridad, ha vuelto ninguno para informarnos del camino que para descubrir, también nosotros hemos de transitar".

Ortodoxia islámica

La ciudad santa de Meshed, cuna del Islam Shi'i, formó en varias épocas parte de Khorazán o de Persia. Hoy es la capital religiosa de Irán. Dos días antes estuvimos en esta ciudad donde el temperamento exaltado de los habitantes y de los miles de peregrinos se deja sentir en la ortodoxia de sus vestimentas y costumbres. Los lugares santos: la tumba y mezquita del Imán Reza, el Califa mártir, son lugares prohibidos al acceso de los infieles (nosotros). La magnífica estructura con su cúpula de oro, minaretes y arcos persas, se puede ver sólo a través de las rejas, a una gran distancia. El celo religioso se extiende a la vida diaria: en un restaurante cercano a la mezquita el dueño se negó a atendernos... porque éramos extranjeros. De un baño turco nos mostraron la puerta, pues el servicio era sólo para musulmanes.

Estas actitudes están sancionadas en el Qur'an, (Corán) donde se recomienda a los creyentes mantener un mínimo de contacto con

los infieles, no comer de sus mesas y, supongo, no bañarse en sus baños. Una protesta pacífica estilo 'sit-in' hubiera estado fuera de lugar, pues para estos individuos las ideas de tolerancia y derecho de protesta son exóticos y extracontinentales, y por ende, peligrosas. Ellos simplemente no querían contaminar sus negocios. Sea con ellos mi más profundo respeto.

Arquitectura persa

A pesar de los inconvenientes y malentendidos que ocasiona su estrechez religiosa, algo que por sí justifica un viaje a Irán y Afganistán es poder ver las joyas de la arquitectura persa, un estilo donde al Taj Mahal que hizo construir el emperador indio Yahan para mausoleo de su esposa, en Agra y la Mezquita de la Roca de Jerusalén son los extremos que lo encierran y definen. Las construcciones son monumentales y sirven de centros cívicos y religiosos. Las mezquitas muestran al frente un gran pórtico y están coronadas por una cúpula terminada en punta, de proporciones agradables y dinámicas. Los minaretes son cilíndricos, bruñidos, agudos. A medida que nos acercamos se distinguen más detalles. El color es el azul profundo del mosaico llamado de Isfahán. Aparecen los diseños geométricos formados con líneas multicolores que atraviesan como a un tapiz el fondo zafiro; suben y se tejen en las bóvedas, se enrollan como serpientes alrededor de los minaretes y se retuercen formando, en escritura cúfica, frases del Corán.

El umbral de la puerta revela una cueva con estalactitas geométricas del mismo mosaico. En el salón de entrada en Golestán, el Palacio del Shah de Irán, estas formas se cubren de espejos que reflejan una y otra vez las imágenes, desmenuzando la luz en su espectro.

Belleza de las mezquitas

Penetrando a la mezquita, tras de algunos segundos para acostumbrarnos a la luz de tonalidades submarinas, los diseños aparecen en mayor profusión y delicadeza. Los mosaicos se pintan con flores y plantas trepadoras. La bóveda contiene varios anillos de adornos que se, alternan de tal forma que la densidad de líneas permanece constante, confundiendo el sentido de la distancia y burlando la perspectiva.

Destacan las mezquitas Masjed-e-Shah, Masjed-e-Sheikh Lotfola y el seminario de Chábar Bagh en Isfahán, donde también se encuentra el antiguo palacio de los Shahs de Fars. Otro tanto en Qom, Meshed,

Herat y Mazar-i-Sharif. ¡Esto es más de lo que un turista normal puede absorber! Pues las mezquitas no deben verse como los americanos son llevados a ver el Louvre; a las carreras. En Afganistán éstas no son museos, sino parte orgánica de la vida citadina. Entremos a una y sentémonos un rato a leer en el atrio, donde también los Sufis leen y meditan. Si la mezquita guarda los restos de algún Califa, Shah o Maestro, esperemos a ver a los peregrinos que vienen a rendirle honor, a pasar sus manos sobre la tela bordada qué cubre el catafalco y frotarlas respetuosamente sobre el rostro. Paseemos por los edificios adyacentes, escuelas donde los maestros de barbas venerables y algunos de ellos ciegos, enseñan el Qur'an a los niños. Conocen el texto de memoria y corrigen con severidad cualquier error de lectura. Después, los chiquillos salen a jugar al patio en bullicio que no conoce fronteras.

En el hotel de hippies

Arribamos a Herat a las primeras horas de la tarde. La ciudad es agradable. En sus calles de tierra hay muy poco transito motorizado, pero abundan las carretas de bueyes, las calesas y las bicicletas. La gente se mueve sin prisas y acepta como propios a los viajeros, sin incomodarlos con miradas o con demandas de limosna. Los cuatro: Peter, Nigel, George y yo nos establecimos en él "Jamí Hotel", uno de los varios hoteles de "hippies". Déjenme explicar: Los estudiantes somos relativamente comunes y es sabido que el hotel de primera clase (del cual hay uno solo) está fuera de nuestras posibilidades económicas. No falta algún afgano con sentido comercial que convierta su hotel en uno 'de hippies'. Sólo agrega un salón de reunión, una cocina con pan y té un letrero en inglés, y si los precios son buenos, la fama se propaga sola. Los cuartos se rentan en común; hay un tapete grueso, y por 10 afganis (1.50 pesos) se recibe el permiso de dormir allí. No hay camas, pero las cobijas son gratis. En un cuarto de este tipo a veces se reúnen seis u ocho turistas entre los que no es raro que haya muchachas. La compañía es agradable y (tomadas las precauciones más elementales) es costumbre dejar la mochila y otros enseres en el cuarto, sin temor a que sean robados. La limpieza a veces deja algo que desear, pero nunca es problema serio. El problema es otro... La fuente de descontento, angustia y resignación: las facilidades –o dificultades– sanitarias. La letrina es un agujero en el piso, cuyo uso es sencillo pero que trae aparejada siempre una cierta mengua en la dignidad. En lugar de papel higiénico hay, en un rincón oriental e inescrutable, un jarrito con agua.

Productos típicos

Nos pusimos a recorrer la ciudad de Herat, situada en el N.O. de Afganistán, con su incomparable Gran Mezquita, sus enormes minaretes, el viejo castillo en ruinas (para variar). Tomada como el conjunto de sus habitantes, Herat es un mundo en pequeño. En cada portal hay un panadero o un peletero, vendedor de té, frutero o quesero, farmacista, improvisado hojalatero, sastre, carpintero y lo que usted guste y mande. Nos invitan a pasar o a probar de sus productos y mercancías. Los vendedores de ropa saben que los "hippies" gustan de comprar camisas largas como las que usan los afganos, teñidas de rojo o violeta. Se venden mucho. Otro producto preferido son las chamarras lanudas de oveja o chalecos bordados con flores y grecas de colores que parpadean si miran fijamente. No lo duden: compré mis souvernirs.

Es interesante comparar la naturaleza de la gente. Mientras que los turcos son decididamente hoscos y los iranios muestran algo del orgullo de pertenecer a un imperio, los afganos de Herat, parte de cuya sangre proviene de los mongoles cuya ferocidad no conoció límites, son simples y amables. Son los holandeses de Asia.

Marco Polo conocía bien esta región, habiéndola recorrido varias veces en misiones comerciales y diplomáticas al servicio de Hülagü, el Gran Khan del Levante. Nos escribe, a través de la pluma de Rusticello de Pisa, esta anécdota: "Sucede que los habitantes de éste reino (Kerman) son buenos, temperados, humildes y pacíficos... por esta razón el rey en una ocasión reunió a sus consejeros y les preguntó la razón de esto, pues sus vecinos los persas eran tan violentos y agresivos que estaban continuamente matándose el uno al otro. Los consejeros respondieron que esto se debía a la naturaleza del suelo... Para comprobar la teoría el rey ordenó traer siete carretas con tierra de Isfahán, cuyos habitantes eran más terribles que cualesquiera otros. Puso la tierra en algunos cuartos de su palacio, la cubrió con tapetes y dio un banquete. El experimento dio la razón al consejo, pues en aquellos cuartos donde la tierra fue colocada, no bien hubo comenzado el festín, que los invitados comenzaron a insultarse y a liarse a golpes".

Jueves 12 de junio de 1969

La mansedumbre de los afganos atribuida al hashish ⋆ Las mujeres cubiertas de pies a cabeza ⋆ Estrictas reglas de moral ⋆ Lo que piensan de las jóvenes extranjeras ⋆ Camino a Kabul, la capital afgana

Otra de las explicaciones favoritas de la mansedumbre de los afganos, es la costumbre que tienen de fumar hashish, el psicodélico que tanto polvo ha levantado ahora que su uso ha comenzado a extenderse a Europa y a los Estados Unidos. Mientras que el alcohol en ocasiones mueve al borracho a actos de extraversión y violencia, el hashish es un estimulante que introvierte al individuo y lo retrae al mundo privado de sus pensamientos. El Corán llama a los fieles a no beber alcohol u otra droga que pervierta el pensamiento y desvíe las plegarias, poniendo así la pena también sobre el uso del hashish y del opio. Este último es particularmente peligroso pues lleva al hábito.

Todos: alcohol, hashish y opio están oficialmente prohibidos en Afganistán, pero nadie, ni nativos ni extranjeros, parece tomar la ley muy en serio. Un trozo de hashish del tamaño de urna suela de zapato, que costaría 80 dólares en Europa, cuesta en Kabul 200 afganis (unos 30 pesos). En contraste, la Cocacola importada de Pakistán cuesta 35 afganis (6 pesos).

El alcohol es prácticamente desconocido entre los afganos, aunque los jóvenes de la clase alta y la nobleza consideran 'chic' beber un poquito y sentirse cosmopolitas. En Kabul, un técnico danés (buen bebedor como todos los escandinavos) me relató de una ocasión en que fue invitado con su esposa a casa del gobernador de la provincia de Bámiyan, donde se encontraba trabajando. Después de la cena trajeron fruta y el oficial dijo entonces a los sirvientes que se retiraran. Cuando se hubieron quedado solos fue por la llave de la alacena, de donde sacó una botella de buen coñac. Y así, a escondidas, bebieron una copita cada uno, misma que el gobernador lavó después con cuidado. Volvió a esconder la botella y sonrió: "Supo bonito, ¿verdad?"

Las casas de té

A menudo entrábamos a las casas de té de Herat, donde por dos afganis (40 centavos) se recibe una jarra que produce cuatro vasos de té. En estos establecimientos los clientes se sientan en el suelo, sobre tablas, esterillas de palma o tapetes. Las paredes están decoradas con figuras de héroes y Califas, Saladino y Mahoma (en la secta del Islam Shi'i se permite representar gráficamente al Profeta: un hombre vigoroso, en sus cuarenta, de barbas negras y turbante verde emblema del Hadj). Abundan las policromías de la Ka'aba en Mecca, de la Gran Mezquita de Medina, de la tumba del Califa Reza en Meshed y del semblante calvo y severo de Mohammed Zahir, el Shah de Afganistán.

Los parroquianos no son menos pintorescos. Reclinados, silenciosos, fuman la Narguila, una 'pipa de agua' donde el humo del tabaco se filtra y enfría haciéndolo burbujear a través de un pequeño depósito de agua. En la ciudad la vestimenta es más refinada: pantalones bombachos o dhottis (estilo Nehru), camisones amplios, chaquetas y turbantes bien colocados.

Los afganos aprecian el buen uso de la vellosidad facial y gustan de usar barbas bien recortadas, con o sin bigote, calculadas para realzar y embellecer la fisonomía. Bigotes finos y el rostro es anguloso, como el de los persas. Mostachos pesados estilo turco, si el cuerpo es tal; largos y caídos para afirmar la rancia estirpe de un mongol.

Las mujeres bajo el islam

Las mujeres, en cambio (¡que jamás entrarían a una casa de té!) van cubiertas de pies a cabeza. En Irán, país musulmán, deben usar un rebozo gris o negro llamado Chádor; las buenas costumbres islámicas impiden a la mujer mostrar la cara a cualquier extraño. Ocultan el rostro ya sea con una mano o sujetando la tela con los dientes.

Nuestros ojos, consentidos con la alagarabía de la minifaldas, tienen que bastarse aquí con una mirada furtiva a la línea de la nariz o con el parpadeo fugaz de un ojo femenino. El Afganistán el chádor se convierte en un saco invertido con una pequeña rejilla de tela para los ojos. Con tal disfraz es imposible adivinar siquiera la edad de las señoras y se queda uno con observar los contoneos de un costal.

"El sexo masculino es superior al femenino debido a las cualidades que Alah confirió al uno sobre el otro y debido a la distribución que hizo de su substancia" (Qur'an, Sura 4,38). ¡Caray!

Las mujeres de los nómadas son menos estrictas y llevan el rostro al desnudo (!). A ellas se dirigía Khachal Khan Khattak: "Bellas son

Prototipo de la arquitectura persa islámica. Masjid-e-Shah; El pórtico monumental, los minaretes cilíndricos y la cúpula dinámica.

las mujeres de Ahmadkhel; sus ojos son grandes largos sus párpados y arqueadas las cejas. Labios de azúcar, mejillas encarnadas y un rostro como la luna... su piel es suave y brillosa como la cáscara de un huevo y su porte firme y recto como la letra Alif, clara es su tez".

Curiosa actitud

Las reglas de moral y pudicia islámicas son más rígidas que las cristianas y traen aparejadas, como es natural, frustraciones sexuales que no siempre desaparecen con el matrimonio. En este respecto es interesante la actitud de los afganos (así como la de los persas, turcos y árabes) hacia las pocas muchachas que viajan en nuestra compañía. Por una parte, ellos están seguros de que somos muy promiscuos (lo cual no siempre es cierto); pero por otra, siendo extranjeros y por ende sujetos a nuestras propias reglas de moral, ellos ven como cosa natural que nuestras muchachas 'nos pertenezcan'. Consecuentemente, es 'lógico' que piensen que pueden obtenerlas o comprarlas de nuestro grupo. Parece broma, pero no lo es. A veces se escucha de uno u otro turista 'hippy' de que le han ofrecido dos o trescientos dólares por su compañera.

En una ocasión, en Kabul, un joven afgano, bien vestido y que hablaba con bastante corrección el inglés, me pidió que le dijera a una de las jóvenes que se alojaban con nosotros en el hotel, que fuera con él, pues –dijo– "soy educado, de buena familia, y sabré como tratarla". Así entramos a platicar al cuarto de las muchachas pero pronto noté que mi amigo no estaba del todo acostumbrado a 'tratarse de tú' con una mujer; platicar como si fuese su igual, sobre viajes, política, admitir ignorancia en algún tema o ceder un punto en una discusión. "Tus mujeres se portan como los hombres", me dijo después. Afortunadamente, son deleitablemente diferentes.

Continué el viaje hacia el oriente. Después de cruzar el fértil valle de Herat, la carretera trepa a las áridas montañas y el paisaje se vuelve triste y desértico. El camino entre Herat y Kabul (la capital del país) describe un enorme semicírculo de un millar de kilómetros para evitar los pasos y cumbres nevadas del Hindo-Kush, que aparece en el horizonte, a la izquierda.

En una región donde la montaña parece tener excrecencias rocosas, la mente puebla el desierto con merodeadores que se esconden detrás de las peñas, listos a descender sobre nosotros en tropel profiriendo gritos y blandiendo cimitarras. ¡Si tan sólo viajase en camello y no en autobús!

Marco Polo me encendía la imaginación con sus descripciones de

los bandidos de la región de Rudbar (entre Kerman y Hormuz). "Estos son llamados Karaunas, pues son mestizos de madre india y padre tártaro. Cuando estos bandidos deciden atacar y saquear, con artes diabólicas truecan el día en una obscuridad tan completa que nadie puede ver más que una corta distancia. Esta obscuridad se extiende sobre una longitud de siete días de viaje. Es entonces cuando montan, diez mil de ellos, poco más o menos, y asuelan la región..."

Me tocó ver durante mi estancia en Afganistán, una ocasión en que el cielo se obscureció. Esto fue el domingo 22 de septiembre. Dicen que fue un eclipse (casi total) de sol. Pero... ¿quién sabe? A la mejor fue un ataque de Karaunas.

Economía y política

Creo haber hecho una injusticia a Marco Polo al transcribir pasajes fantásticos que él generalmente atribuye a reportes de un tercero. El afamado viajero del siglo trece produjo un libro que pone particular atención a los detalles realistas: mercantiles y políticos, de aquella época. Por ejemplo: "La gente de Tabriz (Irán occidental) vive del comercio y la industria, pues la tela de oro y seda se produce aquí en gran cantidad y es de mucho valor. La ciudad está tan favorablemente situada, que es el mercado para mercancías de India, Bagdad, Mosul y Hormuz, y hay muchos mercaderes latinos... sus habitantes son diversos... hay armenios, nestorianos, jacobitas y georgianos (sectas cristianas), persas (zoroastrianos) y musulmanes...

El siglo trece vio el imperio mongol, el más extenso que ha conocido la humanidad. En Pekín, el Gran Khan Kublai, nieto de Gengis Khan, y sus hijos, dominaban Eurasia desde el Mar de la China hasta el Danubio, del Ganges y los desiertos de Arabia hasta los confines del Ártico. Si bien los historiadores árabes nos han dejado un cuadro de destrucción y barbarismo, también es claro, a través de los recuentos del Maese Polo, que la unidad política trajo un desarrollo de las rutas de comercio terrestre que pusieron en contacto los mercados de Europa con las especias, la seda y la porcelana de la China.

Descendemos al valle del río Helmand y arribamos) a Qándahar, rodeada de plantíos de arroz y árboles frutales.

Pobreza en Afganistán

El viaje nos lleva ahora de Qándahar hacia el oriente. Caminando a lo largo de la carretera, se ven filas de camellos cargados a más no

poder con tiendas y utensilios: los nómadas que en Otoño descienden de las serranías a las regiones mas benignas. Cuando Kabul yace bajo la nieve y el frío cala los huesos, los "hippies" también descienden a Qándahar a pasar los meses de invierno. Allí la vida es relajada y el clima más generoso que en el resto de Afganistán.

Pasamos varios pueblos situados sobre 'tels', montículos de tierra de varios metros de altura. Un "tel" es producto de la mano del hombre: cada vez que el río crece e inunda el valle, las casas de adobe se desmoronan, pero los habitantes las vuelven a construir, encima de las ruinas. Así, tras algunas decenas de inundaciones, tras algunos cientos de años, el pueblo ha construido su propio "tel"

El paisaje cambia poco bajo el cielo eternamente azul. Tiendas de nómadas, camellos y ruinas de adobe: "caravanserías", fuertes de torres almenadas, o los restos de la mansión de un gran señor. Casas paupérrimas y una agricultura primitiva parecen ser las únicas marcas que el hombre ha hecho en esta tierra dura.

En Otoño, recogida la cosecha, hay suficiente para que los afganos coman, pero al final del invierno el hambre los apretará. Según las estadísticas, Afganistán es el país más pobre de Asia. Puede apuntar, sin embargo, a algunos logros alcanzados gracias a la ayuda económica y técnica de los países del occidente y del oriente.

Los Estados Unidos y la Unión Soviética construyeron, por partes iguales, el sistema de carreteras del país; hay proyectos de: saneamiento, de regadío, de escuelas y universidades, pero la inercia pesa y la economía es aún de subsistencia para una población con 95 % de analfabetos, donde sólo un 12 % de los niños asiste a escuelas; donde hay un doctor por cada 25,000 habitantes y donde el 30 % de ellos padecen dé tuberculosis.

Viernes 13 de Junio de 1969

Tres pesos por noche en un hotel de Kabul ⋆ Técnicos y diplomáticos rusos en grupos ⋆ Comunidad judía ⋆ Valle de lágrimas ⋆ Vuelo sobre las sierras de Afganistán, de Kabul a Bámiyan

En un valle, listón de tierra útil entre los picos nevados y estériles del Hindo-Kush, se encuentra, con sus 300,000 habitantes, la ciudad de

Los mágicos lagos de Band-i-Amir, a 3.000 metros de altura, en el Afganistán central

Kabul, la capital de Afganistán. Sobre las laderas crecen, Como en toda capital, los barrios de adobe y lámina acanalada. El río conduce al mercado y a la parte moderna de la ciudad, donde se concentran los hoteles de lujo, las mansiones diplomáticas, los ministerios y el palacio del Shah.

¿Cómo hallar albergue? Me acerco al primer "hippie" que encuentro y le pregunto: '¿Dónde está El hotel? ' — "¿El Noor's? lo clausuraron... la policía y todo eso ¿sabes?... ahora estamos en el Bámiyan y en el Ulfat, El Ulfat es el más limpio y tiene una letrina tipo occidental. Veinte afganis (3 pesos) la noche... algo caro, pero es el mejor".

Poesías y sueños

Por treinta afganis renté un cuarto. La clientela del mesón es la mezcolanza usual de jóvenes turistas: estudiantes verdaderos o fingidos, "hippies" falsos o auténticos; suecos, franceses, americanos o ingleses de vacaciones, escape o exilio de situaciones reales o imaginadas. No hay dos de ellos iguales.

Fumando de pipas largas de metal, bebiendo té dulce y mordisqueando un pan del tamaño de una cacerola, diez o veinte, amigos

pasan el día entero en la azotea, hilvanando la substancia dé la que están hechos los sueños; platicando de naderías que adquieren nuevos y profundos significados con tal rapidez que las palabras no son capaces de seguirlos, y se convierten en una sucesión de frases sutiles, pero inconexas. La observación del maravilloso paisaje que se extiende detrás de los ventanales, los espacios infinitos que a veces materializan, en la blancura de una nube, producen una distorsión del sentido del tiempo, que se disuelve y desaparece. El poeta Gul Pasha Ulfat escribió: "... en mi jardín... allí solo flores imaginarias crecen". Flores imaginarias, sólo.

Y sin embargo, los "hippies" que pasan la temporada bajando y subiendo a las alturas psicodélicas de la azotea, no pierden su carácter básicamente occidental. A menudo merodean por las librerías y el museo; los sábados, cuando el cine presenta películas extranjeras (el resto de la semana son churros locales), fila tras fila de barbudos y pelilargos asisten a la función. Cuidan bien de su salud y recurren a la asistencia médica en caso de enfermedad seria. Mantienen un cierto nivel de salubridad y... aprecian los hoteles con letrina tipo occidental.

Paseando por Kabul

En la ciudad, la vida es agradable. Hay muchas avenidas pavimentadas y las tiendas de los "sikhs" venden mercancías extranjeras y artículos de arte folklórico. En el centro, rodeando una pequeña mezquita de cúpulas doradas, hay un parque donde se pueden comprar dulces y beber aguas frescas (y donde creo haber contraído mi hepatitis). Caminando en grupos se ven a veces, paseando, técnicos y diplomáticos rusos. Son inconfundibles: tranquilos, con un dejo de aburrimiento, visten camisas blancas arremangadas, sin planchar, y sin corbata, pantalones grises último modelo ("Politburó 1949") tan anchos que dos personas podrían caber en uno. Sus señoras, corpulentas y amables, gustan de tomar helados de sabores dulces. Todos viven en el complejo de edificios de la embajada, rodeados por una barda. Tal vez por costumbre, son poco dados a platicar con los turistas, y si uno insiste, se rodean de un silencio glacial. ("Somos agentes del imperialismo, Grrr...!").

El viernes es el día de descanso. Ese día los afganos descienden de las favelas a bañarse en las acequias de la ciudad, a escuchar música folklórica en el parque y a participar en competencias amistosas de lucha cuerpo a cuerpo, donde el objeto es que el adversario pierda el equilibrio y caiga al suelo.

El libro del pueblo

En el mundo islámico el viernes tiene el significado festivo-religioso del domingo en occidente. Pero en Afganistán también hay quien recibe el Sábado con el júbilo del encuentro con la novia prometida; al que el Qur'an llama, el Pueblo del Libro y el que el Libro llama su pueblo Israel.

Para los servicios de la víspera fui a visitar la sinagoga de Kabul. Toqué a la puerta y me abrió un joven, cortés y algo sorprendido. "¡Shalom! sé bienvenido" sonrió. "A veces vienen de los de ustedes (turistas), ¡entra!"

La casa es de construcción reciente, modesta pero limpia; la sala principal brillaba con luces para recibir el Sábado. El Arca con los rollos de la Ley (Torá) tiene bordados sobre el terciopelo rojo de la cortina, flores, leones y las tablas de Moisés. Se reza hacia el occidente, hacia Jerusalén.

La congregación zumba como un colmenar, dirigida en medio de la aparente confusión por el que ha tenido el honor a ser llamado a leer de la Torá, mientras que los niños hacen sus travesuras a pesar de las advertencias de sus mayores. De entre los treinta adultos que forman la grey, en traje obscuro y envueltos en amitos (lienzos de lana blanca), se distinguen fisonomías persas: rangos angulosos, nariz recta y tez clara. Mientras que los afganos hablan Pushtu y Dari, la lengua materna de los judíos es el Farsi iranio, pues ese es su origen.

La comunidad judía de la Mesopotamia data del primer exilio (siglo sexto A.C.) y constituyó la Diáspora que fue centro del judaísmo después de la segunda destrucción del Templo de Jerusalén (siglo primero A.C.). Sus centros de estudio: Nehardeá, Sura y Pumbedita, rivalizaron y después superaron a las academias rabínicas de Palestina, y en ellas se compiló la obra monumental del Talmud Babilónico.

Gradualmente los judíos emigraron a Persia (donde se les atribuye la fundación de Isfahan (Al Yahudíyeh) y a la India: Bombay y Kerala. La historia de Esther, esposa del rey Asuero, da una idea de la importancia que la comunidad alcanzó en la corte del imperio persa Aquemida. Las tumbas de Esther y Mordekhay se encuentran en Hamadan (la antigua Ecbatana) y son hasta hoy en día centro de visitas para los judíos persas. (Apuntan los antropólogos que la leyenda de Esther puede haberse originado como una personificación de Astarté, la diosa protectora de algunos pueblos semitas).

Recuentos de un rabino

Escribía en el siglo doce un rabino español, Benjamín de Tudela: "De Hamadan son once días a Isfahan, la gran ciudad y residencia real, donde hay quince mil judíos. El primer rabino es Bar Shalom, nombrado por el Príncipe del Exilio (el Exilarca babilónico que tiene jurisdicción sobre todos los rabinos del reino de Persia)".

El libro de Rav Benjamín, escrito en el año de 1173 a su retorno a Tudela, a orillas de! Río Ebro en Navarra, es un valioso documento que nos describe la organización de los comunidades judías del Oriente. "De allí (Samarkanda) son treinta y dos días a las montañas de Naisabur junto al río Gozan, Y allí hay hombres de Israel de las tribus de Dan, Zebulún, Asher y Naftalí... quienes no están gobernados por los gentiles, sino por un príncipe de su estirpe cuyo nombre es Rabí José Amarkala el Levita. Hay académicos entre ellos. Cultivan, colectan y van a la guerra hasta la tierra de Kush".

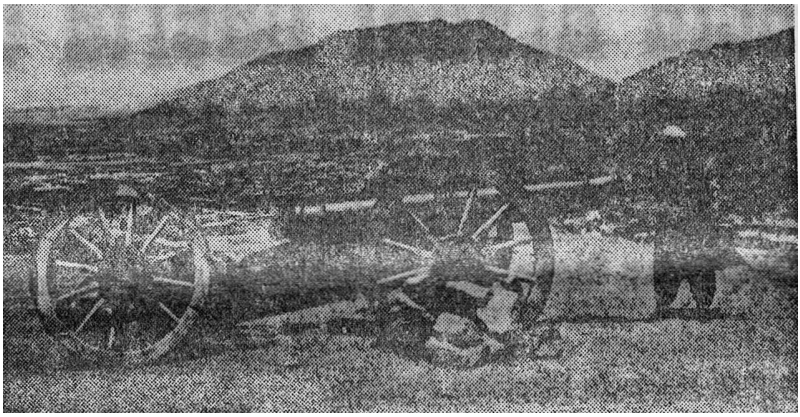
Se refiere aquí a los Khazares, turcomanos conversos al judaísmo, quienes estaban aliados con las tribus de Kafar-al-Turak "quienes adoran el viento, viven en la desolación y comen carne cruda. No tienen narices pero en su lugar hay dos pequeñas rendijas por donde respiran". (Así describe Rav Benjamín a los nómadas chatos de las estepas).

Aunque los Khazares fueron a la postre exterminados por los mongoles de la Horda de Oro, la existencia de un rey judío en el Asia Central ha sido tema recurrente de los escritores de los siglos posteriores, así como lo fue el mito del imperio oriental cristiano de Juan Preste que obsesionaba a los historiadores bizantinos.

Valle de lágrimas

El siglo trece vio el fin del imperio Umayada, rematado por las invasiones mongolas y la destrucción de Bagdad, El péndulo se movió entonces hacia la España musulmana, donde se levantaban las academias rabínicas de Córdoba y Toledo, mientras las comunidades judías del Oriente perdían su vitalidad y los pueblos árabes se hundían en la decadencia. En Iraq, hoy se cuelgan cadáveres humanos en las plazas públicas de Basra y Bagdad.

En la víspera del Sábado se lee de estas líneas "Guíame en mi retorno a la Santa Ciudad, al palacio de mi Rey, lejos de esta mi miseria. Demasiado he vivido en el valle de lágrimas. Permite a tu ternura mostrarme el camino". Aparecían las primeras estrellas y el Sábado descendió suavemente sobre Kabul.



El Cañón de Kabul, que se dispara cada mediodía, para marcar la hora de la plegaria

Volando sobre la sierra

Para ver más de cerca las costillas orográficas de Afganistán decidí tomar el vuelo de Aerolíneas Bactrianas, de Kabul a Bámiyan, en el centro del país, ahorrándome así un día entero de polvoroso viaje por carretera. Del moderno aeropuerto salió nuestra avioneta (algo así como salir de un lujoso garaje en patines) y dejó atrás las ordenadas retículas de avenidas que cortan los bloques de viviendas de cemento y adobe en el Valle y los montes cubiertos de barrios pobres como la sarna. Líneas de pequeñas excavaciones revelan el trayecto de los Qanats, pozos horizontales que extraen el agua de los subestratos de las serranías circundantes.

La avioneta vuela a lo largo de un valle que penetra entre la barrera de montañas, áridas y erosionadas, que se yerguen a ambos lados. El valle mismo es un arroyo de vida: por medio de acequias el agua del río se lleva hasta el tobillo de las faldas, separando las áreas de verde y amarillo con la precisión; de un dibujo. Abajo, plantíos de arroz y de cereales en las zonas más elevadas; en los vados de la montaña se ven los puntos obscuros de un rebaño de cabras. Las aldeas son pocas y las casas aparecen aisladas, con sus terrenos claramente definidos. De hecho estamos siguiendo a la carretera. Demasiado recto como para ser sólo producto de la erosión, este valle es parte de la 'Ruta Central' del Afganistán: una falla geológica originada por un levantamiento que rompe en dos al país. Por esta razón también, las serranías más altas son las que lo bordean como dientes de sie-

rra. Adelante aparecen los picos nevados del Koh-i-Baba, cordillera cumbre del Hindo-Kush, La avioneta desciende y la vista queda inmediatamente presa de dos figuras gigantescas del Buda, labradas en la montaña; la escarpa entera parece estar carcomida con cientos de agujeros que servían otrora como viviendas a monjes, maestros y estudiantes de las épocas de gloria de Bámiyan.

La avioneta aterriza en un campo de tierra, y bajo con un cierto alivio. Hay un hotel, pero es de lujo y, tras de haber gastado extravagantemente ocho dólares en el vuelo, consideré necesario ahorrar un poco. Bajé al pueblo (capital de provincia, aunque no parece mayor que una aldea) donde encontré un mesón aceptable.

Sábado 14 de junio de 1969

Bámiyan, pequeño paraíso ⋆ El Buda más alto del mundo, esculpido en la roca ⋆ Sobre su cabeza hay que arrastrarse como pulga para verle la cara ⋆ Los espíritus amistosos y los malignos ⋆ Fin del viaje

El valle de Bámiyan –a unos 130 kilómetros al noroeste de Kabul, la capital de Afganistán– es un pequeño paraíso: verde, cultivado, rodeado de montañas con filones de nieve, su atmósfera de alta montaña es un tónico para los pulmones, mezclada con el olor, de pino, de musgo y de yerba recién cortada.

La aldea, situada sobre el camino principal de Kabul al Turquestán, está muy dispersa, pues la mayoría de las casas tienen patios grandes. La vida pueblerina se centra en una calle donde se venden legumbres y objetos de uso casero y donde se alinean varias casas de té que a toda hora cuentan con clientela.

Bámiyan, que no tiene electricidad, agua corriente ni drenaje, vive como una sombra de lo que fue en otros tiempos. Entre los apostolados de Gautama-Buda y de Muhammad, (Mahoma), Afganistán floreció en varios centros: el norte cultivó la semilla de la civilización griega importada por Alejandro de Macedonia, el occidente obedecía al imperio persa Sassanida, mientras que el centro y el oriente miraban hacia la India. Bámiyan era tan importante centro del budismo Mahayana, refugio de monjes medicantes y punto de reunión para maestros y estudiosos.

En Bámiyan se encuentra esculpido el Buda más alto del mundo: 52 metros de pies a cabeza.

A juzgar por la extensión y el número de cuevas y recintos labrados en la roca de las montañas circundantes, la población de Bámiyan en su cénit se ha estimado en veinte mil habitantes; una ciudad universitaria en la escala de Oxford, Cambridge o Princeton,

Enseñanzas de Buda

Talladas en roca hay dos imágenes del Buda, la mayor de ellas de 52 metros de altura, es decir, como la Torre de la Rectoría en C.U. Entre los pies se encuentran varias habitaciones donde se pueden ver los halos y nichos vacíos –otrora ricamente decorados– de decenas y decenas de imágenes. Con la imaginación tratamos de vestir estas salas con su antigua, austera solemnidad; cuando (Sutra del Cortador de Diamantes) "con el Buda allí estaban congregados doce centenas y cincuenta discípulos mendicantes, de los cuales todos habían alcanzado grados eminentes de conocimiento. En esa ocasión el venerable Subhuti ocupó el lugar en la mitad de la congregación. Levantóse de su asiento, su manto de tal forma puesto que descubría su hombro derecho, la rodilla diestra sobre el suelo; las palmas de las manos juntas, alzólas con respeto al Buda. El Buda entonces preguntó a Subhuti: "¿Acaso el Buda... tiene un sistema de doctrina que se deja formular en forma específica?" La respuesta del discípulo al Buda (y a todo aquel que espere una respuesta concisa y fácil a ¿qué es el Buddhismo?) fue: "El Buda no tiene tal sistema de doctrina, ni puede el Buda expresar en términos concretos una forma del conocimiento que pueda ser descrita como el conocimiento supremo. ¿Y por qué? Porque el Buda concebido en términos de la ley es trascendente e inexpresable. Siendo un concepto puramente espiritual, no es ni consonante con la ley ni sinónimo con nada aparte de la ley..."

Explicar que es el budismo (y yo no pretendo conocerlo), he leído, es como tratar de explicar el sabor del té. Su sistema de pensamiento tiene poco en común con las religiones 'definitivas' del occidente. Si asaltáramos a un maestro Zen con frases como "¡Cristianismo sí, Comunismo no!" moveríamos al augusto señor a una leve sonrisa: no solo no sabría de qué se trata, sino qué pensaría (tal vez con justeza) que tales ideas no tienen verdadera relevancia, pues conceptos que se dejan reducir a una frase no valen la pena de ser contemplados.

Decadencia de Bámiyan

Un túnel en la roca permite alcanzar la punta de la figura donde se pueden ver los restos de frescos en la boca de la hendedura de la montaña. Arrastrándonos como pulgas sobre la cabeza del Buda, tratamos de ver el rostro de la figura, pero el vértigo nos detiene. El rostro de hecho ha desaparecido: El Islam aborrece la idolatría, y cuando Bámiyan reconoció a Alah se hizo necesario destruir los Budas. Pero deshacerlos a cincel hubiera sido una tarea imposible, de modo que tuvieron que conformarse con borrarle el rostro.

El verdadero fin de Bámiyan vino con las invasiones de los mongoles. El propio Gengis Khan, esa rajadura en el tapiz de la historia, tomó la ciudad y la pasó por la espada. Poco quedó después, más que volver a cavar las acequias, plantar el arroz y ver pasar los años.

Expedición a Band-i-Amir

Fui al hotel de lujo a beber una cerveza Pilsner (con pasaporte extranjero se permite consumir bebidas alcohólicas) y, tras de buscar un poco, encontré a un grupo de cuatro jóvenes médicos alemanes que hacían un año de práctica en Afganistán. Entre cinco podíamos alquilar un "jeep" de doble tracción para viajar hasta los siete lagos de Band-i-Amir, en las alturas de la cordillera del Koh-i-Baba, en el corazón del Hindo-Kush: Kohistán. ('Koh' significa 'montaña' en Dari-Farsi; Recuerden el fabuloso diamante Koh-i-Nur, 'montaña de luz').

La brecha sube de valle en valle, de meseta en meseta hasta un altiplano desértico y helado. Envueltos en polvo, caminando en dirección contraria, pasamos una caravana de nómadas Kochis con veinte o treinta camellos lanudos de todas las edades, cargados con las tiendas negras (ghizhdi) del clan, víveres y enseres domésticos. Seguidos de sus burros, rebaños de ovejas y cabras, flanqueados por hoscos perros pastores, los hombres Kochis, fieros, altos y morenos, cargan rifles y cananas, visten chaquetas y turbantes de algodón blanco (pues aun no cae el invierno) y por necesidad o por adorno algunos usan dagas al cinto. Cerrando el cortejo, con niños a cuestas, las mujeres caminan envueltas en negro sombrío, el rostro, orgulloso, al descubierto. Como no cabemos ambos –jeep y caravana– sobre el camino, nos detenemos y pronto vienen a pedirnos cigarrillos y se acaban dos cajas.

Descendemos el escarpamiento de un cañón y aparecen una serie de lagos de un azul indescriptiblemente profundo y tranquilo. Las

aguas reflejan como un espejo las paredes del valle. Como en el Xinantécatl, estamos por encima de los tres mil metros de altura y hace frío a la sombra. A orillas de uno de los lagos se vende a los viajeros té dulce y algo de comer mientras de una mezquita-escuela que allí se encuentra, coros de voces infantiles repiten las frases del Qur'an.

Ocaso de Kohistán

Volvimos a Bámiyan a la puesta del sol. Después leí de Benawa 'El Ocaso de Kohistán'. "Las crestas del Hindo-Kush arden, el horizonte está envuelto en rojo... es la agonía de una fuente de sangre, tal vez el sable de Gengis o las víctimas del ataque de Alejandro... No es un cirro el que se desprende como exhalación de Kohistán, tal vez sean los cuentos y memorias de Bámiyan, o tal vez sea, simplemente, el polvo".

La noche llega temprana en provincia y hace frío en el cuarto del modesto mesón. Metido en la cama, envuelto en cobijas, trato de leer algunas Sutras, pero la vista se cansa con la luz amarillenta del quinqué de petróleo y me pongo a soñar con los ojos abiertos. En el patio los árboles parecen manotear a la luna poseídos de un espíritu violento. Sobre la puerta cuelga un "tawiz", amuleto que me proporciona cierta protección de los espíritus malos de la noche; la turquesa que me pende del cuello y que compré en la ciudad santa de Meshed ahuyenta a los más insidiosos.

Espíritus

Los espíritus han poblado las mentes de los hombres de todas las épocas y culturas, en ocasiones como aliados, otras como enemigos, las más de las veces como seres caprichosos cuyos favores o furias pueden ser sujetos a cierta influencia. El cristianismo suele ver con sospecha todo entendimiento con espíritus no canonizados mientras que, en el judaísmo (donde todos los espíritus provienen de Dios) su estudio es cosa seria, pero demasiado difícil para la mayoría de los académicos. El folklore jasídico los viste de ropajes extraños pero, llenos de sabiduría, se mantienen lejos de los mortales. Ángeles y Jinns, pobladores de los desiertos de Arabia, se manifiestan a veces como columnas de polvo y vientos que deben ser aplacados y mantenidos a distancia.

En Afganistán, los espíritus existen, no cabe duda, y constituyen parte de la vida diaria. Hay espíritus domésticos que rondan por las casas con la familiaridad de un gato. Otros, luminosos y pueriles,

juegan con la imaginación de los niños y cosquillean a los bebés que ríen y patalean con deleite. Otros más lascivos entran en la cama de los jóvenes y en sueños los llevan al orgasmo. Hay otros, shishaks, que gustan de descansar en los árboles añosos y en los recodos de las veredas. El viajero hará bien en no detenerse en estos lugares y proseguir su camino. La noche nunca trae espíritus buenos y sólo en casos de extrema necesidad se debe salir sin compañía durante las horas de obscuridad.

En los lugares donde han ocurrido hechos de sangre o muertes violentas gravitan espíritus especialmente malignos, los "ghul-e-biaban", quienes en ocasiones se desbocan y posesionan de algún pobre musulmán, el cual enferma o enloquece. Es entonces cuando debe ser llevado a un "najumi" (médico brujo) para que le exorcise el demonio parásito que lo domina.

Esa noche en Bámiyan, los espíritus parecían moverse cerca de las raíces de los árboles como fuegos fatuos.

Regresé a Kabul y de allí en aventón a la última etapa de mi viaje. Siguiendo el río, la carretera se deja conducir a través de túneles abiertos en roca viva, del cañón de Kabul y baja a la planicie de Jalálabad. Una última cordillera nos separa de nuestro destino y el Paso Khyber (Jáiber) es la vía. Este paso vio la marcha de las huestes de Alejandro de Macedonia y de Gengis Khan; las huellas de otros se ven impresas en las decenas de escudos de armas de regimientos y compañías inglesas e indias grabadas en las rocas, pues Khyber fue escenario de tres violentas batallas en que los afganos defendieron la independencia de su tierra, del invasor inglés. El paso Khyber es la Puerta de la India.

Entre cafres y pathanes

Al pie del Paso se encuentra la frontera de la República de Pakistán. Decenas de camiones de carga esperan el visado. Los oficiales tienen el sello del orden y disciplina británicos: el saludo como un chasquido de dedos, uniformes blancos, pantalones cortos, el bastoncillo de mando y el idioma inglés (algo corrupto pero aun inteligible). Entre los parroquianos de las casas de té que se agrupan alrededor de la aduana hay varios hombres armados, sus cananas ricamente decoradas, sus fusiles con incrustaciones de marfil y la mirada severa de quien es consciente de su tribu Son los "Pathanes", fieros montañeses que hasta hace pocos años extraían tributo de los viajeros que cruzaban el Paso. Hoy lo hace en su nombre el gobierno de Pakistán. En Darra venden armas labradas y pistolas hechas sobre pedido, drogas

y "hashish". El gobierno lo sabe pero no interfiere pues es territorio Pathan.

Al norte, hasta la meseta de Pamir, está otra de las regiones tribales donde la población goza de virtual autonomía: Nuristán. Esta zona solía, llamarse Kafiristán o 'Tierra de Infieles', pues resistían al Islam. De allí proviene el nombre despectivo 'kaffirs', que se emplea en África del Sur, y el de nuestros ases del volante, los cafres. A fines del siglo pasado fueron conquistados y convertidos al Islam por el Shah de Afganistán y desde entonces la región se llama Nuristán o 'Tierra de la Luz'.

La planicie del Indo

Pasadas las formalidades de la frontera, trepamos por la carretera sobre las faldas de arena y piedra laja gris y café. El paso está defendido por multitud de fortificaciones, torres, murallas y barreras antitanque: ésta es aún la ruta de la India y el camino de la Unión Soviética a los mares templados. La atmósfera se vuelve caliente, húmeda, agobiante. Lejos, entre las montañas, se ve una planicie... esta es la planicie del río Indo. La carretera desciende y poco a poco la vegetación se enriquece. Arribamos a Peshawar.

Pakistán se separó de la India en 1947 en virtud de su religión. Pero uno y otro musulmán e hindú, comparten las características del pueblo indio. Peshawar es una ciudad india: hierve con gente y con pobreza.

Los edificios se construyen como si fuesen pasteles de bodas, repletos de adornos baratos como las joyas de papel que se venden en las calles. En unos años el blanco se carcome con la humedad del monzón y el polvo del invierno de sequía; el pastel se pudre y se convierte en una ruina que inexplicablemente no viene por tierra a pesar de que se le agregan uno o dos pisos de viviendas miserables. Por las calles continuamente se mueve una muchedumbre, disputando el espacio con bicicletas, carretas de bueyes, calesas y autobuses que levantan el polvo. Al mediodía el calor agobia y el olor a basura monta en el aire estancado. La comida es picante: sólo así disfraza el asco que produce el restaurante y permite ser ingerida. Los cargadores se matan por una rupia y los burócratas hacen favorcillos por algunas annas.

Encanto sutil de la India

Y sin embargo, Peshawar tiene un cierto encanto. La universidad se rodea con jardines sombreados por los que pasear es un placer, edificios coloniales ingleses con frescos pasillos por los que los estudiantes, en pantalones y camisa blanca, morenos, delgados, con lentes de arillos metálicos, amables y nerviosos como una araña, discuten sus materias en un inglés cargado de acento, inteligible sólo entre ellos.

Las mezquitas son enteramente diferentes, su frente es ancho y su decoración repite incansablemente el bulbo del minarete: Ocasionalmente la vista percibe una mujer en hermoso sari, de piel de color de canela y ojos como almendras. Una pareja camina tranquila en medio del trajinar de los cargadores, un niño se divierte bañándose en un canal.

Pasamos un rato de frescura en el parque bajo un árbol frondoso de especie desconocida mientras que el aire trae, como si fuese un aroma, el revolotear de una melodía india.

Y aquí, en Peshawar, marqué el final de mi viaje. Para completar mi último año de estudios en Tel-Aviv, volví a Kabul para volar a Líbano y Chipre. Pero los retornos son siempre fastidiosos, así que prefiero cerrar mi relato en las Puertas de la India.

5 | Praga, dos años después de la invasión

Este artículo apareció originalmente publicado a nombre de *Vaclav Pravo*, por las razones que se mencionan en los primeros párrafos. Consta de únicamente una entrega, a diferencia de todos los otros relatos reproducidos.

Sábado 12 de Septiembre, 1970

El experimento libertario que murió en 1968 ⋆ Las tuercas de la censura ⋆ Los informes de la prensa occidental ⋆ Se niegan permisos para salir al extranjero ⋆ Escamoteo de correspondencia ⋆ Los tiempos no son para hablar, sino para callar ⋆ No hay oposición organizada

Siempre es un placer volver a Praga cuando el verano acaricia las colinas de Bohemia. El señorío severo de la ciudad de las cien torres se vuelve gentil regocijo. La Rosa Gris, como la llamara Neruda, refleja mejor que ninguna otra las alegrías, picardías y amarguras del corazón de Europa. Y ahora los tiempos son difíciles.

Escribo de las impresiones que he recibido durante los últimos días –y de lo que recuerdo de las semanas que he pasado en esta ciudad en ocasiones anteriores– con el sentimiento indefinido de estar haciendo algo prohibido o de tomar parte en algún movimiento de resistencia (pues aquí, criticar el régimen es algo serio), usando un

seudónimo para no perjudicar a mis relaciones y amigos, tratando de desenmarañar lo que es objetivo de lo que se puede haber vuelto paranoia. Aquí, como en las novelas de Franz Kafka, ésta se engendra sola.

Esto fue hace un año, en 1969, cuando la juventud checa se sentó a media calle haciendo la V de la victoria, frente a las fuerzas militares. La protesta checa se realizó para recordar entonces el primer aniversario de la invasión a Checoslovaquia por los soviéticos.

El experimento

Son ya dos años desde que la ocupación soviética dio fin a la "primavera del '68", aquel experimento de libertad que tantas esperanzas había abierto. Aún hace un año existía un sentimiento de unidad y la convicción de que, con perseverancia, las garantías de la Reforma del '68 serían, a pesar de todo, reconquistadas: En cualquier lugar el visitante podía escuchar las opiniones francas, abiertas, ingenuamente idealistas de los estudiantes. Esa generación, nacida bajo la dictadura del proletariado, que jamás conoció la democracia de Masaryk, no había perdido la chispa husita del pensamiento independiente, y, ¿por qué no?, rebelde. Ardía aún el fuego de Jan Palach.

Pero la maquinaria de la Contrarreforma no se detuvo. Se apretaron aún más las tuercas de la censura de prensa, radio y televisión. Alexander Dubcek cayó en desgracia y fue expulsado del Partido, seguido de todos sus colaboradores cercanos. Los "responsables del libertinaje" fueron perdiendo sus puestos, se disolvieron o reemplazaron las agrupaciones críticas al gobierno, las de obreros, escritores y estudiantes. El proceso es inexorable. Llegará el día en que se inicien juicios contra los "liberales" (convertidos en "contrarrevolucionarios"). ¿o no llegará? Nadie lo sabe a ciencia cierta... y aquellos arriba que sí lo saben, no lo dicen.

Estas cosas las había leído en la prensa occidental (cuyos reportes, por principio, tampoco deben aceptarse como totalmente libres de duda). Pero cuando se ve y se escuchan estas informaciones de primera mano, se siente como un golpe en el cráneo.

Tiempos de callar

Fui al Instituto Z a encontrarme con algunos colegas. Ya nos conocíamos desde antes, así que no perdieron tiempo a la hora del almuerzo para platicarme de los cambios que se habían operado durante los últimos seis meses: el director había sido reemplazado por un Don Nadie, miembro del Partido (¿de cuál? ¡sólo hay uno!), un buen número de profesores del instituto, así como de la Universidad Carolingia y otros centros, habían desde entonces perdido sus plazas y cátedras, sin más explicación que la que era obvia por sus opiniones políticas expresadas en el '68. Se niegan permisos de salida al extranjero, aún para asistir a congresos científicos; las cartas no siempre llegan a su destino.

Me ofrecen un cigarrillo con una sonrisa irónica: 'Perdona... tabaco checo'. ¿Qué acaso no tienen un poco del sano orgullo nacional? El tabaco sera mediocre, pero ¿por qué indicar que es debido a que sea 'checo'?

"¿Qué tenemos que mostrar de orgullo? Que los edificios del instituto tienen la pintura descascarada y nadie hace nada, ¿para qué? Y ahora nos han cortado aun el presupuesto de reparación. El Metro ha estado en construcción cuatro años y llevará otro tanto tapar los agujeros que ha dejado... ¡Así es todo! Eso es cosa del gobierno, no nuestra".

Ahora los tiempos son difíciles. No son tiempos para hablar, sino para callar.

La llamada normalidad

La Rosa Gris conserva los encantos de la ciudad medieval, del Renacimiento y del barroco, pero está siempre un poco marchita. Las calles están eternamente en reparación, a veces son las vías del tren, a veces las tuberías.

La gente se forma en colas para comprar helados de crema. Las tiendas, aunque no ofrecen la variedad de una ciudad del occidente, son un magneto para las amas de casa, y los artículos nuevos desaparecen pronto del mercado.

Se viste con un cierto desaliño y, según parece, una constante tensión llena el ambiente (y esto, tengo que recalcar, no es una observación sólo mía: la he oído y discutido con otros visitantes y con los mismos checos). Pero Praga ha conocido tiempos peores...

Es sólo a veces –muy rara vez si se lleva una vida ordinaria– que se nota, como en el "1984" de Orwell, que el Hermano Grande vigila. Por ejemplo, mientras esperaba el tranvía en la Plaza del Ejército Rojo (llamada por los praguenses Plaza Jan Palach), frente a la Facultad de Filosofía, noté a un individuo en traje gris que no tenía nada que hacer, aparentemente, más que mirar a la plaza. Con curiosidad y después con coraje, le devolví la mirada. El lo hacía con obviedad y yo también, aun acostumbrado a defender mi privacía (costumbre burguesa). Así duramos diez minutos y –¿quién sabe?– probablemente tendré mi foto en algún archivo.

Sutil represión

No se tenga la impresión de que el gobierno checo recurre a una represión abierta, grosera, stalinista. Estos métodos se guardan para la oposición organizada, y ésta no la hay. Se actúa más sutilmente. Es suficiente con hacer saber que la vigilancia existe, que se usan los informes de la población misma, y oportunistas nunca faltan. Ya más, no se necesita. Mientras el individuo no se oponga al régimen, nada le pasará.

Como en años anteriores, anduve por los clubes y centros de reunión de los estudiantes. Se toma buena cerveza, salchichas, se ríe y se canta. no hablo checo, así que la plática la iniciaba generalmente en ruso (que aprendí en México y que la mayor parte de los estudiantes checos conoce). Desde la ocupación, sin embargo, he visto que esto simplemente repele a la gente. Ahora sólo uso el inglés o el alemán, aún cuando la conversación sea más difícil. Y esta vez, cuando hablan de política, lo hacen con circunloquios y alusiones indirectas.

Nada abierto contra la situación o el gobierno. ¿Para qué exponerse? ¿Cómo saben que yo soy, realmente, sólo un visitante?

Habiendo tenido contacto con la juventud de izquierda en México, creo que es importante dar a conocer lo que aquí sucede, no como respuesta, sino como franca duda. Atacar teorías sociales es como perseguir fantasmas. La sociología –aún el marxismo, que se llama a si mismo 'científico'– está lejos de ser una ciencia exacta. Una contradicción entre experimento y teoría normalmente se resuelve desechando la segunda, pero en política...

¿Y ahora, qué?

El socialismo quiere dar a cada hombre la posibilidad de una vida libre de explotación. La revolución y la dictadura del proletariado son sólo los medios para alcanzar ese fin. Existen, en los países comunistas –hay que apuntar– seguro social, educación gratuita, y en principio, universal (aunque los disidentes políticos encuentren difícil terminar sus estudios); hay alquileres y transportes baratos y muchas prestaciones sociales que no se deben subestimar (pero que *también* existen en algunos países adelantados del occidente). Qué más necesite cada uno depende de sus ilusiones. Por supuesto que la libertad de prensa no es indispensable. ¿Y quién necesita, a toda costa, hablar de política? ¿Y para qué dejar que cada quién se construya la vida como quiera — o pueda?

Y sin embargo es un hecho que la gente lo desea, y que es capaz de dejar su país natal y emigrar a tierras mejores, como tantos lo han hecho. ¿Y quién emigra hacia los países comunistas?

El único país donde, al parecer, un socialismo con cara humana podía haber sido construido, fue Checoslovaquia. Pero aquel inolvidable verano de 1968 llegó a su fin cuando, el 21 de agosto, los tanques soviéticos ocuparon la ciudad de Praga. Pero eso, y que Jan Palach ha muerto, son, desgraciadamente, hechos.

6 | Un invierno en Escandinavia

Domingo 27, Diciembre, 1970

Hacia la costa ártica de Noruega, a través de Suecia ⋆ Confundido con un obrero finlandés ⋆ La tierra de las brumas y las noches largas ⋆ Hazañas de los vikingos ⋆ El árbol de navidad, tradición de los nórdicos ⋆ En tren hacia Estocolmo

Fue por azar que escogí el día de Navidad para comenzar el viaje a la costa ártica de Noruega. Hacía frío y el tranvía tomó minutos interminables en aparecer mientras yo trataba de mantenerme en calor pisoteando enérgicamente el hielo de la acera. A las tres de la tarde el sol se acercaba lentamente al horizonte y bajo el eterno nublado ya oscurecía. Las calles estaban desiertas y si no fuera por los aparadores encendidos y ricamente decorados, podría haber pensado que la ciudad entera estaba congelada. Los árboles desnudos y las gruesas torres de techos de cobre verduzco, por las que Gotemburgo es famosa, contribuían a un ambiente general de pesantez e indiferencia.

El tranvía corrió a lo largo del blanco canal hasta la estación del ferrocarril. ¿Quién viaja el día de Navidad? No estaban los usuales estudiantes de la Juventud Comunista vendiendo su revista "Gnistan" (continuación de la "Iskra" de Lenin), ni el Buró turístico ni el restaurante, y hasta la tienda de artículos pornográficos estaba cerrada.

En la sala de espera, tres o cuatro ancianos y un grupo de obreros finlandeses que regresaba a su país, apurando los últimos tragos de una botella de vodka.

Se anunció la partida del tren. El primer paso del viaje conserva su magnetismo, aunque en esta ocasión tengo mis dudas de poder realizar mis ilusiones, o si pasaré una semana, con pocas horas de claridad al día, prácticamente recluido en un pequeño cuarto de hotel. En fin, he traído algunos libros y los terminaré aún cuando esto sea lo más dramático que haga.

Principio del viaje

La ciudad queda atrás y el paisaje se torna una sucesión de campos cubiertos de nieve, pequeños bosques de abetos desnudos y ramas torcidas, lomas de granito; sobre la superficie congelada de un lago, un grupo de muchachos juega al hockey sobre hielo; después algunas granjas, casas de madera bien construidas, de techos inclinados. Revelan un instante de vida familiar: dos niños detrás de la ventana que contemplan el tren, una mujer preparando la comida, un hombre lee el periódico. Son las cuatro y el paisaje adquiere un tono azuloso a medida que desciende el vaho de la noche.

Saco del morral el diccionario y una revista de "Kalle Anka" (Pato Donald) para aprender algo más de sueco; después de todo, el lenguaje es sencillo y las historietas no son aburridas.

Al poco tiempo noto que el señor de enfrente me mira con desaprobación. (Creo que he estado moviendo los labios al leer). Con mis pantalones vaqueros y mochila, debe creer que soy un obrero finlandés. Y ese es, probablemente, lo más bajo que hay en la escala social. ¡Que piense lo que quiera! Al cabo sería incapaz de llevarse a iniciar una conversación conmigo, pues eso iría contra su misma naturaleza ("Perdón, ¿es usted extranjero? ¿De México? ¡Maravilloso! ¿Y le gusta Suecia? ¡Ah!"). Aquí cada quién se guarda las emociones para uno mismo e inmiscuirse en las de los demás es de un mal gusto intolerable. Así, él queda un señor respetable (pues usa saco y corbata), y yo, obrero finlandés.

Tierra de bruma y noche

El norte de las largas noches y de las brumas, el de los cielos azules, prístinos y tensos de frío que parecen a punto de romperse como una copa de delgado cristal. Mi padre me había leído de sus leyendas,

de Midgard, la serpiente que descansa enroscada bajo las profundas aguas saladas que rodean al mundo; de Odín el tuerto, sabio, aristocrático, primero entre los dioses de Asgard, y de Thor, el del martillo, en sus andanzas con el enigmático Loki por la tierra de los gigantes. ¡Y quién no ha leído sobre los vikingos! Las impresiones se pierden con la adolescencia, y el hechizo se disuelve poco a poco. Sin embargo, cumplí mi decisión de viajar a Islandia "algún día". Y fui, y desde entonces supe que tenía que volver a Escandinavia. Encontré trabajo y vine a vivir un tiempo a Suecia.

Al igual que otros tantos miles de turistas, llegué lleno de ideas, categorías, y no pocos prejuicios. Estos últimos los fui perdiendo, así como el resto del equipaje. A varios meses de distancia aún no la entiendo bien o, puede ser, Escandinavia se niega a ser clasificada, determinada, pintada en negro sobre blanco (o viceversa). Y es sobre los detalles que quiero escribir, sobre el estado de ánimo ambiguo y tranquilo que invade el carácter nórdico en sus ratos de sosiego, la diligencia y minuciosidad del trabajo diario y, en ocasiones, su explosión en una ruidosa borrachera.

Los escandinavos son gente del mar, pues aún los que no son marineros por profesión, viven en el muelle de Europa, Jutlandia, en las islas bálticas de Dinamarca, en el navío de granito que es la península escandinava, o ven el Atlántico desde la desgarrada y solitaria barca de Islandia. Arribaron poco después que los grandes glaciares, tras de labrar los fiordos, se retrajeron a las montañas de donde salieron y el granito desnudo se había cubierto de bosques y de caza.

Los vikingos

Mientras que los sumerios, griegos y árabes hacían la historia, nada se oyó de los cientos de generaciones de campesinos y cazadores del norte. En el año del Señor 793, el convento y villa de Lindisfarne (Britania) fue saqueado y dado a las llamas por rudos guerreros que venían en barcos de quilla y que volvieron al mar cargados con botín y esclavos para Dinamarca. Al año siguiente volvieron en mayores números y aún más después hasta que las islas del Mar del Norte se volvieron sus colonias o sus tributarios. En 845 Hamburgo y París fueron asaltadas, y aún Cádiz y Sevilla corrieron la misma suerte.

Los noruegos y los godos dejaron sus Viks para colonizar Irlanda y Escocia, Islandia y Groenlandia, y más allá aún, a través de las grises aguas del Atlántico. Escribe el arzobispo Adam de Bremen en 1070 de su visita a la corte danesa: "... y se dice de otra isla que se halla

en el gran Océano que se ha dado a llamar Vinlandia la Buena, pues en ella se dan viñedos naturales y maíz... más allá de esta isla no hay tierra habitable en el Océano, sólo hielo e impenetrable bruma".

Los suecos de Uppsala señoreaban el Báltico y navegaban los ríos de la Rus, entre praderas tan amplias como el Océano mismo, descendiendo hasta el mediodía para comerciar y servir a los señores de Miklagard, que así llamaban a Constantinopla. Y las inscripciones rúnicas de las piedras de Uppland dicen una y otra vez "... vard daudr i Grikkium" ("... fue muerto en Grecia") bajo el nombre de los antepasados de su protegido.

El cristianismo fue aceptado poco a poco a la vuelta del milenio y los vikingos comenzaron a quedarse más y más en casa. La juventud había terminado y nunca hubo madurez.

En contra de lo que pudiésemos esperar, hoy en día apenas se guarda tradición vikinga alguna (el árbol de Navidad, por ejemplo, pertenecía a Thor y era de buena suerte, pero se lo apropió otro nórdico exótico llamado Santa Claus); mucho menos tradición, por ejemplo, de la que en México se tiene o se toma de las culturas prehispánicas. Excepto por los islandeses (quienes aún tienen un vikingo pintado en los billetes de cinco krónur), los escandinavos parecen creer que los vikingos vivían en otro continente.

Carácter escandinavo

En la mente de algunos europeos, Argentina, Panamá y México pertenecen al mismo costal. ¡No hagamos el mismo error respecto a los escandinavos! Se cuenta que dos de ellos se encontraron en una isla desierta. ¿Qué pudo haber sucedido? De ser daneses, habrían establecido una cooperativa agrícola y un sex-club; de ser islandeses, ya insituirían un parlamento y habrían escrito dos poemas épicos sobre sus vicisitudes históricas. Si se hubiese tratado de noruegos, estarían peleando entre sí o haciendo incursiones sobre las islas vecinas. No habría mucho que contar si hubiesen sido suecos, pues no han sido presentados. La mejor caracterización de estos últimos, sin embargo, me la dio mi primo cuando viajábamos en el ferry entre Malmoe y Copenhague: "se puede distinguir a los suecos de los daneses", me dijo, "en que, o son los mejor vestidos, o están borrachos".

Hay cosas más serias: durante la última guerra, los nazis invadieron a Dinamarca y Noruega. El rey danés no ofreció resistencia, pero Haakon VII, el monarca noruego, tras breve lucha, se asiló a Inglaterra: Suecia no era suficientemente segura, no para él. Durante los años de la guerra, cuando los puertos noruegos fueron usados para

estrangular la ruta de Murmansk, provisiones y soldados alemanes se movían sobre los ferrocarriles suecos. Dinamarca y Noruega nunca le han perdonado esto a Suecia.

Hoy, Suecia se mantiene técnicamente neutral; no pertenece a la OTAN y se presenta al mundo, tal vez con justeza, como un modelo de democracia parlamentaria. No ha tenido guerra en siglo y medio; revolución tampoco. Tiene el estándar de vida más alto de Europa. Cuando llegué a Suecia, yo también creí haber hallado la camisa del hombre feliz.

Hacia Estocolmo

El tren se detiene unos momentos en Flen. A través de los altavoces se anuncia la partida hacia Estocolmo. En el andén, cuatro figuras arropadas llegan corriendo, justo a tiempo para subir al vagón. Entran riendo, jadeando, comentando en voz alta, y probablemente echándose el uno al otro la culpa de su atraso. Son turcos. Ellos –y yo– formamos parte del medio millón de extranjeros que trabajan en Suecia. Cuelgan sus pesados y tiesos abrigos a la entrada y, aún alborozados por la carrera, se llevan a empujones hasta unos asientos libres, dejando grumos de nieve en el pasillo.

¡Qué agradable es oír el alboroto de las voces humanas! Pero tal vez yo soy el único que piensa así. Todos los pasajeros los están mirando, y el silencio es contagioso. A los pocos minutos la conversación baja de tono y después muere. Ellos también terminan por mirar con fastidio a través de las ventanas oscuras, la luz lejana de alguna granja o los remolinos de nieve que levanta el tren. Y así hasta Estocolmo.

Lunes 28 de Diciembre, 1970

Tierra donde no calienta el sol ⋆ En dirección a Uppsala ⋆ Visita a estudiantes mexicanos ⋆ La famosa universidad ⋆ El diálogo natural entre dos mexicanos en Suecia ⋆ La compañía de una muchacha en el resto del viaje

En Estocolmo, los días de invierno son cortos. El sol sale, perezoso, a las nueve o diez de la mañana y nunca se levanta mucho sobre el horizonte. Alumbra, pero sus rayos son débiles y no calientan, aun

cuando el cielo se despoja de su nublado usual.

El lago que fragmenta la ciudad en un archipiélago (y que le ha dado el nombre de "La Venecia del Norte"), se hiela de orilla a orilla, aprisionando entre su blanco y el gris del cielo los nobles perfiles de las torres del palacio, la catedral y las estatuas heladas del ayuntamiento.

El frío no es excesivo –algunos grados bajo cero– pero durante los últimos días del año que muere, la actividad citadina cesa. Los suecos se retraen al círculo familiar, donde pocos extranjeros son aceptados... Mal tiempo para visitar Estocolmo.

La pálida estrella del día se oculta a las tres y treinta. Comienzan a caer algunos copos de nieve, y sobre el panorama se tiende un velo tenue, primero blancuzco, después azuloso. A las cuatro ya es casi de noche y vuelvo al hotel, al cuarto que comparto con un sujeto,m probablemente marinero, que tiene un ojo parchado.

Esa misma noche tomé el ferrocarril hasta Uppsala, antigua capital de Suecia, a visitar a tres mexicanos amigos míos, Lilia, Renán y Addy, estudiantes de sicología y física.

Encontrar compatriotas en el extranjero es un gusto poco frecuente. Y en Suecia realmente se necesita la compañía latina. Les caí a la hora de la cena y me quedé los tres días siguientes. Platicamos a más no poder de la situación en México, de los estudios, de nuestro contacto con el lejano Norte, exótico y extracontinental; chistes irreverentes y frases de doble sentido.

La universidad de Uppsala

Los edificios de la universidad de Uppsala, la primera de Escandinavia, son viejos y cubiertos de enredadera unos, modernos con vidrio y metal otros. Están dispersos y sin plan aparente: El Gustavianum, el Conservatorium, el Fisicum y el Agnustinum. Parece que Carolus Linnaeus, aquel zoólogo y botánico que bautizó a todos los seres vivientes con nombres y apellidos latinos, se puso a clasificar con el mismo celo los edificios de su Alma Mater.

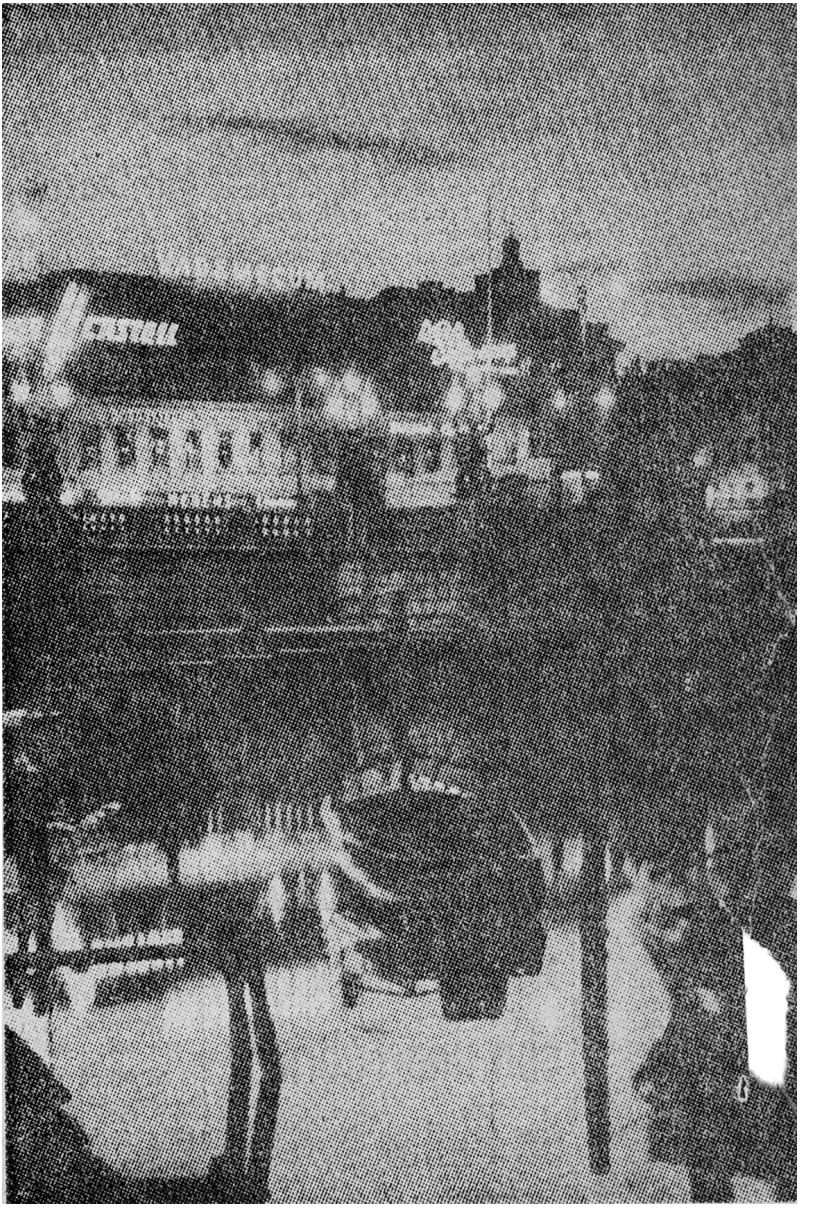
La vida estudiantil es muy intensa en las universidades del Viejo Mundo. Uppsala se encuentra entre las primeras y, con Lund, Estocolmo y Gotemburgo, constituye la vida académica sueca. Trae a la mente togas y espadas. Pero esto ha cambiado, y también su papel de perpetuar a la élite nacional. El gobierno sueco da a cada estudiante un estipendio de Skr. 800 (unos 2,000 pesos) mensuales, desde que ingresa a la universidad hasta que termina sus estudios. El dinero debe ser devuelto al estado en un término de treinta años. Los exámenes son difíciles y el trabajo intenso, pero la admisión no está

Una reunión espontánea en la casa de estudiantes del Tecnológico de Gotenburgo. El autor de este relato aparece a la derecha, tocando la guitarra.

así limitada por consideraciones económicas. La proporción de hijos de obreros y campesinos, aun cuando menor que su porcentaje en la población, es bastante superior a la de otros países (entre ellos México), donde la educación universitaria es casi gratuita, pero donde el alumno depende del dinero de la familia.

En la casa de estudiantes viven, sin separación alguna, muchachos y muchachas. El edificio cuenta con todo: cocinas, pequeñas salas de lectura, zona comercial y restaurante, todo funcional e impecablemente limpio. Por las noches cada quién se retrae al estudio o, si el intenso horario académico lo permite, a visitar a alguna compañera.

Sin preparación especial, se reúne un grupo de amigos y amigas, se trae cerveza, papas fritas y aquavit; se prenden las velas y la conversación fluye tranquila, en voz casi deliberadamente baja. Después, cada quién se retira, solo o con la amiga, con el gesto que esta edad toma como natural, con la gracia y el dejo de inocencia que la generación de mis padres jamás conoció.



En Gotenburgo, Suecia, se contemplan poor doquier escenarios fascinantes como este, durante las horas que preceden al anochecer

Actitud hacia el sexo

Cuando se visita países realmente "exóticos", se tiende a ver y aceptar las costumbres tal como son, como curiosidades, con la idea de que "al fin, ellos son diferentes". Pero en Europa tras de algún tiempo nos olvidamos de estar en el extranjero. Las diferencias, tan sutiles que a veces cuesta trabajo explicar en qué consisten, no son menos profundas.

Suecia, así como el resto de los países escandinavos, goza de merecida fama por su actitud antinaturalmente natural respecto al sexo. Algunos suecos se preocupan, otros se sorprenden, y otros más se enorgullecen de ello.

Platicaba con Renán del asunto. ¿Y de qué pueden ponerse a platicar dos mexicanos en Suecia, si no de "las güeras"? Al poco rato, sin embargo, salen las verdades y es difícil ocultar el cobre: Las cosas son diferentes de lo que nos imaginamos antes de venir. Sí, es cierto que existe una actitud liberal y que se considere normal que una muchacha pague su propio cine y cena y que tenga relaciones sexuales con su amigo, sin que esto implique compromiso o matrimonio. Lo saben los padres y generalmente lo aceptan, y también lo acepta el futuro esposo, pues no existe el culto a la virginidad (masculina o femenina). Esta franqueza también ha llevado a una mayor comprensión y tolerancia hacia la minoría homosexual.

Las aventuras que tiene en mente el turista que pasa cinco días en Suecia o las que platican los trabajadores árabes, dándoselas de don juanes, pocas veces se materializan. "¡Son unos cubos de hielo!", he oído decir. Y la verdad es que los extranjeros, particularmente los meridionales, tenemos muy mal nombre en Suecia pues, como hay que confesar, la actitud de la mayoría de nosotros (mejor dicho, de ellos) está resumida en esa frase "yo sí ¡pero no mis hermanas!" ¿Qué esperan entonces, señores? El turista frustrado puede consolarse comprando la pornografía mejor presentada y exhaustiva del mundo.

¿Por qué no?

El carácter nórdico es más tranquilo, la gente más ensimismada. Las muchachas son independientes, económica y espiritualmente. Lleva un largo tiempo forjar una amistad. La naturaleza humana, sin embargo, es básicamente la misma y aún en Suecia se requiere algo de amor en la química de las cosas: cuando una pareja está segura de poder seguir viviendo el uno con el otro, contraen matrimonio y generalmente se guardan fidelidad. La "casa chica del señor gobernador" no se acepta.

Es difícil contestar a la pregunta si se puede alcanzar tal liberalidad en México (es difícil aun hacer la pregunta); pero al menos es claro que tal situación a pesar de que las excepciones y abusos que en todas partes se encuentran, sí existe, en la práctica, en Suecia. Y la sociedad aún no se derrumba en orgías callejeras como nos habían prometido los moralistas victorianos. La iglesia aconseja moderación, pero no se opone. El clero nacional sueco no hace voto de celibato, y tal vez por ello toma una actitud mas comprensiva. La falta de picardías en el lenguaje de los suecos es solo una manifestación de su carácter.

Y fue a través de Renán y Addy que conocí a una muchacha (a la que llamaré Ylva), con la que continué mi viaje hacia el norte, más allá de donde brilla el sol.

Martes 29 de Diciembre, 1970

Los ferrocarriles suecos ⋆ La frontera del Ártico ⋆ En un puerto del Golfo de Botnia ⋆ Entusiasmo de los estudiantes por causas diversas ⋆ Velada en casa de Ulla-Britt ⋆ Huelga en Kíruna

Un poco más allá de Estocolmo entramos en Noorland, la tierra del Norte, región de espesos bosques de abetos y pinos de innumerables ríos que en verano descienden al Báltico con los deshielos tardíos del espinazo montañoso de Escandinavia. Ahora, a la mitad del invierno, esos ríos fluyen, menguados, bajo la capa de hielo.

Un grueso sudario blanco lo cubre todo, apagando los ruidos y dando contornos suaves e imprecisos a los desniveles del terreno. El tren levanta remolinos de nieve polvorosa que se deposita sobre los árboles cercanos a la vía, mudando su color a un blanco espectral. El bosque, que en las pocas horas de claridad parece estar siempre en la penumbra del alba o del anochecer, se vuelve un desfile borroso cuya belleza se hace monotonía y después oscuridad.

Los ferrocarriles suecos están electrificados y se mueven a alta velocidad. El interior está iluminado, limpio, y la temperatura perfectamente regulada. Los pasajeros casi todos visten saco y corbata y no se habla mucho (Ylva y yo éramos el único par de vaquerudos simpáticos del vagón). La comida, como todo en Escandinavia, excelente y carísima.

Los intervalos entre las ciudades son grandes, enormes para Eu-

ropa, y las distancias se miden en cientos de kilómetros. el tren sube lentamente por el mapa hasta las regiones donde los nombres de los caseríos nos recuerdan que ya estamos cerca de la Finlandia, la región de la noche de invierno, de los gigantes y de las luces del Norte.

Pequeña ciudad del norte

Y ya que estábamos en camino, decidimos visitar a una amiga de Ylva, Ulla-Britt, quien pasaba las vacaciones de Navidad con su familia en un pequeño puerto del Golfo de Botnia llamado Skellefteaa (y pronunciado Shelé́fteo). Estaba nevando cuando llegamos, y creo que aún no dejó de llegar hasta que nos fuimos.

Ulla-Britt llegó a la estación en carro y nos condujo al suburbio donde se encontraba su casa. Setenta centímetros de nieve habían caído y estaba amontonada a uno y hasta dos metros a orillas del camino. El sabor de Navidad aún estaba en el aire, las decoraciones que adornaban el centro comercial y los aparadores sobrecargados de toda clase de artículos. ¿Es esta la frontera del Ártico?

Edificios de departamentos o casas solas construidas en serie constituyen el panorama urbano. No he encontrado aún los barrios pobres –ni el lujo– como lo conocemos nosotros.

Llegamos, nos desempacamos de las botas, abrigo, chamarra y gorra y en unos minutos la cena estaba servida y la familia se reunía alrededor de la mesa. Calefacción central, muebles cómodos y de impecable buen gusto, un árbol de Navidad, pollo a la parrilla y agradable compañía femenina. ¿Qué más se puede, razonablemente, pedir? Se les dice "tienen ustedes el mejor país de Europa... El más afortunado del mundo..." No lo niegan, pero lo interpretan de otra manera.

Ulla-Britt tenía de por sí la tendencia a llevar la contraria, muy segura de sí misma (típica muchacha sueca, rubia además). "¡Es la decadencia, el conformismo, es la mentalidad pequeño-burguesa, la explotación de los países subdesarrollados!" Y estas expresiones las he oído una y otra vez de boca de estudiantes y jóvenes profesionales.

Opiniones radicales

La proporción de radicales no es, creo, muy diferente de la que hay en México. Pero en Suecia, ser comunista no es pecado particularmente capital. Sin embargo, muy pocos son prorrusos, y esto puede ser debido, como sucede al revés en México, a la situación geográfica. Es significativo también que varios miles de suecos han visitado la

Unión Soviética y los países de Europa Oriental. La impresión con la que vuelven (al menos aquellos con los que he hablado) es la de haber visto una sociedad bien organizada, ortodoxa y puritana, donde cada hombre tiene su lugar, sus metas y su rutina determinada, donde la libertad de expresión, tal como se la conoce en Suecia, está muy restringida. Así, la juventud de izquierda es generalmente maoísta. La China Popular, suficientemente lejana y desconocida, se puede ajustar a cualquier teoría. La Revolución, a pesar de su incongruencia con la realidad sueca (¿o tal vez debido a ella?), se contempla como un gran sacudimiento social.

El "Ché" Guevara y jo Chi-min adornan paredes de clubes y centros de reunión, pues esa es otra peculiaridad escandinava: no sólo se respetan las opiniones de los demás, sino que nadie se las toma muy a pecho, ni siquiera el gobierno; y ya hace casi tres siglos desde que la última bruja fue dada a la hoguera.

Un gobierno honesto

Y hace apenas cincuenta años que Escandinavia parecía una tierra pobre y sin futuro. Un millón de suecos –de entre sus tres millones de habitantes– emigró a América. Pero gradualmente, sin la necesidad de explotar colonias que nunca tuvo, sin la revolución que diera fin a todas las revoluciones, sin el partido "que llegó para quedarse", y sin otra cosa que pesca, acero y técnica (y, se puede agregar, un gobierno competente), el norte ha producido la riqueza que hoy tiene: riqueza que, en contra de lo que se podría esperar, tiende a repartirse de tal forma que las diferencias sociales disminuyen en vez de aumentar. Un fenómeno interesante.

Y más objetivo que las opiniones teóricas de Ulla-Britt es el hecho que Escandinavia es hoy el magneto que solía ser América cuando su territorio estaba aún virgen. Y esta parte de Europa aún no está agotada: a fines de este siglo, cuando seremos cien millones de mexicanos, uno de cada tres viviendo en la megalópolis del altiplano, Suecia contará aún entre diez y doce millones de habitantes cómodamente alocados en su territorio. Si llamar al cielo capitalino "la región más transparente del aire" es síntoma de senilidad ("¡Uuy, los buenos tiempos de don Porfirio!"), causa tristeza ver los ríos de agua tan joven que hay en Noruega, y la palidez cristalina de su atmósfera.

Durante los últimos años los países escandinavos han recibido medio millón de trabajadores y cincuenta mil inmigrantes, una buena proporción de ellos refugiados políticos de Polonia (principalmente judíos, desde 1967), Checoslovaquia (desde 1968) y un creciente nú-

mero de norteamericanos (opositores a la guerra de Vietnam).

Quien vive en un centro académico no puede dejar de notar el entusiasmo con que los estudiantes toman las causas más diversas: la situación de los negros en África del Sur, el terrorismo árabe, colectas de dinero para la República de Biafra, el Frente de Liberación Nacional (Vietcong), la independencia de Eritrea y los presos políticos griegos.

Amnistía Internacional

Iglesia y campanario de Kíruna, que sigue el estilo de las iglesias escanidnavas medievales. Una base cuadrada y el material, madera. Kíruna es un importante centro minero de Suecia.

Funcionan en Suecia varias organizaciones dedicadas, de una u otra manera, a extender las ideas del derecho de protesta pacífica. La mejor conocida entre ellas es Amnistía Internacional, que ha efectuado diversas y encomiosas gestiones en favor de los presos políticos en América Latina, España, Grecia y en algunos de los países comunistas.

Los resultados concretos hasta hoy han sido muy pequeños y se ha acusado a los miembros de esa agrupación de ilusos e idealistas

quijotescos o de "meterse en donde no los llaman" (como me explicó un oficial de la embajada).

Sin embargo, la importancia de esta organización (así me lo hizo notar Christer, un miembro de A.I. en Estocolmo, quien me dio una buena cantidad de datos que el breve espacio me impide incluir), estriba no tanto en la acción legal que pueda promover en los países bajo dictadura, quienes de todas maneras no se guían por las reglas del juego, sino más bien en la movilización de la opinión pública en los países de Europa, desde donde se opera. Pues como otras cosas, la libertad de expresión, con el desuso, se atrofia.

Pero es principalmente la juventud la que hace el ruido, y no se tenga la impresión de que el sueco promedio tiene alma revolucionaria.

"A pesar de todo lo que te digan, votarán por los socialdemócratas en las próximas elecciones", me decía Claes, un estudiante con el que viví en Lund. "¿Por qué habían de menear el bote? El gobierno es moderado, capaz, y no existe la corrupción".

Adjetivos tales deben ser tomados con un grano de sal. Pero, pienso yo, si esta es la opinión de un estudiante, debe ser cierta.

Y así, tras una agradable velada de política, pastelitos y café en casa de Ulla-Britt, fuimos a dormir.

Entretanto, en esos días continuaba la huelga de mineros en Kíruna, centro siderúrgico que se encuentra al norte del círculo polar (donde estuvimos dos días después). Esta huelga era sólo una entre la serie de trastornos laborales, los más serios de una década que agitaban la economía sueca. Había otras en los muelles de Gotemburgo, en SAS, Goodyear, Electrolux, Saab y Volvo.

En las universidades, los estudiants, quienes habían estado realizando de Biafra y del Frente de Liberación de Biafra y del Frente de Liberación Nacional, reunían ahora dinero para ayudar a sus compatriotas mineros del ártico.

Miércoles 30 de Diciembre, 1970

Rememorando un verano en Islandia

Noruega siempre me traerá a la memoria la opresión de la noche ártica, con sus veinte horas de obscuridad total, con el alba que se vuelve crepúsculo antes de rayar el sol. Viajaba hacia la Costa Norte durante la noche de los últimos días del año que moría.

¡Quién como Escandinavia conoce las estaciones! En los primeros

días de julio, varios veranos atrás, llegué a Islandia. Allí transcurría el día perpetuo; el sol que circulaba incansablemente sobre el horizonte, reposando apenas por una hora de noche blanca.

Ese era mi primer contacto con Europa: Recién aterrizado, cargando un baúl bisoño, inseguro con el inglés y un poco desorientado en general. No sabía exactamente a lo que venía, así que me dirigí al Albergue de Juventud de Reykjavik (la capital) para encontrar compañía e ideas. Entre los viajeros que había en el mesón (estudiantes despistados, que tampoco sabían a lo que venían) hallé a dos franceses, Roger y René; nos hicimos socios, elaboramos planes, rentamos un carro y salimos al día siguiente.

Reykjavik tiene noventa mil habitantes, del cuarto de millón que puebla la isla. Es una pequeña ciudad, limpísima, de clima fresco, casi frío, que no obstante sus crecientes suburbios guarda un sabor de puerto pesquero de los años de la aventura. En sus muelles, donde flota un saludable olor a pescado añejo y a sal, pululan marinos y balleneros; algunos de barbas blancas, veteranos que hablan de las costas rocosas y heladas de Groenlandia, otros aún muchachos, aunque ya altos y de andar resuelto.

Compramos las provisiones para una semana: zanahorias, chocolates, mostaza, algunos metros de salchicha, cuarenta y ocho latas de leche condensada, algunos detalles más, y al poco tiempo nuestro Opel se lanzaba con el gálico arrojo de 70 Km./hora sobre las piedras y agujeros de la carretera (no hay vías pavimentadas en la isla). Seguíamos la costa en sus caprichosas entradas y salidas dictadas por los fiordos. Allí estaba el mar, frío y gris, detrás, las montañas volcánicas de Islandia. El paisaje es duro, las llanuras costeras, verdes pero completamente desprovistas de árboles. Los peñascos negros dan fe de las fuerzas de la Fractura Atlántica que tratan de romper la isla en dos.

De entre todas las naciones del mundo, Islandia conserva la tradición más detallada de su génesis: El Landámabók, donde están escritos los nombres, propiedades y origen de las familias más notables que vinieron de Noruega en el siglo noveno a traer la simiente humana a sus costas solitarias. Eran los colonos que no aceptaban la opresión de la corona. Y nunca hubo rey en Islandia. En su lugar, el parlamento nacional (el Althing) fue fundado en el verano de 930 y se reunía cada año en Thingvellir. Allí se libraron las brillantes batallas legales que leemos en la saga de Njal, las violencias y tragedias entre los clanes orgullosos.

Y en esta, la más lejana, inhóspita y pobre de las tierras escandinavas, floreció la literatura como en ninguna otra. Las largas noches

de invierno y el aguamiel (miod) son todo lo que los versos necesitan para crecer con el genio de los islandeses. De ellos se dice que no solo son todos letrados, sino literatos. Cada año se celebran festivales y concursos populares de verso y prosa, donde se reparten premios y el más preciado prestigio. Uno de los héroes nacionales es Halldór Kiljan Laxness, premio Nóbel en literatura.

El idioma islandés ha cambiado poco desde el siglo décimo. Es el escandinavo original. Tiene tres géneros, trazas de un número dual (en adición al singular y el plural) y cuatro casos declinados. Respecto a los demás idiomas escandinavos contemporáneos: danés, faeroés, sueco y los dos noruegos, que han perdido sus flexiones, el islandés presenta (para el que trata de aprenderlo) un formidable cuerpo de gramática e interminables tablas de declinaciones. Sin embargo, permite una prosa que puede llegar a ser muy compacta y, como la de otros idiomas altamente declinados (alemán, ruso), escueta y expresiva como pocas. Y aquí tengo que mencionar a otro islandés, el matemático Sigurdur Helgason (geometría diferencial), cuya 'prosa', aunque escrita en inglés, tiene mucho en común con el lenguaje de las sagas, tanto en su firmeza y exactitud como en el uso de compuestos que no siempre se pasan fácilmente por la garganta: "Harald, hijo de Hálfdánar el Negro, sucedió a su padre; este voto solemne hizo: no cortar su cabello ni tener peine hasta ser rey único de Noruega; lo llamaban Harald el Despeinado" (Saga de Egill Skala-Grimsson). En islandés 'Harald el Despeinado' viene siendo 'Haraldr Lúfa', que suena más solemne y no tan go-go.

Hvalsfjordur es el fiordo de las ballenas. Tras de medio día de viaje, paramos allí para ver cómo opera la pequeña fábrica del aceite que en un tiempo iluminaba a Europa. El espectáculo es muy interesante. Los barcos pequeños, que no pueden procesar los cetáceos a bordo, arrastran los cuerpos hasta la cabeza del fiordo y allí, por medio de una cadena que pasa por un agujero abierto en la cola del animal (de quince o veinte metros de largo), se jala mecánicamente hasta una plataforma de concreto, donde se destaza. Vimos el proceso: usando botas de suelas de clavos para no resbalar sobre la brillosa piel de la ballena, los carniceros, usando guadañas, abren una incisión en la frente del animal y un agujero por donde pasan un gancho. Por medio de un motor simplemente pelan el cadáver de la cabeza a la cola.

Entonces se corta la carne con cizañas y garfios, en trozos de cincuenta a setenta kilos. Las entrañas se cargan en un bote que las volverá al océano. Zarpa seguido de un remolino de gaviotas convertidas en buitres por las circunstancias. Su plumaje, que era blanco, está enrojecido por le agua contaminada con sangre donde flotan trocitos

de carroña. Finalmente, la carne de la ballena se hierve en calderones para extraer el aceite. Suelta un tufo intenso, indescriptible, que produce espasmos de vómito. La ballena, tan rolliza y reluciente en su estado natural es ahora, una hora después, dos barriles de aceite, huesos, y una masa pulposa que carece de nombre y que se arroja al mar.

Los islandeses son un pueblo aparte. Generosos, ordenados, ensimismados pero directos, sobrevivientes y herederos de los colonos vikingos. Permanecieron en su tierra durante la larga noche medieval, a pesar de las erupciones recurrentes del Hekla y sus lluvias de ceniza, mortaja de los paseos, a pesar de la peste negra que en el siglo catorce redujo la población en un tercio.

Pescan en aguas frías y trabajan con una tierra obscura que a veces se vuelca sobre ellos con hielo y lava, los gigantes de Islandia.

Pero ese verano presentaba la isla una faz benigna. Recorrimos la costa occidental, el Laxness de las sagas y los fiordos de la costa ártica, el lago Mývatn en el árido altiplano central, las cataratas Dottifoss y Gulfoss, la más bella del mundo, Thingvellir y los vapores de Géysir con sus manantiales de agua hirviente al borde de una de las pocas llanuras de la isla, que aquí se vuelve más generosa.

Bajo un atardecer interminable continuamos a lo largo del golfo Faxaflói, que el mapa parece situar en las fauces abiertas de la isla, cruzando innumerables arroyos y ríos de agua virgen, casi viva, que bajan de los glaciares del interior. En las zonas más fértiles se levantan algunas granjas. La hierba es joven. Sopla un vientecillo fresco, marino, que se vuelve frío cuando se nubla o llueve. Ahora el cielo estaba completamente azul, y el verano fugaz, en pleno.

Adelante, en la punta de la península, llegamos a ver el tricornio eternamente nevado del Snaeffelness Jokull, según Julio Verne, el camino al centro de la tierra.

Si el lector conoce el libro, difícilmente podrá olvidar el mensaje que el autor detalla en latín: "In Snaeffels Ioculis craeterem quem deliberat umbra Scartaris, intra kalendas Julii..." Y fue (realmente) este pasaje, que guardaba en la mente desde que leí la novela, de niño, que me llevó a incluir al volcán Snaeffelness en nuestro itinerario. Pues aunque las kalendas de julio (1° de julio) hacía poco habían pasado, confiaba en que, siendo 9 de julio (ante diem septimus Idus Julii), la sombra del Scartaris (uno de los tres picos del cráter) aún marcara el camino. Y la atmósfera, tan transparente, parecía poner las cumbres al alcance de unas horas de camino. Pero a pesar del entusiasmo que les traté de infundir, Roger y René se negaron a intentar subir los 800 m hasta la boca del cráter. Con sus laderas de piedra suelta y

la dudosa condición de los glaciares en verano, el Snaeffellness no prometía una ascensión fácil.

A las 11 p. m., aún bajo la luz del sol al pie del volcán, hallamos a la orilla del camino una granja abandonada donde nos instalamos con nuestros sacos de dormir.

¡Pero cómo se puede conciliar el sueño! Salimos a caminar sobre los campos de lava cubiertos por el tapete de hierba verde que tendía el verano, hasta llegar a los farallones negros sobre los que Islandia se levanta del mar profundo y frío. A las 23:30, el borde superior del sol, rojo y fatigado, finalmente desapareció bajo las aguas. Los glaciares del Snaeffellness, casi púrpura, lo vieron por quince minutos más, y a la media hora anunciaban ya el alba. Durante esa noche efímera, las estrellas nunca llegaron a aparecer.

Jueves 31 de Diciembre, 1970

Hacia la frontera de Suecia con Finlandia y Noruega ⋆ Los recuerdos de la gente en Narvik ⋆ Influencia de la Corriente del Golfo ⋆ Los cortinajes de la aurora boreal ⋆ La tienda cerrada el día en que más se le necesita

Es difícil dormir en los trenes de Suecia, aun cuando el compartimiento esté casi vacío y no haya niños. Cabecea uno hasta las cuatro de la mañana y entonces, con suerte, el sueño dura hasta las ocho horas. Pero a esa hora el cielo aún era el de noche. Los sentidos engañaban. Sentía como si me hubiese despertado a media madrugada. Y quería ver el sol, pues sabía que no volvería a salir por varios días.

Con Ylva, mi compañera de viaje, continuaba hacia el norte. El tren subía lentamente por el mapa de Suecia y se aproximaba a la frontera con Finlandia y Noruega.

A las diez comenzó a clarear el día, revelando un paisaje mudado y extraño. Había niebla y los tupidos bosques de coníferas que cubren el centro de Suecia, estaban achaparrados, sobrecargados con nieve hasta el punto de la deformidad. En ocasiones pasábamos por algunos claros, pero era imposible saber si aquellos eran acaso un lago o un campo arado. Blanco era su único color.

Y entonces, como si la naturaleza hubiese preparado una demostración, a eso de las 11:30 salimos del banco de niebla y el sol hizo su

aparición, pálido y frío, asomando apenas sobre el horizonte.

Pasamos la estación de Polcirklen, que marca 66°33'N: El círculo polar ártico. Era el 30 de diciembre, una semana escasa después del solsticio de invierno, y teníamos aún los 25' de arco que proporciona la refracción atmosférica (levantando la posición aparente del disco solar), pero a los pocos minutos entramos ya en la sombra de la Tierra. Quedaban sólo los cirros encendidos para recordarnos que era mediodía.

La noche ártica

La vegetación disminuía notablemente cuando llegamos a ver los conos de mineral de hierro de las minas de Kíruna. Cambiamos a un tren local con dos vagones, y el resto del viaje hasta Narvik (en la costa septentrional de Escandinavia) lo hicimos en la obscuridad.

El paisaje del espinazo montañoso de la península me han dicho, es maravilloso. Yo sólo me percaté de puentes y túneles en la roca, de alguna luz solitaria que parecía flotar distante en la noche ártica. Entramos en Noruega. En las pequeñas estaciones bajaban o subían unos cuantos pasajeros, algunos con esquís y mochilas, zapatos de forro de piel, gorra y los típicos suéteres de lana bordados con grecas de colores. No eran turistas. Iban habitualmente a tal o cual aldea, recorriendo una veintena de kilómetros casi a obscuras.

De entre todos los escandinavos, los noruegos del norte –que también los hay del sur– tienen merecida fama por su carácter estoico, silencioso y pertinaz; y sus borracheras, las más violentas y generosas. Hablando de Oslo (la capital que, me consta, es la Cuautitlán de Escandinavia) me decían: "¡Esa es una metrópoli danesa! Norge (Noruega) comienza aquí, en Narvik".

El puerto de Narvik

Durante la última guerra, la mayor parte de la ciudad de Narvik fue destrozada por el bombardeo alemán. El control del puerto de Narvik era vital para cortar la ruta de Murmansk y aislar a la Unión Soviética, de los aliados.

La gente se acuerda de los visitantes de esos años, de la aquiescencia sueca, y de Vidkun Quisling, el colaborador (de los nazis), cuyo apellido se ha transformado ya en insulto. Era lo que hoy se ha vuelto a llamar, un "realista político".

El fiordo de Narvik, durante las primeras semanas del deshielo

Hay un museo de la ocupación ,pero las impresiones más vívidas se reciben de las narraciones espontáneas.

Narvik tiene sus cincuenta mil habitantes, su "calle mayor" de ocho cuadras de largo, crecientes suburbios, el ferrocarril que acarrea el mineral de Kíruna, y los muelles.

Durante el "mediodía de la noche ártica" hay cierta claridad, pero se necesita el alumbrado y los automóviles andan con los faros encendidos. Todo esta blanco y helado, y los carros patinan con gusto y a veces por diversión.

La nieve no es húmeda, sino polvorosa y, en contraste con la nieve de las grandes ciudades, limpísima. Hace frío, pero no se siente, pues el aire es seco, brioso, chispeante. Es una maravilla.

Salí con Ylva a caminar por los alrededores de la ciudad. La transparencia de la atmósfera y la inmensidad del fiordo confunden el sentido de la distancia. Creímos que el mar, que parecía inmóvil, estaba helado. Pasó cierto tiempo para que notáramos que sus olas sí se propagaban: lo estábamos viendo desde unos ciento cincuenta metros de altura (la Corriente del Golfo lo mantiene libre de hielo).

Corrimos cuesta abajo, rodando en la nieve, hasta llegar a la orilla misma del agua, donde la playa pedregosa y nevada que se sumerge en el océano Ártico, la cruel amante de Noruega.

"¿Qué es la mujer, que la dejas / y el hogar y la tierra / para ir con la vieja y gris Enviudadora? No tiene alojo para sus huéspedes / sólo un lecho fríO / nido de soles pálidos y de hielo. No tiene miembros para abrazarte / sino los dedos del fuco / que tras la marea te sujetan a las rocas..." (R. Kipling)

La luz fría, anormal, contraria a lo que el instinto llama día, se fue apagando, y volviendo grises las laderas del fiordo nevado. El viento se sentía ya frío. ¿Es cierto que cuando se envejece, deja uno de sentir esta maravilla?

La aurora boreal

Y esa noche creo haber visto en el cielo los cortinajes de la aurora boreal. Leves estrías lechosas que a veces me sugerían ser producto de mi propia imaginación. El tiempo era propicio, cercano al máximo (del ciclo de once años) de actividad solar, y la noche sin luna.

Sin embargo, esa noche no todas las Valkirias sacaron antorchas, y como todas las demás noches que pasé al norte de los 60°N, estuvieron nubladas, en honor de la verdad ,no puedo escribir más de lo que he leído del asunto.

El campo magnético terrestre atrapa las partículas cargadas (e, p) del viento solar y las proyecta sobre la atmósfera como un gigantesco tubo de rayos catódicos. La luminosidad auroral se presenta en bandas de unos cientos de metros de grosor, varios cientos de kilómetros de altura y extendidas de oriente a occidente por varios millares de kilómetros.

Dependiendo de la composición de la atmósfera y la intensidad del campo, la aurora se pinta con diferentes proporciones de verde (línea de O), azul, violeta (bandas de N_2) y rojo (bandas de N_2 y línea de H). El óvalo auroral (la intersección de la atmósfera con el toroide magnético deformado por el viento solar) se propaga hacia el sur a medida que avanza la noche; el campo se vuelve más intenso y, por razones aún desconocidas, las bandas homogéneas se estiran y enrollan sobre sí mismas. Ese es el movimiento propio de los espléndidos cortinajes. El color, azuloso primero, adquiere un borde rojo brillante en su canto inferior. Se vuelve música de órgano hecha luz.

Con la madrugada la intensidad disminuye y las luminiscencias se disuelven en nubes lechosas e indistintas.

Año nuevo en Noruega

Esa noche era la de la víspera de Año Nuevo. Desde las nueve, la calle principal se comenzó a llenar de gente, muchachos y muchachas, casi todos adolescentes, ya borrachos con algunas horas de anticipación.

Es conocida la severidad de las leyes noruegas, que prácticamente prohíben el uso de cualquier bebida más fuerte que la cerveza. Se venden licores a mayores de edad (previa identificación) sólo a través de la compañía estatal "Vinmonopol".

En toda Narvik hay una sola tienda, que se las arregla para estar siempre cerrada cuando más se le necesita (desde el 23 de diciembre). Y cuando vende, sus precios son de fantasía, destinados a que los borrachos se mueran primero de hambre que de cirrosis. Así, cada noruego se vuelve un experto en producción de licores caseros, digan lo que digan las leyes.

Entramos en el restaurante del hotel central, donde el vino tinto era lo más dramático que se podía beber. Me lamentaba del asunto cuando de la mesa vecina se levantó un noruego grande y alegre como un oso acróbata. "¡Hey! ¿Son ustedes visitantes? Yo soy Gunnar. ¿Quieren probar algo de mi licor?", y acto seguido sacó del saco una botella con un líquido claro de apariencia clandestina. "¡Shh... vodka noruego!"

Dos horas después ya conocíamos a medio Narvik, pues todos conocían a Gunnar: La secretaría de la asociación obrera (social demócrata), la redacción del periódico local (comunista) y su familia, una de las más prominentes del pueblo (que él me describió como "capitalista").

Poco antes de las doce de la noche todos bajamos dando tumbos a la calle a recibir al año. Afuera, la muchedumbre crecía a pesar de que había comenzado a nevar. Explotaban cohetes, luces de artificio, había serpentinas, abrazos y besos que la gente regalaba a cualquier extraño.

"¡Gunnar, Gunnar!" (parecía ser muy popular con las muchachas). "¡Gott nytt aar!". ¿Dónde quedó la famosa melancolía escandinava? Allá estaban, desgañitándose, aleteando bajo sus pesados abrigos, con los cachetes colorados por el frío y el alcohol, echando afuera las energías reprimidas y ahuyentando a los gigantes de la noche.

La fiesta continuó en casa de Gunnar hasta las cinco de la mañana del día 1°. Cuando salimos seguía nevando. Después del ruido de toda una noche tal, el silencio nos volvía a la extraña realidad del invierno. Era la madrugada de un día sin sol. Curioso, se piensa, el primero del año.

Pocas descripciones corresponden tan bien como las líneas que leí después en la Sturlinga Saga. Hablan del rey Haakon Haakonsson, quien en el siglo trece extendió los dominios de la corona noruega hasta Nordsetur, en Groenlandia. Canta Sturla: "... monarca bajo la estrella Guía (polar). Nadie antes que él reinó sobre tierras tales. llegó con su gloria más allá de donde brilla el sol..."

7 | Mochila al hombro: por las tierras de Tagore

Martes 20 de Abril de 1971

Doce muchachos y muchachas emprenden la aventura ⋆ "Hare Krishna" ⋆ Más allá de los Pantan un vagón repleto de gente ⋆ Legiones de pordioseros ⋆ Pobreza agobiante ⋆ Viajan en tercera clase ⋆ Noche en un vagón repleto de gente

"Hablan de hombres de 10 pies de alto y 6 de ancho, algunos de ellos sin narices... Dicen de otros que duermen en sus orejas, y de una raza de naturaleza muy gentil, gente que no tiene boca, que vive cerca de las fuentes del Ganges y que se sustenta respirando los vapores del río. ...y de filósofos desnudos que viven, meditando, en las montañas..." Así escribía Estrabó, el geógrafo griego, hace ya algún tiempo. Su libro, aunque inexacto, no es de ningún modo exagerado, como no lo será cualquier otra descripción de la India: como un libro sagrado, ella se abre ante quien la lee e incorpora al lector, y una y otra vez aparece la Beatriz de Dante para decirnos, "Sí, lo que ves es verdadero, pero lo contrario no lo es menos".

Hoy, la India es una república federal. Casi quinientos millones de habitantes, tres millones de kilómetros cuadrados. Vastísima, tiene una variedad de lenguas, sectas religiosas y riqueza histórica comparable con la de Europa misma. Una pobreza agobiante en sus multi-

tudes y, aquí y allá, para quien las ve, chispas divinas.

La generación de Acuario

A India se puede visitar por vía aérea y recorriendo las ciudades en taxi, provistas por alguna agencia turística que allí tampoco faltan. Lo llevan a uno a ver el Taj Mahal o el "Memorial" a la Reina Victoria, y toma uno sus fotografías. Eso también lo hice, pero no hablaré de ello. Y la India se puede también recorrer al nivel de la tierra, compartiendo incomodidades y experiencias con el pueblo indio, como lo ha hecho desde no más de cinco años atrás la generación de Acuario, la generación que la gente cree describir colectivamente con el apelativo de hippie. (Pero eso es falso, ni todos usamos cuentas de colores, ni somos tan pocos los que trabajamos para viajar. Algunas locuras, sí, tenemos en común. La India entre ellas)

Más allá, dependiendo de la sensibilidad personal y de los caprichos o voluntad del azar, se pueden distinguir las piedras preciosas de entre las ordinarias y de los cristales de colores.

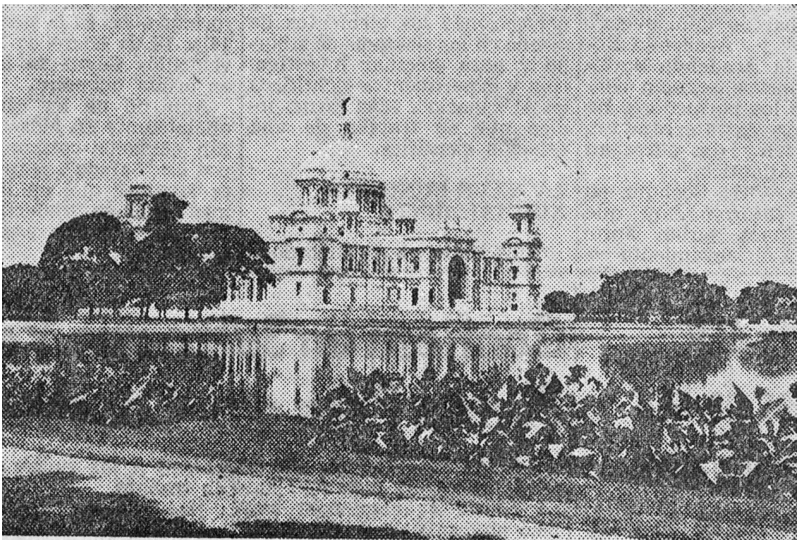
Para comenzar en algún punto, qué mejor que cuando cruzamos el Saravasti, el quinto brazo del río Indo, allí donde las tropas de Alejandro pusieron sus armas sobre la orilla y se negaron a continuar la marcha. Allí termina Pakistán y con él, el mundo islámico por el que hemos viajado, desde Estambul.

Dejamos atrás el occidente y entramos en la India. Sobre la carretera que cruza los pantanos verdes, un cielo abierto y caliente. Cargando mochilas de todos tamaños y formas, algunos bultos de colores bajo el brazo y el pasaporte en la mano, nuestro grupo (doce muchachos y muchachas que ese día viajábamos juntos) cruza la frontera. Prorrumpimos en el conocido cántico hindú:

> Hare Krishna
> Hare Krishna
> Krishna, Krishna
> ¡Hare, hare!

En la frontera

Los guardias fronterizos, barbados y tocados de turbante, sonríen y nos devuelven el saludo devoto levantando las palmas de las manos unidas, a la frente. Pertenecen a la secta Sikh, por eso no se cortan la barba y usan turbante, paño, brazalete y daga. ¡La India! Como es



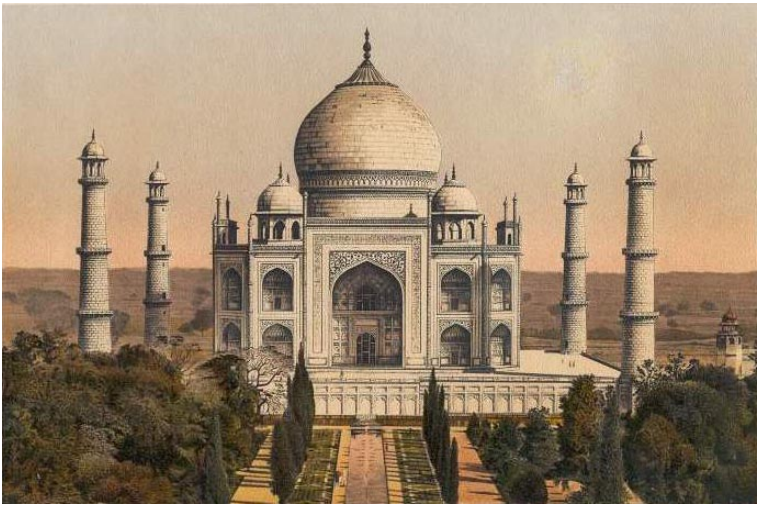
El "memorial" dedicado a la reina Victoria es más que nada un monumento a los días de gloria del imperio inglés de la India y su antigua capital, Calcuta.

endémico en toda Asia, las formalidades de la frontera son interminables. Las casetas y carpas improvisadas que constituyen "Husseinwalla" son un panal lleno de oficiales, poderosos algunos, confusos los más, que manejan tambaches da papeles amarillentos (documentos) copiándolos, llenando cuestionarios y consultándose entre sí. Mientras tanto, hacinados a uno y otro lado del camino, cajas, bultos y madres con niños llorosos.

Esta es la frontera entre dos mundos: allí están aún las mujeres musulmanas, veladas de negro, tímidas como ratoncitos oscuros y, por fin, las mujeres hindúes, con su gracia sutil y sus "saris" incomparables (una tela estampada o brocada que se enrolla alrededor del cuerpo). No escatiman esfuerzos en adornar su rostro moreno con pendientes y una joya que atraviesa el lóbulo izquierdo de la nariz. Sobre la frente, de color que armoniza con el del "sari", la marca que en otro tiempo daba la casta.

Un mundo diferente

De la frontera parte el viejo camión que hace el recorrido a Ferozepur, donde se aborda el expreso a Delhi. Sabiendo que todo servicio se paga, coloqué yo mismo mi mochila en la canastilla del autobús. Un joven, aparentemente al servicio de la compañía, subió las demás y después comenzó a pedir, ruidosamente, el pago de sus servicios. Le hicimos entender que no nos lo había dicho antes y que, en consecuencia, no le daríamos dinero alguno. Pero esta lógica no es propia de la India y el muchacho comenzó a arrojar las mochilas al suelo. Lo alejamos del lugar evitando mayores altercados. Pues aquí, como en otras partes, cuando interviene la policía es siempre peor para el extranjero sospechoso de ser hippie.



El monumento supremo de la India es el Taj Mahal de Agra. Pero su origen islámico lo pone al margen de la tradición hindú.

La lucha encarnizada por el dinero, la falta de respeto espiritual hacia los congéneres, las barreras de clase y raza, no son exclusivas del occidente. Si algo me enseña la India es precisamente lo contrario: la rapiña y la rigidez del orden social pueden llegar a ser mucho peores da lo que he visto en Europa. Aquí, tonto es quien paga el precio que le piden, o cuando se regatea, el que se cree las expresiones de pretendida ofensa del mercader. Débil es el que sucumbe a las sonrisas o los ruidos de los pordioseros. Cada día en la India duele, hasta que se sabe dónde buscar su verdadera riqueza.

Durante la dinastía Mughal, cada caserío pagaba impuesto una vez al año al "zamindar" de la región, quien procuraba obtener lo más posible de sus pobladores. Pero cuánto recibía, era su guardado secreto. Al ir a rendir cuentas al gobernador, el "zamindar" simulaba pobreza, y aun sufría torturas físicas, con objeto de dar al gobierno lo menos posible. Con el dominio inglés (Cornwallis, 1789) el erario fue sistematizado poco a poco. Pero el impuesto fijo, si bien protegía al campesino de la rapiña, no lo libraba de la miseria de un mal año. Pues el "zamindar" era, después da todo, más comprensivo: como todo buen parásito, necesitaba un campesino productivo.

Los mendigos

Ferozepur es una población con algunas decenas de miles de habitantes. Húmeda y caliente, con sus calles de tierra nunca libres de basura y hojarasca, casas sencillas de blanco deslavado y, por todas partes, gente y más gente.

A pesar de sus ropas sencillas, camisones ligeros y "longuis" (paños enrollados alrededor de la cintura), los indios saben moverse con una gracia, tranquilidad y nobleza como pocas veces se ve en Occidente.

Los niños salen a vernos pasar y sus gestos no conocen la barrera del idioma. Su sonrisa dice que aunque no somos los primeros extranjeros; pintorescos que pasan por su pueblo, somos interesantes y que como todos los turistas, debemos estar algo locos.

Y en la estación del tren, los pordioseros: señoras con niños, niñas con niños y niños solos. "¡Sahib! ¡Bakshish!" Se llevan las manos a la boca y nos jalan de la ropa. Lejos, junto a la pared, un hombre adulto, sin piernas, levanta las manos abiertas sin decir nada. Esta escena se repite en tantas calles, en tantas plazas. Pero se acostumbra uno pronto a ver a los mendigos como parte del paisaje. Más pronto, de hecho, de lo que uno –por decencia– quisiera.

En tercera clase

De Ferozepur en adelante viajamos en tren. En tercera clase y con descuento de estudiante (50 %) se puede atravesar la India por una canción. En la pequeña estación construida por los ingleses a principios de siglo, espera una multitud. Sentadas sobre sus bultos, las familias forman pequeños círculos, comiendo fruta o mascando pepitas. ¡Un silbato! ¡Se acerca el tren! La masa humana comienza a agitarse. Aun antes que el tren se haya detenido, la gente comienza

a meterse con sus bultos por las ventanas, a aglomerarse en las puertas, y para cuando nosotros logramos entrar al vagón, no queda ni un asiento libre ni, prácticamente, lugar para estar de pie.

La gente ríe, come, y algún sujeto afortunado que ha logrado reservar toda una banca, se dispone a dormir sobre ella. No se da cortesía ni se espera recibirla. Circulan cantores, poetas y vendedores ambulantes. Estos ofrecen peines, carteras de plástico, medicinas de patente y cristalería. Con un sonsonete y un poco de magia venden su mercancía: telas hechas "como en Japón", cashmir que describen con adjetivos en inglés. La gente regatea y compra.

Afortunadamente, el tren se pone en movimiento y el calor se disipa un poco. En un vagón con sesenta asientos viajan ciento cincuenta personas y el tren arrastra diez o quince vagones. Así pasamos la noche, hasta Delhi.

En cuanto un indio mejora su posición económica, hace lo posible por viajar en clase superior. El que otros viajemos en tercera es incomprensible para ellos. Tal vez ahí esté el secreto de Occidente.

Miércoles 21 de Abril de 1971

La aventura y el aventurero ⋆ Un "general mexicano": Herr Lohndorff ⋆ Al servicio de Pancho Villa ⋆ Turnos para vigilar el equipaje en el viaje a Delhi ⋆ Sin rumbo fijo ⋆ Los que duermen al aire libre ⋆ Pintores, plomeros, jardineros y hasta destapadores de oídos ⋆ Tráfico de todo

Para entender la aventura es necesario (aunque no suficiente) hablar con un aventurero. Pasaba yo unos días en casa de un amigo mío en Sackingen (al sur de Alemania), cuando oí hablar de un "general mexicano" que vivía en un poblado vecino. Laufenburg, sobre el Rhin. Fui allá a buscarlo. "¡Ah! Herr Lohndorff, nuestro escritor", me respondió la primera persona a quien pregunté, "Vive allí, justo frente a la estación del tren". No sufrí desilusión al encontrar a un anciano fornido, en sus setenta, de mirada vivaz, cabellera blanca y vigorosa conversación. Hablaba muy bien el español (y varios otros idiomas) y sin dificultad platicamos largo tiempo. Había escapado de su casa en

Viena a los quince años de edad, para trabajar de grumete en un barco. Quisieron las circunstancias que se encontrara en Santa Rosalía cuando Pancho Villa formaba su ejército. El joven les fue útil traduciendo escritos del inglés al español. Al año tuvo el grado de mayor y recorría la república con el Centauro ("tenía ojos grises, como los de un gato"), pero se vio obligado a dejar el país cuando Villa fue derrotado. (Le expliqué qua hoy Pancho Villa pertenece a la Familia Revolucionaria).

Desde entonces estuvo rodando por el mundo: África, la China y dos años en India, donde escribió "El Acaricio de los Dioses". Un hombre independiente como él no era del gusto del régimen de Hitler. Fue declarado 'elemento antisocial' y médicamente esterilizado. Después de la guerra volvió a sus andanzas y hoy vive retirado, solo, entre muebles chinos y recuerdos; pinta y platica con sus amigos y oye el murmullo del Rhin, que pase bajo su ventana. Me enseñó algunas estrofas de la "Adelita" que yo no conocía (y que seguramente no pasarían nuestra censura). "Créame, si hay algo que detesto, son los militares", me dijo. "Los nacional-socialistas, los comunistas, los del "mundo libre". Aquellos que creen poseer toda la verdad y nos la imponen a los demás. Ustedes la llaman 'la sociedad establecida'. Sólo en forma individual se puede ser libre. En cuanto al trabajo... yo trabajé cuando era necesario y sólo lo suficiente para seguir viajando. No me arrepiento de ello".

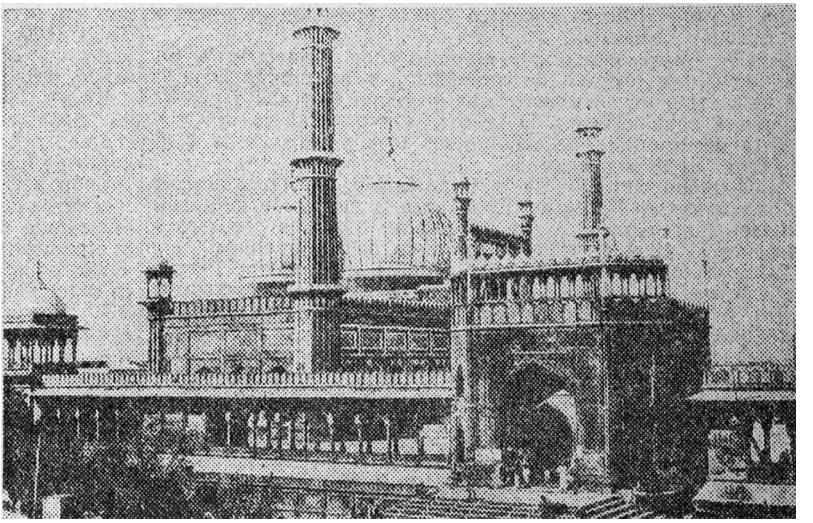
Antes de salir, me dio un libro suyo: "Cazadores de Orquídeas" en que habla del tiempo que pasó en las selvas del Amazonas. "¡Flores!" sonreí y pensé que si hubiese nacido medio siglo más tarde, tal vez me lo hubiese encontrado en camino a la India, con barba y pelo largo. En Europa lo llamarían 'elemento antisocial'. Pero su razón de viajar, ese es el Secreto de Occidente.

El viaje a Delhi

Con un grupo de jóvenes turistas reunido por el azar en la frontera, viajaba durante mi primera noche en la India, en el tren de tercera clase, entre Ferozepur y Delhi. Decir que el vagón estaba repleto a reventar es poco: ciento cincuenta pasajeros con sus baúles, en un carro de sesenta asientos. Reposar en el suelo era difícil y, además, estaba lleno de cáscaras de fruta y desperdicios. Tras de haber oído las experiencias de otros turistas cuyo equipaje había sido robado o abierto a navaja, decidimos tomar turnos en vigilar el nuestro. (Y desde que en Lahore me robaron cinco rollos de película expuesta, no tomaré estos relatos a la ligera).

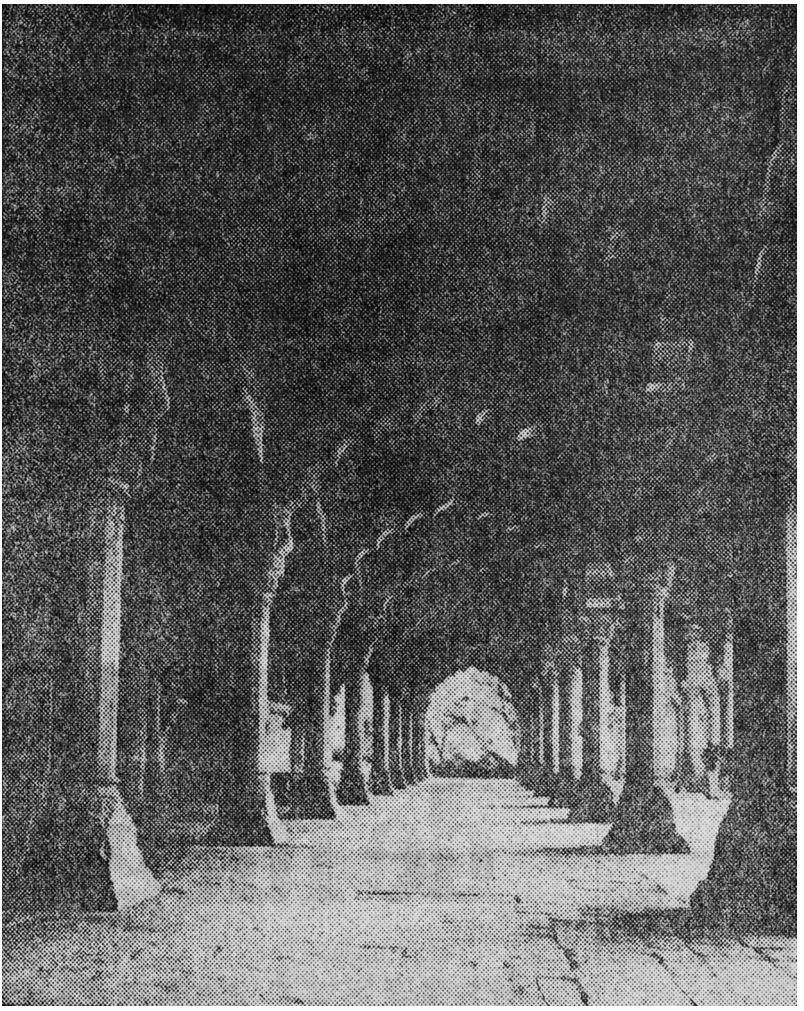
Cuando llegamos a Delhi, ninguno de nosotros tenía el estado de ánimo muy positivo.

Hubo un tiempo en que la India era próspera. El emperador Ashoka, el tercero de los Mauryas, dejó inscrito: "En los caminos dejé plantar árboles de banyan, que darán sombra a ios viajeros y sus animales. Hice manglares y dejé cavar pozos y construir mesones cada nueve millas... He realizado estas obras para que mi pueblo siga la Dharma, la Verdad Universal".



Del siglo trece al diecinueve, los mughaies y musulmanes dominaron la India. Llevaron la arquitectura y las joyas del Islam. Esta es la Gran Mezquita de Delhi.

Desdé que Ashoka murió (232 A. C.), el imperio jamás fue el mismo. Tras un milenio de decadencia, la llanura Indo-gangética fue ocupada por los turcos, los afganos y el imperio musulmán de los Mughales. Finalmente, en el curso del siglo pasado, los ingleses la cubrieron con su red, la trajeron al siglo veinte y le dieron unidad política. Hoy, cargada con la maldición oriental de la pobreza y la sobrepoblación, y con la maldición occidental de una burocracia como la melaza, conserva, –así quiero pensarlo–, la semilla del Tiempo de la verdad.



Los emperadores mughales venían de Persia. Sus monumentos y palacios son como carpas nómadas transmutadas en piedra.

Delhi al alba

Como los hombres, también las ciudades despiertan con la primera luz. Siendo tanto más complejas, el proceso es tanto más fascinante. El tren llega a Delhi a las cinco de la madrugada. A pesar de la noche tan poco apacible y del peso de la mochila sobre el lomo, me puse a caminar sin rumbo fijo, hacia donde el interés me llevara.

Una de las manadas de simios que habitan en la ciudad, salta de techo en techo en busca de la primera comida del día. En las calles, la gente que suele dormir bajo los portales y en las aceras, goza uno de sus pocos lujos: pasar unos minutos más al arrullo gentil de la pereza. Conforme monta el sol, las vías se llenan con vendedores de té y de fruta, con cargadores de canastas inmensas, empleados públicos y niños escolares Las bombas de agua son rodeadas por los que duermen en las calles y que, antes de comenzar la lucha diaria de supervivencia, se bañan, se limpian los dientes y rasuran el vello de las axilas.

Una esquina concentra a los pintores de brocha gorda, otra a los plomeros, otra a los jardineros, otra más a los barberos que afeitan a sus clientes por 15 piazas (20 centavos), a los peluqueros, a los que remueven la cerilla da las orejas con palillos y algodón, ya los que dan masaje facial con diversos aceites y perfumes.

Aún el trabajador que no puede pagar el precio de un lugar para dormir, no ahorra esfuerzos por mantener limpia su persona.

En un parque, alguien dirige una veintena de hombres que hacen ejercicios físicos. Un anciano barbado, bajo un árbol habla pausadamente a un grupo de muchachos, sus discípulos religiosos. Un pequeño santuario de Hanuman, el dios-mono, se va llenando de flores, ofertas de los devotos. A pesar de las manifestaciones de culto popular a las imágenes que a los ojos del extranjero parecen idolatría (pero que cumplen el mismo papel que las imágenes en los templos católicos), el hinduísmo (me di cuenta), no está debajo, sino allende el monoteísmo occidental.

Confusión del tráfico

Los comercios abren uno tras otro, la mayoría de ellos no más anchos que una puerta. Cacharros de barro, hojalatería, pinturas, telas y ropa hecha, cigarrillos, jabones, granos y legumbres, medicinas de patente, hojas de betel con especias, anteojos usados, libros y revistas viejas, figuras religiosas, joyas de papel, flores y guirnaldas. Los artículos y

las tiendas se repiten y multiplican, pero parece que hay suficiente negocio para todos.

Los orfebres y artesanos indios dan variedad infinita a las formas y materiales de los artículos de arte. Aquí, cerámica y porcelana de Cachemira (Kashmir).

Se desarrolla el día, aumentan el calor y el ruido. El tránsito se vuelve caótico en un continuo sonar de bocinas, timbres y gritos de "¡abran paso!". En teoría, el paso lo tienen los peatones, pero en la práctica no hay duda, que pertenece a los que tienen el vehículo más potente; después siguen las "tangas" (calesas), carretas de bueyes, bicicletas y "rickshaws" (donde el animal de tiro es un hombre).

La circulación es generalmente por la izquierda. Las excepciones confirman la regla. Los peatones, arreglándoselas como mejor pueden, forman una masa plástica que se abre y cierra al paso de los vehículos. Y también están, claro, las Amadas de Krisna, las vacas sagradas. Tienen voluntad muy propia y no parecen mostrar el mínimo respeto por las leyes de tránsito. Blancas y hermosas, se mueven por las calles con la calma y la seguridad de quien se sabe mascota.

La hora terrible

Abren el correo y los bancos y llega la hora terrible de arreglar los asuntillos burocráticos, como comprar timbres postales y cambiar cheques de viajero. Las oficinas parecen diseñadas por un Kafka indio: escritorios de madera que han visto días más gloriosos, llenos de hojas de papel amarillento que se agitan bajo el aire caliente que mueven los ventiladores. Un ejército de tinterillos escribe, transcribe y archiva (para referencia futura) los papeles en tambaches amarrados con listoncitos de colores, en algún armario grande.

Tratar de formar 'cola' es hacer el ridículo, pues se atiende primero al que empuja más. Los trámites legales para, por ejemplo, enviar al extranjero un paquete que contiene película expuesta, son tan largos como confusos. El empleado No. 1 nos manda al oficial No. 2, a determinar el peso del paquete, y al secretario No. 3 a determinar su contenido. Éste, a veces nos manda e las ventanillas 4, 5 y 6 por sellos, certificación y timbres, y a veces a otra dependencia gubernamental que autorice el envío del material (en cuyo caso hay que ir a probar nuestra suerte a otra sucursal del correo).

En Lahore (Pakistán), los cheques de viajero aparentemente, sólo se pueden cambiar en la casa matriz del banco nacional. Por curiosidad, apunté los trámites legales que siguió el empleado: Llenó (1) cuatro formularios, uno en triplicado y uno con nueve copias, su libro y mi cheque con esencialmente los mismos datos (nombre, número del pasaporte, etc., etc., etc.), los autorizó (2) con cuatro firmas de eminencias bancarias y los remató (3) con cinco sellos diferentes y finalmente (4) me envió a la caja a cobrar. El proceso completo tardó treinta y cinco minutos (¿suena increíble?).

Jueves 22 de Abril de 1971

Abundancia de requerimientos burocráticos ⋆ Un freno al desarrollo de la India ⋆ Pobreza y muerte de la ciudad de la diosa Kali ⋆ Verdad y mentira sobre Calcuta ⋆ La diferencia entre el occidente y el oriente

El tipo do cambio oficial (en India) es de 7.5 rupias por dólar. El mercado negro, o "mercado libre", como prefieren llamarlo los comer-

ciantes, en contraste es fácil de encontrar, cómodo y eficiente, y ofrece hasta 14 rupias por dólar. ¿Quién duda cuál elegir?

En la India casi todo se puede comprar: cartillas internacionales de estudiante, certificados de cambio de divisas, sellos de todo tipo y hasta pasaportes extranjeros. Con multiplicar los requerimientos burocráticos, el Estado hace lo posible por detener el tráfico ilegal. Así, todo se tiene controlado, archivado, y no se cometen errores.

El problema de la burocracia, sin embargo, está lejos de ser risible. Es un freno real al desarrollo del país, e inclusive a las intenciones de ayuda extranjera: en 1967, cuando Suecia cambió el tránsito al lado derecho, decidió donar a Pakistán algunos cientos de autobuses urbanos cuyas puertas se abrían por la izquierda. Los camiones llegaron al muelle y mientras por espacio de casi un año la burocracia decidía qué hacer y cómo disponer correctamente de ellos, el salitre se encargó de dejarlos inoperables. En ocasiones, las consecuencias pueden ser trágicas, como lo fueron durante la catastrófica marejada que asoló al delta del Ganges-Brahmaputra en noviembre del '70. Por incompetencia oficial, la ayuda exterior tardó un tiempo inadmisible en llegar a los necesitados.

Las dos caras de Calcuta

Hace poco, un grupo de cineastas franceses dirigidos por Louis Malle rodó un filme documental llamado "Calcuta", que pinta en tonos sombríos la pobreza y la muerte de la ciudad de la diosa Kali, consorte de Shiva el destructor. Una metrópoli de cinco millones de habitantes (ocho, contando los suburbios) en las orillas pantanosas del río Hughly. La cinta fue objeto de protestas del Gobierno indio y, junto con otras películas como la "Africa Addio" de Pellegrini y Prosperi (creadores de "Mondo Cane"), probablemente jamás será exhibida en público en nuestro país. Pero vale la pena verse: La ciudad de México, recuérdese, tiene esa misma población y en algo así como un siglo, si las cosas siguen como van, nuestra República tendrá la población que hoy tiene la India. Y la superficie cultivable es menor.

Si bien la película, "Calcuta" no inventa mentiras, desgraciadamente no dice toda la verdad. Los pocos días que pasé en esa ciudad me convencieron que hay tanto de cierto como de falso en Calcuta como sinónimo de un centro urbano en la etapa terminal de la hipertrofia. Fundada por los ingleses en el siglo dieciocho, capital de un imperio indio en el diecinueve, su centro comercial y marítimo durante la primera parte del veinte, Calcuta ha crecido más allá de toda posibilidad de planificación urbana. Los problemas sociales han he-

cho erupción y la capital huye a ciudades más seguras como Bombay, Madrás y Delhi.

Los trabajadores mandan el poco dinero a sus familias en el campo, empobreciendo a la ciudad más aún. Pero Calcuta, la cuna y estudio de Rabindranath Tagore, tiene un ritmo vital no sólo en el pequeño corazón moderno –iluminado con luces de neón y edificios ultramodernos al pie de los cuales duermen pordioseros– sino en las barriadas mismas. Se pueden allí comprar libros sobre cualquier tema en inglés, bengalí, hindú o cualquier otro idioma indio.

Palpita la vida universitaria, las asociaciones obreras llaman a la resistencia pacífica o a la lucha de clases, florece el movimiento naxalita que propone una ideología maoísta adaptada a la tradición india. A pesar de su inclinación a la acción directa, a veces por medio del terrorismo y del asesinato político-económico, es un viento fresco frente a la rigidez social y la indiferencia tan india.

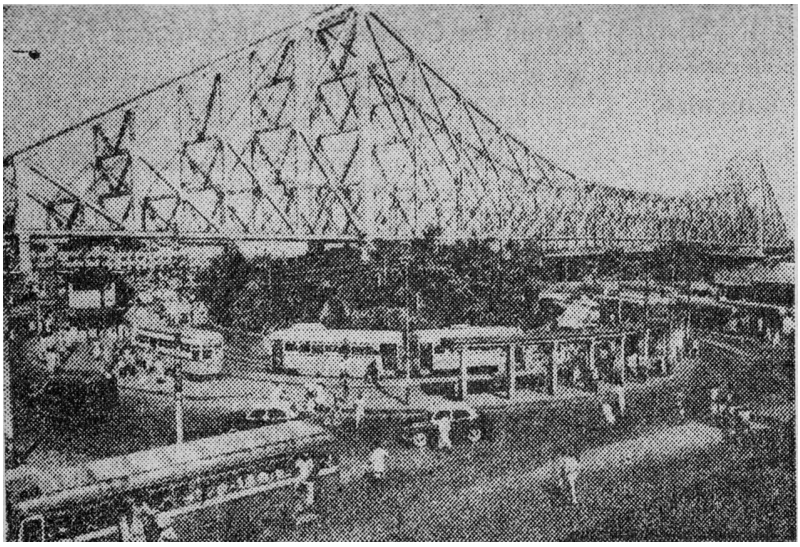
No menos brillante es la vida artística bengalí, que incluye a los mejores sitaristas (como el mundialmente famoso Sunil Banerjee) y músicos que cultivan el género clásico indio.

La cinematografía, aunque hinchada con películas de miel y canciones para las masas, cuenta también con directores de primera línea como Satyajit Ray, de cuya trilogía "El Mundo de Apu", nosotros sólo llegamos a ver, hace tiempo, la primera parte: Pather Panchali".

El Puente Howrah

Cada día medio millón de personas cruza el puente Howrah, único paso sobre el rio Hughly. A las siete de la mañana hierve con la humanidad que lo atraviesa a pie, en bicicletas, tranvías y autobuses. Bajo la imponente estructura metálica están los "ghats", escalones de piedra que llegan hasta las aguas, donde asociaciones filantrópicas dan de comer a miles de mujeres y niños pordioseros y una multitud desciende cada mañana a bañarse y a hacer las abluciones rituales y purificaciones, dejando un tapete de flores y guirnaldas.

El área cuenta también con varios pequeños santuarios donde los viejos santos que han dejado la vida familiar llevan un poco de consolación y felicidad religiosa a los que a ellos se acercan. Sentado allí como lo hacía cada mañana, no faltaba quien viniera, con vestimentas tan sencillas como limpias, a platicar un poco en inglés y a explicarme lo que allí ocurría, con asombrosa sagacidad y profundidad filosófica. Queda uno confuso y aun avergonzado. ¿Quién es el que habla? ¿Un hombre, un catedrático o un swami que adivina mis preguntas y me muestra gentilmente el camino para después desaparecer? Me marcó



El puente Howrah, sobre ei río Hughly, en Calcuta, cruzado por medio millón de personas cada día.

la frente con un poco de ceniza y me llevó a un círculo de devotos sentados sobre una tela extendida en el suelo. Repetían el cántico

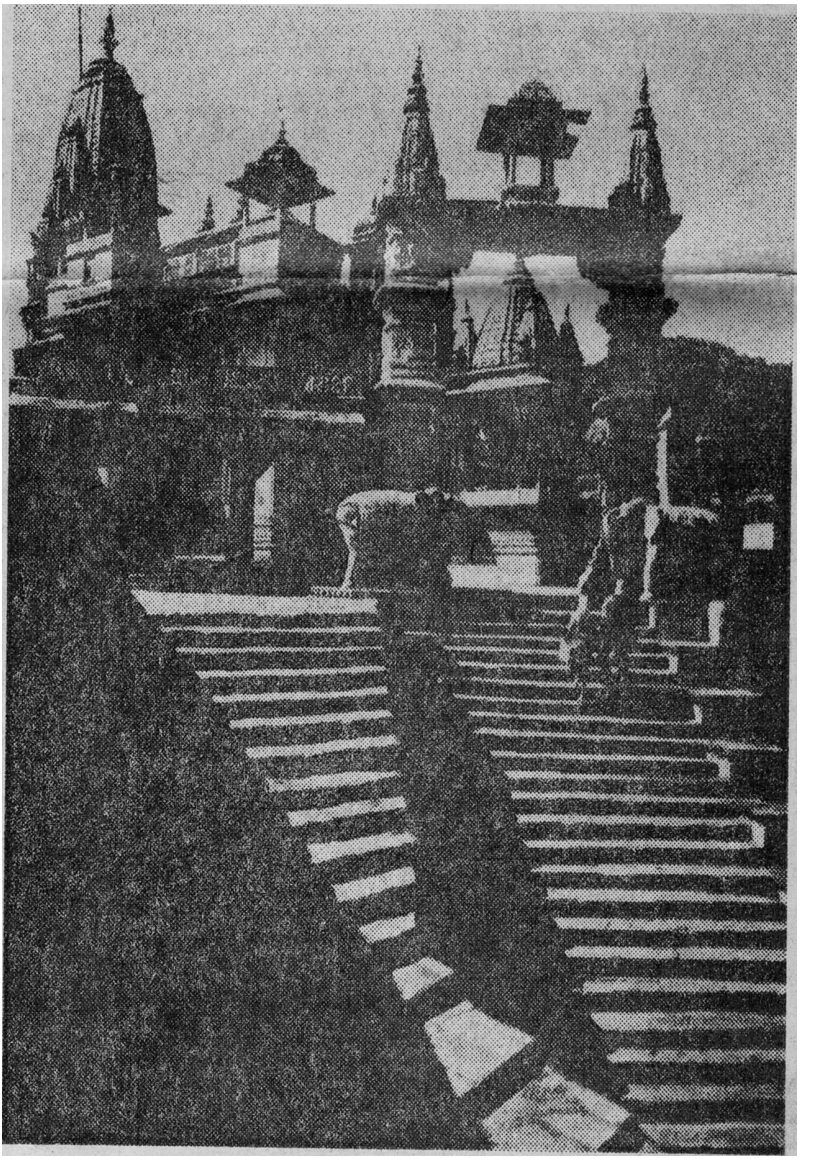
Hare Krishna
Hare Krishna
Krishna, Krishna
¡Hare, hare!

Cada vez que creo entender algo de la India, alguien viene a decirme "Sí, lo que ves es verdadero, pero lo contrario no lo es menos".

El Libro del Devenir

El verano pasado, mientras manejaba mi Volkswagen de Italia a Holanda, quiso el azar que recogiera a un hippie, quien deseaba ser llevado a la orilla de la autopista, cerca de Heidelberg. Era pequeño, algo jorobado y no muy limpio, pero hablamos de mi proyecto de viajar a la India, hicimos amistad y compartí con él algo de la comida que traía conmigo.

"Puedo leerte tu signo a cambio", me dijo, sacando de su morral un grueso volumen del "I Ching" (El Libro del Devenir). "¿Por qué



La arquitectura religiosa hindú: los "anchos cipreses" de piedra, la filigrana del mismo material, atrios apacibles y escalinatas.

no?", pensé. "No nos cuesta nada a ninguno de los dos". Tiró algunas monedas, hizo un cálculo numérico, abrió el libro en el capítulo correspondiente y comenzó a leer. Me sentí algo molesto al reconocer que lo que el libro decía, se podía entender bien en términos de mis problemas personales. Cuando me interpretó verbalmente el significado, era como si hubiese tocado una llaga. Para probar, le pedí que abriera el libro en cualquier otro capítulo, pero esta vez el texto no me dijo nada. "No creas en el poder de este libro", me dijo al notar mi escepticismo. "Nadie lo toma en serio en occidente, pero ve a la India con los ojos abiertos y la mente también". Me sentí aliviado cuando se bajó.

En Amsterdam (¿y qué cosas no se ven hoy en Amsterdam?) me topé con dos muchachos vestidos con túnicas anaranjadas y la cabeza rapada a la usanza de los monjes budistas de la India. Caminaban por la arteria principal: cerca del Dam, golpeando rítmicamente pequeños platillos metálicos y repitiendo el cántico religioso:

> Hare Krishna
> Hare Krishna
> Krishna, Krishna
> ¡Hare, hare!

"Deben estar locos", pensé, sin saber que me encontraría con más de ellos durante el viaje.

Uno quiere probar el azúcar, pero no convertirse en azúcar.

Oriente y occidente

Antes de partir para la India, asistí a una escuela de verano, en física (Varenna, 1970). Allí tuve la oportunidad de hablar con el profesor David Hohm, conocido físico y excelente filósofo, sobre algo que tenía en mente: "¿Cuál es, en una palabra, la diferencia entre los sistemas lógicos de las "Ciencias de Occidente" (matemáticas, física, etc.) y las "Ciencias del Oriente" (filosofía religiosa, experiencia mística, etc.)?". Y la respuesta la recibí, efectivamente, en una palabra: "La palabra es 'medición'. En los idiomas europeos está relacionada (lingüísticamente) con 'modestia' y 'moderación': algo que tiene una cota inferior y otra superior, un origen y una escala. El resultado de efectuar una medición es un número dado, sujeto a verificación experimental por cualquier otro observador. En cambio, en sánscrito (el antiguo idioma ario de la India, perteneciente también al bloque indo-europeo) la misma raíz se encuentra en la palabra''maya', que tiene el significado

de 'ilusión', de aquello que depende exclusivamente del observador". (Más precisamente: "maya" es aquello que se toma como real cuando se está en un plano de conciencia, pero que se reconoce como irreal al pasar por medio de Yoga, meditación y ejercicios espirituales, a un plano de conciencia superior).

La diferencia entre el Occidente y el Oriente va más allá aún. Para el hombre occidental, la religión, sea judaísmo, cristianismo, o islamismo, a pesar de los significados, principios rituales tan variados, es un camino para adorar, servir o ponerse en paz con la Persona de Dios. Los maestros de la vedanta (literatura religiosa) india conocen más etapas en la experiencia religiosa: "Cuando me identifico con mi cuerpo, Te veo, Dios, como mi Maestro, y a mí como Tu sirviente. Cuando pienso de mí como un alma, Te veo a Ti como el Todo Infinito y a mí como una parte. Pero cuando me veo como el Espíritu que ha trascendido todas mis limitaciones, mi individualidad se ha perdido en Ti, y me doy cuenta que yo soy Tú".

El Occidente también ha tenido escuelas místicas. Entre los judíos, los esenios y los cabalistas. Entre los primeros cristianos, los gnósticos (evangelios de San Felipe y de Santo Tomás apóstol) y más tarde algunas órdenes monásticas, principalmente los de las iglesias bizantina y rusa, y los místicos católicos San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús. En el Islam Shi'í, los "sufis" de Persia y de la India, y otros como Khalil Gibrán ("Arena y Espuma", etc). Pero en la escala de los hindúes, ninguno ha pasado del segundo plano de conciencia.

Viernes 23 de Abril de 1971

Un motel propio para la generación Acuario ⋆ La gran agilidad filosófica del hindú ⋆ El encuentro con un "Swami" en su sencillo templo ⋆ El verdadero tesoro de la india es la galaxia de "Sadhus" ⋆ Disquisición sobre las religiones ⋆ El Ganges

Los primeros días que pasé en Delhi me alojaba en el hotel "Crown", cuya clientela consiste casi exclusivamente en extranjeros de la generación de Acuario: estudiantes viajeros de toda clase y categoría y algunos hippies de tiempo completo. Curiosamente, allí se encontraba también un joven indio de dieciocho años de edad. Le pedí que me

explicara algo del ritual que había yo visto ese día en un templo hindú dedicado a Ganesa, el dios-elefante, y terminamos platicando (mejor dicho, él terminó dándome una cátedra) de "Bhakti" (filosofía hindú devocional, una de las cuatro Yogas). No sólo me presentó con una exposición viva y coherente, sino que sabía usar citas del Ramayana y del Bhagavat Gita con la misma soltura con la que un misionero cristiano usa su Biblia. Esa noche me sentí traumatizado.

Varias veces, durante las semanas subsiguientes, conversé con indios cuya agilidad filosófica era tan superior al nivel occidental, que me quedaban pocas esperanzas de trepar por la misma enredadera. ¿Qué sucedería si alguna de esta gente, suponiendo que su conocimiento de física y matemáticas fuese nulo, fuere a Europa y platicase con un joven estudiante de ciencias, o aun con un hombre promedio de la calle? Tendría mucho que aprender de él, no cabe duda, pues la tecnología occidental es del dominio común y no hace falta ser astrónomo, por ejemplo, para saber hablar de satélites y órbitas.

Isaac Asimov, en su novela de ciencia ficción "La Segunda Fundación", última parte de su famosa trilogía, presenta el mismo cuadro: una civilización tecnológicamente avanzadísima, y una comunidad cuyo conocimiento en el campo sicológico es no menos extraordinario. La segunda conoce de la primera, pero permanece oculta, al margen de ella. De la misma manera, el occidente, con su ciencia descriptiva, aparece como superior a la India con su ciencia mística en términos de prosperidad material. Pero esta es sólo la escala de valores de la primera.

En occidente, el científico publica sus resultados de forma que otros puedan aplicarlos sin tener que repetir el mismo esfuerzo. Pero está en la naturaleza del camino místico que lleva al "samadhi", el plano de conciencia más alto, que cada hombre debe recorrerlo por sí mismo. Los Iluminados que lo han seguido hasta el final (entre otros, los hindúes, cuentan al Buda Sidharta Gautama, Jesús de Nazaret y al Sri Ramakrishna) sólo pueden marcar la dirección, pero cada alma debe ir sola, por el más solitario de los caminos. Y una vez alcanzado el "samadhi" y contemplada la Verdad Absoluta (Sat-chit-ananda), la felicidad es infinita y pocos yoguis desean ya más salir de su trance. El cuerpo ha llegado al océano y se ha disuelto en el. Ahora, él es el océano mismo.

Encuentro con un "Swami"

Culpar al azar de todo puede ser necedad, pero el cuarto día de mi estancia en Delhi no se puede explicar de otra manera. Iba a visitar el

templo Birla cuando, al preguntar a un transeúnte cómo llegar a él, el desconocido me dijo "Queda allí enfrente, pero ¿por qué no vienes al nuestro?, hoy hablará un swami". Fui con él a un edificio, la sede de la Sociedad Ramakrishna, que comprende un templo sencillísimo (vishnáico), una biblioteca, varios salones sociales y de lectura, y una sala de conferencias. Pero esa tarde habían cambiado el programa, pues, viajando entre Calcuta y Mysore, estaba en la ciudad el "swami" Ranganathananda, tal vez el más conocido de los discípulos del difunto "swami" Vivekananda, quien fuera a su vez discípulo del "sri" Ramakrishna mismo.

Unos años atrás, el "swami" había representado a la India en el Consejo Mundial de Iglesias en Delhi, a donde también S. S. Paulo VI vino como representante de la Iglesia de Roma. En uno de sus múltiples viajes de misión por el mundo, el "swami" también estuvo en México, donde ha funcionado desde entonces una sociedad vedántica.

No hubiera podido acercarme al "swami" a través del círculo de los que lo rodeaban, si no fuera porque él me trajo a sí. Me presenté y le ofrecí la misma pregunta que hice en Varenna al Prof. Bohm, y le di la de éste como respuesta. Pero el "swami" movió la cabeza en desaprobación y puso las cosas en su lugar, contestándome con una pregunta, apropiadamente más sutil, "¿por qué quieres reducir todo a una palabra? Hay eso y mucho, mucho más". Tal vez adivinando mi inclinación, me propuso que leyera un poco de literatura sobre hinduísmo, y después, el Bhagavat Gita. Y digo "adivinando mi inclinación", pues la "vedanta" no debe leerse 'como la Biblia', sino como un libro de física experimental: no exige la fe del lector, sino su escepticismo, raciocinio, su propia experimentación y –más que las religiones de occidente– su curiosidad y perseverancia. Es tecnología espiritual.

... Contestó otras preguntas y se dispuso a iniciar su conferencia. Esta fue, en gran parte, la respuesta a preguntas que aún no sabía formular.

La riqueza de la India

No hace mucho –hay gente que aún la recuerda, otros aún la practican así– la medicina era una cosa de magia y de fe. Venía un viejo sabio a la casa, decía algunas plegarias, hervía algunas hierbas y cumplía con ciertos rituales. No era sólo charlatanería: a veces el asunto funcionaba, si la enfermedad era la apropiada, pero a veces no. ¿No es este el estado de las religiones occidentales, aun el de las 'no-religiones' materialistas? La felicidad es prometida en la igualdad en el trabajo, en

la afluencia económica o en el 'otro mundo' (después de la muerte). Las ideologías y las religiones terminan por poner más énfasis en las formas y los rituales que en su esencia. Crece la clase burocrática o la casta sacerdotal y se hace necesario suprimir las herejías, sean las de Satán o las de Trotsky. ¿Y por qué aparecen las herejías? Aparecen, pues es natural en el hombre buscar la verdad, y si el camino existente no es del todo satisfactorio, habrá quienes prueben otro. En esto reconocemos las verdaderas ciencias (como las matemáticas o la física): toleran –aún buscan– la herejía; saben que todos los caminos correctos a fin de cuentas demuestran ser equivalentes.

El hinduísmo no conoce –ni reconoce– a Satán. Su aparente diversidad es su riqueza. El hombre ignorante trae ofrendas a Kali, a Shiva o a Hanuman, y se deleita en su adoración a Rama y Sita. El que sabe algo más reconoce que todos Ellos son sólo reflejos del mismo diamante, aspectos del Dios Unico, y a Él ofrece su devoción. Pero el verdadero tesoro de la India es la galaxia de "sadhus", hombres iluminados que han dado un paso más allá, han llegado a darse cuenta de la Verdad Suprema, a la que todos los caminos, las cuatro Yogas o aun las religiones occidentales conducen, cuando el loto de los mil pétalos se abre y llegan al "samadhi", el plano de conciencia más alto. El Supremo Eterno es todo, como un océano sin orillas, en el que las almas individuales no son más que olas transitorias y el universo visible tan sólo "maya", ilusión, la imagen de un sueño. A diferencia de la estática piedad ritual, cuando se siguen los caminos de la Yoga se puede uno dar cuenta de que, como debe hacerlo el científico en su materia, se progresa en la vida espiritual. Y una vez que se ha probado la dulzura de la visión de este océano, se querrá probar más y más, hasta convertirse en el océano mismo.

Mis últimos días en la India los pasé en Calcuta. Y allí, una noche sobre Chowringhee St., en el corazón mismo de la. ciudad, adonde la gente va a divertirse en los cines, a comer bien o a comprar curiosidades y baratijas, vi a un grupo de jóvenes monjes de cabezas rapadas –cuatro europeos y dos indios– con su "guru" (maestro). Al son de pequeños platillos metálicos, cantaban y bailaban agitando sus túnicas anaranjadas, como mariposas extasiadas ¡Hare Krishna!

Las religiones

De entre las grandes religiones vivas, tres tienen sus raíces profundas en el obscuro útero de la prehistoria humana: el judaísmo, el zoroastrismo y la religión de la India. Los viejos dioses arios están allí todos, testigos, del origen común de la India y Europa: "Dyaus" el diospadre

indio, el mismo que aparece como Zeus en Grecia, Tiwaz en el norte y, lingüísticamente. Dios en español. El patriarca Varuna (Urano), Agni (el dios ígneo), Surya (sol), Indra el poderoso, Yama el dios de la muerte y ¿cuántos otros de los que se ha perdido memoria?

De entre los dioses semitas creció Jehová, el de las tribus hebreas, primero el más poderoso entre los molochs, después el Dios único. Dos, Ahura y Ahriman, el bien, y el mal, quedaron en Persia. Pero en la India, los viejos dioses crecieron al parejo y nuevos se unían a sus filas: Manu, Prithu y Prithvi, Brahma, Vishnu y Shiva. Los dioses tribales dravidianos se sumaban a los arios: Hanuman, el dios-simio; Ganesa, el dios elefante y las serpientes de los Nagas. La religión de la India nunca tuvo un Adán, un Moisés o un Cristo. Su literatura sagrada –la vedanta– incluye poemas épicos como el Ramayana y el Mahabarata y filosóficos como las Upanishadas y el Bhagavat Gita y muchos otros que se pierden tras el horizonte del pasado y otros que aún no han sido escritos.

Pero una vez que el mensaje fue dado: "Aquello que existe, Uno es... ("Ekam sat..."), la gente lo llama con nombres diferentes", constituyó un paso allende el monoteísmo hebreo. Las religiones de occidente hoy ven al universo como el templo del Constructor, pero en la India es sólo el sueño que teje el Supremo Soñador. Cuando el Yogui, tras una vida de ejercicios espirituales, penetra al "samhadi", el plano de consciencia más alto, él, el Soñador, desplerta a la Realidad Suprema se contempla y reconoce que tanto el mundo víslble como la individualidad de su propia alma no eran más que "maya", ilusión, sueño.

Un milenio A. C. La planicie del Indo y del Ganges tenía un clima más húmedo que hoy en día y estaba cubierta de bosques tropicales. Era el terreno fértil donde las tribus indo-arias establecieron su cultura.

La llanura del Ganges

El tren entre Delhi y Benarés sigue la ruta del viejo camino troncal entre Taxila y Pataliputra, construido por los Mauryos. Los bosques han desaparecido y hoy sólo se ven campos arados y arrozales pantanosos, aldeas y pequeñas ciudades por centenares. La gran llanura Indo-gangética, el Punjab, el Uttar Pradesh y Bengala, es una de las regiones más densamente pobladas del mundo. En cada estación esperan las indias muchedumbres. Se aglomeran alrededor de los vagones de tercera clase y una masa humana bloquea las puertas y por las ventanas también salta la gente.

El calor y la humedad hacen insoportables los momentos que el tren aguarda. Los vendedores se apresuran en vender su mercancía y los pordioseros vienen uno tras otro a la ventanilla donde estamos los turistas extranjeros. Madres con niños en brazos, una muchacha de trece años de edad (que pronto hallará otra ocupación), y de vez en cuando un leproso que extiende la mano (¿qué ocupación hallará él?).

El tren se pone en marcha otra vez. Pasamos más aldeas y más ciudades. La escena se repite una y otra vez bajo el cielo tórrido. Ahora, durante la sequía, es azul; será todo gris madreperla durante el diluvio anual del monzón. Los desastres naturales que aquí ocurran, inundaciones o hambrunas, son tanto más terribles pues la sobrepoblación deja poco margen y multiplica sus dimensiones.

Ya en 1965 la India tuvo que importar enormes cantidades de arroz de América. Afortunadamente, los científicos han hallado nuevas variedades genéticas más fructíferas y resistentes y la producción del grano ha aumentado de 12 a 21 millones de toneladas este año. Pero, como lo ha dicho el mismo autor de este descubrimiento (Dr. Norman E. Berlaug, premio Nobel 1970, quien trabajó en México), esto sólo pospone el problema por una década y magnifica sus proporciones.

¿Y la emigración? No hay adónde: África ha cerrado sus puertas y así lo ha hecho, con menos ruido, toda Europa. Australia, con sus inmensos espacios abiertos, sólo acepta inmigrantes blancos. México, por sus propias razones, hace algo equivalente. Está, –claro– Siberia...

Sábado 24 de Abril de 1971

Benarés, el centro religioso de la India ⋆ Pocos vehículos de motor, pero muchas "tangas" ⋆ El lugar donde Buda pasó diez años de meditación ⋆ Los diferentes caminos para alcanzar la verdad ⋆ Los orígenes de la división en castas

La ciudad de Benarés está sobre una de las márgenes del Ganges, el río sagrado. Es, más que cualquiera otra, el centro religioso de la India.

En la estación del tren nos esperan ya los muchachos que reciben

comisión por llevarnos a un hotel. Los de mochila pagamos cinco rupias, (aproximadamente seis pesos). Subimos en la "tanga" y, por dos rupias, el conductor pedalea cuatro o cinco kilómetros. Las calles están llenas de estos vehículos, que se abren paso sonando el timbre entre las innumerables bicicletas y las siempre agobiantes multitudes, hasta que la calle entera suena como una campana delgada.

La vida es aquí más plácida que en Delhi y casi no hay vehículos de motor. Las blancas vacas sagradas ambulan por el mercado. Los vendedores de fruta y legumbres las alejan de sus puestos con ademanes gentiles o, a veces, con un palo.

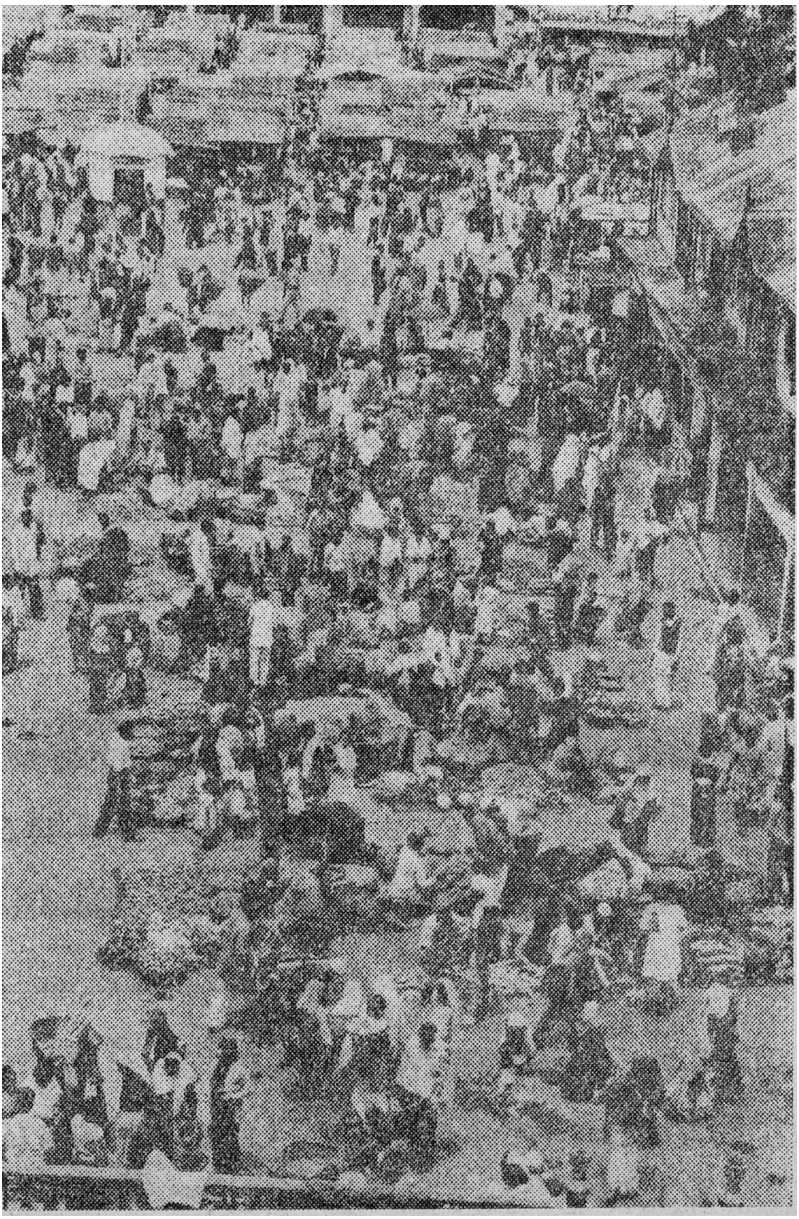
Ocupamos la tarde en recorrer la ciudad antigua, mezclarnos con los pobladores en las callejuelas estrechas, sofocantes, hasta que de pronto salimos al cielo abierto y estamos frente al río. Descendemos por los "ghats", escalones de piedra, hasta las aguas mismas. Blanco, lechoso, el Ganges fluye, ni rápido ni lento, constante. La orilla opuesta no está poblada, es banco de arena y bosque, como lo debe haber sido siempre.

La tarde se siente tibia y pronto se pone el sol. Sobre la orilla cercana del río sagrado, como anchos cipreses, las siluetas inmóviles de los templos shiváicos, deliciosamente adornados con filigrana de piedra. Entre las pocas luces visibles arden las piras funerarias.

Las sectas en la India

A poca distancia de Benarés sa encuentra Sarnath, el sitio donde el príncipe Siddharta Gautama, tras de haber visto las miserias del mundo, pasó diez años en meditación. Al cabo de ese tiempo, venciendo numerosas tentaciones, alcanzó la Iluminación, convirtiéndose así en el Buda. Aún crece allí un retoño del árbol sagrado, un templo sencillo está cerca y algunos monasterios, entre ellos dos de monjes refugiados del Tibet. Los discípulos propagaron la Verdad que conoció el Buda, la primera religión misionera del mundo (hace poco más de 2,500 años) y Ashoka, el más grande de los emperadores indios, se contó entre los conversos. El budismo se extendió por toda la India, el Tibet, China y Japón, Asia sudoriental e Indonesia. En la mayoría de estos países aún es la religión predominante.

Es difícil entender, para el que nunca la ha conocido, que la religión budista es agnóstica: no tiene dios. Aun antes el Jainismo, fundado por Mahavira, contenía esta idea en forma más tajante. Ha sido descrita como una religión atea. Predica un amor a la Verdad y un respeto total a la vida. Para no destruir ni un insecto, y los jainas se pueden ver llevando una escobilla para barrer el camino a su paso



La India se presenta e impresiona al visitante con sus muchedumbres, sus centenares de ciudades, sus miles de aldeas, sus trenes siempre llenos a reventar, su pobreza increíble.

y una gasa frente a la boca, como médico, para no inhalar bacterias.

Tomando ideas del monoteísmo islámico y del pacifismo hindú, el "guru" Nanak inició la secta Sikh. Hoy en día es tan conocida por su rectitud y honestidad como en el siglo pasado por su destreza en las artes de la guerra. Y sin embargo, en la India, todas éstas religiones se consideran sectas del hinduismo, como también los brahmines más ortodoxos o los liberales más modernos.

La persecución religiosa nunca existió en la India (excepción hecha del Islam) y las diferentes sectas se han visto las unas a las otras simplemente como diferentes caminos para alcanzar la Verdad. ¡Qué no hubiese dado Europa por ello!

Y como si el budismo, jainismo y los sikhs fuesen poco, otras religiones también viven en la India hace milenios; tras la destrucción del primer templo y el cautiverio de Babilonia (haca 2,500 años), una comunidad judía se estableció én Kerala, en la punta sur de la península, y aún hoy existe en Cochín, Bombay y Calcuta (donde asistí a un servicio en la sinagoga "Nevéh Shalom"). Pero está en mengua: una gran parte ha emigrado a Israel desde la creación del Estado, principalmente a Rehovot y a la Jerusalén de sus plegarias.

El cristianismo

En el año 52 D. C., Santo Tomás Apóstol –dice la tradición–, arribó a la costa de Malabar, donde estableció varias iglesias cristianas que aún existen, y en Beth Thuma (en hebreo, "casa de Tomás"), cerca de Madras. Siguen el rito sirio.

El cristianismo fue reintroducido por los portugueses, franceses e ingleses, e inclusive ha encontrado un lugar muy natural bajo el ala del hinduísmo: un monasterio en Ladakh, se dice, fue el sitio donde Jesús de Nazaret pasó los doce años entre el diálogo en la sinagoga y las bodas de Caná, de los cuales los evangelios no nos dicen nada. ¿Y quién puede, con certeza, negarlo?

Los esenios de esos tiempos, según nos relata el contemporáneo Josefo Flavio en sus "Guerras Judías"], estaban permeados con el espíritu hindú. Aun tras la revuelta del año 70, después de la destrucción del segundo templo, Ben Eleazar, el caudillo de los defensores de Massada, explica a sus tropas el principio de la "karma" (la transmigración de las almas) para hacer menos pungente el suicidio de los guerreros y de sus familias. Los hindúes hoy aceptan a Jesús de Nazaret como una de las Encarnaciones Divinas. He visto su figura en los templos, pero jamás su crucifixión: al hindú no le place contemplar la muerte, sino la vida.

El amor y la casta

Tres son las provincias de la actividad humana: Artha, la que trae riqueza, Kama, la que trae placer y Dharma, la que acerca al hombre a la Ley Universal. La India es original en todas. El extranjero a veces es repelido por la primera y deslumbrado por la tercera, pero ¿qué decir de la segunda? Tras de haber leído fragmentos del Kama Sutra y el Ananda Ranga, queda uno turbado por la fineza y aparente inutilidad de esta tendencia tan india de multiplicidad y clasificación: las sesenta y cuatro artes del "nayaka" (amante), las sesenta y cuatro artes de la "ganika" (prostituta glorificada), las tres medidas de hombre (conejo, venado y caballo) y de mujer (rata, vaca y elefanta), los ocho tipos de rasguños, los ocho tipos de suspiros... ¡las doscientas cuarenta y tres formas de acto sexual! El hindú no toma el concepto occidental del pecado. Los actos del hombre no los ve como los buenos contra los malos, sino los buenos y los placenteros. Vale la pena viajar a ver el templo en Khajuraho, donde mucho de esto está inmortalizado en esculturas de piedra. Pero si algo es abhorrente para el hindú tradicional, es el contacto que rompe con las barreras de la casta.

Había llegado a saber de una familia que estaba vendiendo su colección privada de curiosidades, fui a su casa y terminé comprando un objeto de arte, erótico: una miniatura pintada en marfil, del periodo Mughal. La familia pertenecía a la casta "brahman" –la más alta– como pude reconocerlo por el color, algo más claro, de la piel. La casta de los sacerdotes. Las otras son: "kshatriya" (guerreros), "vaishyas" (comerciantes), "shudras" (trabajadores manuales) y los "pariahs" o "intocables sin casta" a quienes el Mahatma Gandhi llamó "harijans" o "hijos de Dios". Los orígenes de esta división datan de la ocupación aria, pero lo que era en un principio una división de trabajo, recibió después sanción religiosa, y hoy está perpetuado por circunstancias económicas, a pesar de los esfuerzos del Gobierno indio por romper esta tradición. Los extranjeros también somos considerados 'sin casta', pero nuestra situación económica no nos hace, de ninguna forma, 'intocables'.

El objeto de mi compra trajo la conversación a la materia de la mezcla de castas. "Es sólo natural", me dijo el jefe de la familia, aparentemente sin malicia "que una mujer de casta baja, que ha tenido poca educación, que lleva una vida impura porque efectúa labores sucias y porque come carne de animales, tenga una vida espiritual más baja. Contraer matrimonio en tales circunstancias sólo traería desastre para ambos". ¿Estrechez mental? Pero al día siguiente me di cuenta de que, aunque eso tal vez era verdadero, lo contrario no lo era menos.

Procesión funeraria

Caminaba por la ciudad antigua cuando escuché la música de tambores, flautas y platillos que venía de una procesión funeraria. Guiándome por el sonido llegué a ella, y allí me encontré al mismo "brahmin" con su familia. Una anciana había muerto en su edificio la noche anterior. "¡Venga con nosotros! esta es una ocasión festiva", me dijo, apuntando al cuerpo que yacía sobre la camilla de bambúes, cargado por la muchedumbre, cubierto de flores y guirnaldas: "Ella tenía ciento cinco años de edad". Y efectivamente, ninguno allí parecía triste –no eran dolientes sino acompañantes. Cuando apareció un turista con su cámara, la inclinaron para que apareciera mejor en la foto. En occidente, la tristeza cae sobre los familiares cuando él cuerpo del ser querido da su último aliento. En la India, no hay regocijo mayor que cuando el alma deja su último cuerpo, libre por fin del ciclo de las reencarnaciones.

La procesión siguió con mucha música hasta la cercanía del río Ganges donde aplicaron al cuerpo algunos ungüentos, y allí lo entregaron a los cremadores. Parientes y amigos fueron entonces a otro "ghat" a hacer las purificaciones rituales antes de volver a casa.

El cuerpo ahora quedó en manos de los 'intocables', cuya profesión es bañarlo en las aguas sagradas, colocarlo sobre un montón de madera y encender la pira. No hay traba para el que quiera acercarse y ver cómo se consume el cuerpo. (El espectáculo, de hecho, no es tan repulsivo como se podría suponer). En principio, está penado por la ley el tomar fotografías del lugar, pero al poco tiempo no falta alguno de los cremadores que se acerque al turista con cámara y diga "¡Hey, míster! ¡una foto por diez rupias!", y es posible regatear el precio y sólo pagar dos. En media hora, el cadáver se ha vuelto ceniza y es arrojado al río. Flores y grumos negros flotan en el Ganges, allí donde la gente se baña.

Familias enteras peregrinan a Benarés para sumergirse en sus aguas al menos una vez en su vida. Yo también nadé en sus aguas sagradas (a media corriente y río arriba) pero preferí no volver a ese lugar pues hedía de muerte.

Esa misma noche tomé el tren a Raxaul para continuar mi viaje a Katmandú y más allá, hasta el pie de los Himalayas.